

# Alonso López de Corella

*De Morbo Pustulato, sive Lenticulari, quem Nostrates Tabardillo Apellant.*

Y

Sobre la enfermedad pustulada o  
lenticular, que los nuestros llaman Tabardillo

Introducción, traducción y notas  
José Ramón Gurpegui Resano

Laguntzailea/Subvencionado por:

Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia  
José Luis Goti  
Medikuntza eta Zientzia Historiaren Euskal Museoa

Medikuntza Fakultatea / Facultad de Medicina  
48940 Leioa (Bizkaia)  
Tfno.: 946 012 790 / 946 012 270  
Fax: 944 649 266  
E-mail: [lmzmumed@lg.ehu.es](mailto:lmzmumed@lg.ehu.es)  
Internet: [www.ehu.es/museo/museowel.html](http://www.ehu.es/museo/museowel.html)

Fotokonposizioa/Fotocomposición: IKUR, S.A.  
Silutegia/Imprenta: A.G. RONTEGUI, S.A.L.

ISBN: 84-930782-3-9  
D. L.: BI-3248-03

Ilustración de la portada:  
LÓPEZ DE CORELLA, Alonso  
De arte curativa.  
Estellae: Adrian de Amberes, 1555.

*Ilustraciones cortesía de la Universidad Complutense de Madrid*

# INDICE

<i>Introducción</i>	7
En tabardillo en la Península Ibérica	8
Los moriscos como difusores de la epidemia	11
El tabardillo en la literatura médica hispánica del siglo XVI	16
El autor y su obra	21
El <i>De morbo pustulato</i>	23
Contenido del <i>De morbo pustulato</i>	25
Notas sobre el texto aquí editado	31
Transcripción y traducción del <i>De morbo pustulato</i>	33
Notas finales	100
<i>Index nominum</i>	109

# INTRODUCCION

Durante la era premicrobiológica (esto es, hasta bien entrado el siglo XIX) la definición de las enfermedades era exclusivamente clínica. Sólo cuando Pasteur y Koch relacionaron la presencia de microorganismos con la aparición de determinadas enfermedades, puede comenzar a hablarse de una definición etiológica de los procesos morbosos. Ciertamente, ya desde los trabajos de Sydenham se crea el concepto de «especie morbosa», pero sólo en el ámbito de la clínica. Previamente existía la definición esencialista de la enfermedad de la patología galénica, que obedecía más a la interpretación racional de las manifestaciones del proceso que a un conocimiento científico de lo que realmente era la enfermedad.

En el caso del tabardillo los autores que lo estudiaron intentaron conocerlo e interpretarlo a la luz de los postulados galénicos. Por este motivo, lo que vamos a encontrar es una definición clínica, no etiopatológica; y nos regiremos sólo por ella, sin preguntarnos a qué enfermedad actual corresponde el proceso que los médicos renacentistas denominaron «tabardillo».

Conforme a esta perspectiva, conviene recordar que el tabardillo aparece como una fiebre epidémica de tipo sanguíneo, caracterizada por un exantema hemorrágico, no pruriginoso, que cubre el tronco y las extremidades, acompañada de cefalea y dolores generalizados, que suele cursar con un estado estuporoso y que puede desembocar en el coma y la muerte.

La historiografía positivista ha identificado este cuadro con el tifus exantemático, enfermedad transmitida por el piojo humano (*Pediculus corporis*), lo cual justifica que se le relacione con la pobreza, la falta de higiene, las guerras y el hacinamiento.

No es momento de discutir la identidad entre tabardillo y tifus exantemático, puesto que los pros y contras de este tipo de identificaciones ya han sido abordado por otros autores<sup>1</sup>. El objeto del presente apartado es intentar trazar las líneas maestras de lo que fue el tabardillo en los reinos hispánicos del siglo XVI. Previamente conviene efectuar dos consideraciones. Primera: el tabardillo fue una enfermedad endémica en bastantes lugares, que produjo epidemias de baja mortandad relativa y escasa repercusión demográfica, dificultando con ello su registro y haciendo que fuera menos visible que la peste u otras enfermedades de mayor mortalidad<sup>2</sup>. Segunda: el tabardillo se conoce bajo el término genérico de «enfermedades pestilenciales», que esconden un alto número de procesos, como la peste, el tifus, la viruela, el cólera, la fiebre amarilla y la fiebre recurrente. Por esta razón, puede afirmarse que algunas de las denominadas «pestes históricas» fueron en realidad epidemias de tabardillo, lo cual dificulta aún más su identificación<sup>3</sup>.

## El tabardillo en la Península Ibérica

En la Península Ibérica, el término tabardillo se detecta por primera vez en el texto de Juan de Aviñón, editado por Monardes en 1545, en el que se afirma que durante los años de 1393 y 1394, la ciudad de Sevilla sufrió repetidas epidemias de tabardillo<sup>4</sup>.

Entrando en la Edad Moderna, la historiografía<sup>5</sup>, basándose en los textos de Luis de Toro y del P. Luis de Mariana, afirma que hubo una primera epidemia en torno a 1489-1490, durante las

guerras civiles de Granada previas a la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos. Sin embargo, una atenta lectura de ambas fuentes permite comprobar que Toro se refiere a la segunda guerra de Granada (1568-1570)<sup>6</sup> y que el texto del P. Mariana no es lo suficientemente explícito como para poder identificar la «peste» por él citada<sup>7</sup>.

Más fiables parecen los testimonios posteriores. Luis Mercado, en su monografía sobre esta fiebre (1574), dice que «en los tiempos modernos, en el año de 1532, en diferentes tiempos y lugares, consta que se perdieron muchas vidas, en parte por la ignorancia de los médicos, pero en parte por su fiereza y maligna naturaleza»<sup>8</sup>. En 1553 debió de existir en Sevilla una epidemia de tabardillo, a la cual se refiere Francisco Bravo en su obra sobre la enfermedad, publicada en México en 1570<sup>9</sup>.

Mejor documentadas están las epidemias sufridas en la Península durante los años siguientes, como las «pestes» citadas por Carreras<sup>10</sup> a partir de 1555, que Pérez Moreda interpreta más bien como «tabardillos». «En la España interior, la coincidencia de la morbilidad y la crisis generalizada de subsistencias a raíz de las condiciones adversas de un invierno intempestivo hacen pensar en la posible extensión epidémica del tifus»<sup>11</sup>. Efectivamente, la asociación de hambre y frío sugieren más bien tifus que peste. Lo mismo decía Toro: «Puesto que hemos observado, no sólo en esta tempestad nuestra, sino antes (esto es en el año 1557, cuando fue vista por primera vez entre nosotros), que la fiebre se transmitía fácilmente de uno a otro, y con cierta miserable devastación, infectaba familias enteras»<sup>12</sup>. De ella se hace eco Juan Méndez Nieto, en sus *Discursos Medicinales*, al recordar la epidemia que arrasó Castilla en torno a 1557, dejando perplejos a los médicos por su alta mortandad<sup>13</sup>. Y el propio López de Corella recuerda que en 1558 hubo una epidemia que asoló España<sup>14</sup>.

Por otro lado, Pérez Moreda incluye algunas referencias locales en Talavera de la Reina y Extremadura que apoyan esta tesis. En Cáceres la epidemia fue grave entre 1556 y 1558, pero especialmente en 1557<sup>15</sup>. También Bernard Vincent<sup>16</sup> cita un brote de tifus en 1557, aunque reconoce que está mal estudiado. En cualquier caso, estos testimonios dan fe de que hubo epidemias durante la segunda mitad de los años cincuenta, brotes que debieron tener menos peso que el aparecido a finales de la sexta década del siglo XVI.

### **Los moriscos como difusores de la epidemia**

Los datos disponibles señalan que el brote más importante de tabardillo tuvo lugar en torno a 1570, a raíz de la dispersión de los moriscos granadinos, motivando la aparición de diversas obras médicas, entre ellas la de López de Corella. La historia del alzamiento y ulterior castigo de los moriscos granadinos, fue narrada por Mármol de Carvajal y Hurtado de Mendoza, y ha sido revisada varias veces por autores contemporáneos<sup>17</sup>.

Dos días antes de la Navidad de 1568, un grupo de moriscos notables de Granada, soliviantados por la política represiva de los funcionarios de Felipe II, se alzaron en armas y eligieron como rey a Hernando de Valor, descendiente de los califas de Córdoba, que tomó el nombre de Aben Omeyya. La rebelión, que fracasó en el Albaicín, se extendió pronto por las Alpujarras convirtiéndose en un problema de estado.

Los insurrectos solicitaron ayuda a Argel y Constantinopla, pero si bien Argel envió enseguida voluntarios, municiones y abastecimientos, el Turco demoró su auxilio, enviando primero su flota a atacar Chipre. Cabe que, como señala Toro<sup>18</sup>, el sultán enviase a Granada algún pequeño contingente de las tropas que estaban luchando en Chipre, donde, según indica Fracastoro<sup>19</sup>, era endémico el tabardillo; por lo que éste pudo ser el modo de penetración de la fiebre a la península Ibérica.

Retrocediendo al comienzo de las hostilidades, la guerra se desarrolló en cuatro etapas. Durante la primera (de diciembre de 1568 a marzo de 1569), llevaron la campaña los marqueses de Mondéjar y de Los Velez, pero disensiones internas permitieron que ésta se les fuera de las manos. Por ello, Felipe II confió el mando a D. Juan de Austria, iniciándose la segunda etapa (marzo a diciembre de 1569) que supone la época del máximo poder morisco, a pesar de que en octubre caía Aben Omeyya y tomaba el poder Aben Aboo. A finales de 1569, D. Juan obtuvo licencia para entrar en campaña; para ello organizó tres expediciones que, cruzando el reino en diferentes direcciones, se instalaron en las Alpujarras (diciembre de 1569 a marzo de 1570). A partir de abril (cuarta etapa) la guerra estaba decidida y, si bien los moriscos ofrecieron aún su última resistencia, D. Juan dio por terminada su tarea en noviembre de ese año, aunque Aben Aboo no cayó hasta marzo de 1571<sup>20</sup>. De llegar alguna ayuda procedente de Chipre, debió de ser en esta etapa tardía, en la que, de los 25.000 combatientes musulmanes, 4.000 eran turcos y berberiscos<sup>21</sup>.

En las fases finales de la guerra, Felipe II llegó a la conclusión de que la sumisión era imposible si no dispersaba a los rebeldes alpujarreños; por ello decidió iniciar una tarea que ya había sido planteada mucho antes: la expulsión de los moriscos desde los lugares ganados a los insurrectos. Mármol cita algunas expulsiones parciales, como la de los varones del Albaicín en junio de 1569, la de Huéscar en noviembre, las de El Borge, Cútar, Comares y Benamargosa, y de parte de la Vega granadina en marzo de 1570, o las de Tolox y Monda en mayo, etc. Algunas de ellas fueron sólo de varones, dejando mujeres y niños, que se les unirían en desplazamientos ulteriores. El primer contingente fue desplazado a La Mancha, los restantes fueron conducidos hacia Andalucía occidental. Se calcula que de este modo fueron desalojados unos veinte mil granadinos<sup>22</sup>.

El movimiento mayor vino después de terminada la guerra. El 28 de octubre de 1570 se ordenó reunir a todos los moriscos del reino para repartirlos por Castilla. D. Juan de Austria fijó el día 1 de noviembre para el inicio de las operaciones. La concentración se llevó a cabo durante la primera semana de noviembre cuando los moriscos de cada villa fueron reunidos en un solo edificio (la iglesia o el hospital) y, desde allí, conducidos a las ciudades mayores del reino granadino: Ronda, Málaga, Granada, Guádix, Almería y Vera. La administración había diseñado un plan relativamente simple para la distribución de los emigrados: los moriscos concentrados en Ronda y Málaga irían hacia Córdoba y Extremadura; los de Granada y Guádix, hacia Albacete; los de Almería y Vera serían conducidos en galeras hacia Sevilla. El plan general de distribución suponía conducir 5.000 personas a Córdoba, 11.500 a Sevilla y 27.000 a Albacete<sup>23</sup>.

Los moriscos viajaron en colonias de 1.500 a 2.000 individuos, divididos en escuadras de 500. Cada grupo era custodiado por unos 200 soldados. La marcha, perfectamente planificada, debía de haber sido un ejemplo de logística. Sin embargo, un invierno extremadamente precoz y crudo dificultó el avance por el interior de la península y complicó la navegación, retrasando así la distribución de los expulsados, causando enormes bajas y obligando a cambiar de planes sobre la marcha<sup>24</sup>. Finalmente llegaron 5.500 moriscos a Sevilla, 21.000 a Albacete, 12.000 a Córdoba y 6.000 a Toledo. Pero eso fue solo el fin de una etapa. Desde Córdoba, 7.000 exiliados siguieron hacia Extremadura; 7.500 desde Albacete a Guadalajara, Toledo o Talavera de la Reina; y los 6.000 de Toledo pasaron a Segovia, Valladolid, Palencia o Salamanca. La dispersión culminó repartiendo a los moriscos entre los pueblos de la jurisdicción de cada ciudad.

Aunque estas operaciones concluyeron el 20 de diciembre, por lo que todo el proceso duró apenas cincuenta días, la mayoría de los expulsados llegó en un estado lamentable, siendo el balance general bastante negativo. Los historiadores actuales ofrecen unos datos desoladores. Lapeyre, analizando las respuestas de los corregidores castellanos a la encuesta gubernamental de finales de 1570, calculó que habiendo salido de Granada 54.366 moriscos, murieron 10.992 en el camino, lo que supone una mortalidad del 20,21%<sup>25</sup>. Vincent, estudiando algunas ciudades extremeñas, como Plasencia, Las Brozas, Trujillo, Cáceres, Llerena y Mérida, elevó la tasa hasta el 33,5%, calculando que murieron en el camino 1.311 de los 3.910 moriscos asignados a esta región<sup>26</sup>. Cifra que matiza en un trabajo ulterior en el que, abarcando toda Extremadura, afirma que de los 6.602 moriscos asignados a las once ciudades extremeñas, como máximo llegaron a instalarse 4.900 (falleciendo un 25,78% de los deportados)<sup>27</sup>.

El problema radica en identificar las causas de esa mortalidad. Entre otras posibles, los autores señalan el crudo invierno, la mala distribución de los alimentos y la difusión de una epidemia: «El tifus se propagó entre aquella tropa miserable y muchos moriscos tuvieron que ser hospitalizados. La propagación de la enfermedad, de la que eran portadores, no les facilitaba una buena acogida»<sup>28</sup>.

Este texto de Domínguez Ortiz concuerda con el de Luis de Toro, quien afirma que la epidemia había aparecido tras la guerra de Granada, cuando los moriscos, vencidos y dispersados por toda Castilla, fueron diseminando la epidemia por villas y ciudades. «Se sabe que esta infección nació de los sarracenos, o se deduce de ello, porque casi todos los que estuvieron presentes en la dispersión de aquellos, o los trataron de cerca o los recibieron (llámeseles pagos, villas o ciudades) fueron aprehendidos por la plaga y puestos entre la vida y la muerte, pero aquellos en los que no estuvieron, en verdad que no fueron tentados por la fiebre»<sup>29</sup>.

Sin embargo, un artículo de Vincent de 1977<sup>30</sup> sostiene que pudieron ser dos las epidemias coincidentes. El corregidor de Córdoba afirmaba en un documento de mayo de 1569, que los habitantes de Sevilla y del Puerto de Santa María morían de «landres», esto es, de peste<sup>31</sup>; y en otro de febrero de 1570, que se decía que en Baza morían de 20 a 30 personas por día en medio de «una modorra que quita luego el sentido», es decir de tabardillo<sup>32</sup>. Esto le permite suponer que hubo dos epidemias solapadas, una de peste y otra de tabardillo, que identifica

con el tifus: «¿O bien hubo allí dos epidemias paralelas: una, la peste, afectando a la Andalucía occidental; y la otra, el tifus, a la Andalucía oriental? Por una parte disponemos de informaciones concernientes a Sevilla, Jerez, Cádiz y Puerto de Santa María para los meses de mayo-junio de 1568, mayo-junio de 1569 y marzo-mayo de 1570, por otra, de datos para febrero de 1570 además de para el invierno 1570-1571. ¿Al oeste la peste bubónica, durante la primavera y el verano, y al este el tifus, en invierno?»<sup>33</sup>. Sus trabajos ratifican, por tanto, la existencia de una epidemia de tabardillo en torno a 1570, que afectó a buena parte de Andalucía, sobre todo la oriental, y Castilla, independientemente de la existencia de otra epidemia de peste.

Subraya el impacto social el hecho de que el tabardillo sea citado en múltiples ocasiones en el teatro de Lope de Vega<sup>34</sup>, a pesar de que su registro puede quedar oculto al compartir difusión con la peste. «Dominio de la peste en los siglos XVI y XVII, compartido tal vez con la presencia del tifus»<sup>35</sup>.

Pérez Moreda responsabiliza al tabardillo de una parte de la mortalidad de la Castilla del siglo XVI, sobre todo en los años setenta y, de nuevo, a finales de siglo. En pleno invierno entre 1590 y 1591 se produce una crisis que parece corresponder al tabardillo. Apoyan esa impresión dos fenómenos: la coincidencia de la epidemia con la desnutrición provocada por una crisis de subsistencia, y la letalidad selectiva que presenta la fiebre entre adultos<sup>36</sup>. Así lo recoge Hernández Morejón, citando a Alonso de Santa Cruz: «En 1590, según el testimonio de Alfonso López de Santa Cruz, la ciudad de Valladolid padeció una epidemia de fiebres petequiales contagiosas»<sup>37</sup>. Valgan las palabras de Eduardo García del Real como resumen de las varias epidemias sufridas por la Península a lo largo de la segunda mitad de siglo: «el *tifus exantemático (tabardillo)*, de los autores españoles) se presentó en 1557 en la Península, siendo especialmente notables las epidemias de 1565 en Zaragoza y Sevilla, reapareciendo en 1568 en esta última ciudad, y de nuevo en 1594 a 1597; la de 1590 en Valladolid y la de Madrid de 1598»<sup>38</sup>.

## **El tabardillo en la literatura médica hispánica del siglo XVI**

La primera referencia médica al tabardillo en España es el texto editado por Nicolás Monardes en 1545, la *Sevillana medicina* de Juan de Aviñón, denunciando su presencia en la ciudad hispalense a finales del siglo XIV<sup>39</sup>.

La primera monografía hispana dedicada a clarificar el origen, las causas, la clínica y el tratamiento del tabardillo es obra de un autor sevillano emigrado al nuevo mundo: Francisco Bravo (c. 1530-c. 1595), que publicó su libro en México en 1570, formando parte de su *Opera medicinalia*, primera obra médica americana. Este texto debió de resultar desconocido en la Península, pues no lo cita ninguno de los autores españoles. Bravo estudia en su obra la epidemia sufrida por la capital azteca a finales de la sexta década del siglo, recordando la vivida por él cuando todavía ejercía la profesión en Sevilla, en 1555.

Por lo que respecta a la Península, el conocido texto de Luis de Toro (1570) hace una revisión de lo aquí publicado hasta el momento. Comienza recordando que los autores modernos apenas han aportado nada al conocimiento de esa fiebre: «en verdad debe decirse

ingenuamente, que la fiebre punticular, su nombre y su naturaleza han sido tratadas por escrito por algunos modernos, pero éstos lo trataron y expusieron tan brevemente que apenas podrías extraer algo sobre lo que debes hacer u omitir»<sup>40</sup>. Según él, de entre todos ellos sólo merece destacarse la aportación de Fracastoro, «pues excepto Fracastoro, nadie había tratado sobre esta fiebre»<sup>41</sup>.

En un orden inferior sitúa Toro la aportación de Amato Lusitano en cuyas «*Centurias* escribe sobre algunas curaciones relativas a la fiebre pulicular, pero breves y de ningún modo adecuadamente pulidas o que se atengan a la reflexión»<sup>42</sup>. Finalmente, incluye una lista de autores que, «en sus obras (aunque ocupándose de otra cosa) se acordaron de esta fiebre, éstos serían Falopio de Módena, Juan de Arcenac y Bautista Montano, entre los extranjeros; y entre los nuestros, Alfonso López Cureleano, Gómez Pereira de Medina y Juan Bravo de Piedrahita, profesor público de Salamanca, y compañero mío eminentísimo». Acepta, con todo, que existan otros autores, cuyas obras le resulten desconocidas: «y seguramente tratarán de ella otros, cuyos libros aún no han llegado a mis manos»<sup>43</sup>.

Toro escribía con razón que algunas de las curaciones incluidas en las *Centurias* de Amato Lusitano<sup>44</sup> se ocupan del tratamiento del tabardillo, concretamente tres de la tercera centuria (la vigesimotercera, la septuagésima y la septuagésimoprimer) y una de la cuarta (la sexagésimosegunda). Allí se hacen correctas descripciones clínicas, y algunas sugerencias terapéuticas, pero adaptadas a los pacientes cuyas historias narran<sup>45</sup>.

Por lo que respecta a los otros autores, López de Corella en esa fecha ya había incluido dos breves comentarios sobre esta fiebre en su *In omnia opera Galeni annotationes* (1565)<sup>46</sup>, pero sin llegar a profundizar como lo hará en el texto ulterior que nos ocupa. Antonio Gómez Pereira (1500-dp. 1560), autor de la *Antoniana Margarita*, tiene también una *Novae veraeque Medicina*, en la que incorpora algunas referencias al tabardillo, incluyéndolo entre las fiebres pestilentes<sup>47</sup>. Juan Bravo de Piedrahita (fl. 1566-1588), catedrático en Salamanca, es autor de una extensa obra médica, en la que aparecen algunas pinceladas dedicadas al tabardillo.

Por todo ello, bien puede aceptarse la afirmación de Luis de Toro, según la cual nadie había publicado un trabajo extenso sobre esta enfermedad antes de 1574. Sin embargo, se equivoca al atribuirse la prioridad. En ese año de 1574 son tres los autores que publican monografías sobre el tabardillo: Alonso López de Corella (c. 1519-1584), Luis Mercado (c. 1520-1606) y el mismo Luis de Toro (c. 1532-1591), imprimiéndolas en Zaragoza, Valladolid y Burgos, respectivamente. Los tres merecieron conjuntamente el calificativo de «clásicos del tabardillo»<sup>48</sup>. No vamos a entrar ahora en el análisis de posibles precedencias<sup>49</sup>, podemos considerar que las tres obras salieron a la venta casi simultáneamente.

En esta misma década publicó Francisco Valles (1524-1592) sus extensos comentarios a las *Epidemias* hipocráticas, en los que presenta varias referencias al tabardillo, algunas de ellas breves, otras más extensas.

Levemente posterior, y de otro ámbito geográfico, es el texto del P. Agustín Farfán (muerto en Méjico en 1604), de título *Tratado brebe de medicina* (1579), en el cual dedica un capítulo a la enfermedad (el segundo del libro tercero), buscando facilitar el autocuidado de colonos y nativos, pues se trata de una obra de divulgación.

En 1581 apareció el texto de Luis de Lemos (*fl.* 1558-1585), intitulado *In libro Galeni de Morbis medendi Commentarii*, en el que incluye algunos comentarios sobre el tabardillo, preludio de su aportación de 1585.

Al año siguiente, Juan de Carmona (1534-c. 1590) publicaba en Sevilla su monografía sobre el tabardillo (1582), obra que aporta la peculiaridad de incluir siete relatos patográficos (muy en la línea de las *observationes* renacentista) y la descripción de una «anatomía» practicada por el autor ante el claustro de la Universidad de Salamanca<sup>50</sup>.

A mitad de la década (1585) surgió la aportación definitiva de Luis de Lemos; el cual en su *De optima predicendi ratione libri sex* dedica un capítulo (el quinto del libro cuarto) al pronóstico de las diferentes pápulas, aunque se centra preferentemente en el tabardillo.

Del mismo año es el texto de Pedro Pablo Pereda de Játiva, profesor de medicina en la Universidad de Valencia, discípulo de Miguel Juan Pascual. En realidad se trata de una reedición de la obra de medicina práctica de Pascual, acompañada de unos *scholia* de Pereda. Conviene evocar este texto porque, aparte de presentar una breve referencia al tabardillo, es objeto de frecuentes críticas en la obra de Pedro Vaez que mencionaremos a continuación.

En 1592 conoció una segunda edición el texto de Farfán, signo evidente de su difusión y de su utilidad en un medio geográfico hostil, donde los profesionales sanitarios eran especialmente escasos.

En la misma década encontramos más referencias. En primer lugar, el ya citado Pedro Vaez (*fl.* 1570-1593), quien dedicó a esta epidemia uno de los capítulos de la *Apología medicinalis* (1593), obra que describe una colección de errores médicos detectados en los textos de diversos autores. El capítulo dedicado al tabardillo es una crítica constante al comentario de Pereda.

Un año después aparece la *Opera omnia* de Luis Mercado en cuatro tomos, en un intento de sistematizar toda la medicina en un solo texto, que englobase y reorganizase sus aportaciones previas. Es interesante observar que en ella se incluyen casi todos los textos del catedrático vallisoletano, pero aparentemente no se encuentra la monografía que dedicó al tabardillo en 1574. Sin embargo, una lectura más cuidadosa permite apreciar que sí aparece como un largo capítulo del segundo tomo del *De febrium differentiis*. Allí se encuentra, transcrita casi literalmente y sin apenas actualizaciones, la obra de veinte años antes. Parece que esto viene a significar que aquello que antes había sido observado como una rareza, ahora encontraba su lugar dentro del esquema, perfectamente estructurado, de la medicina galénica renacentista.

De la misma época debe de ser un opúsculo de Bartolomé Hidalgo de Agüero (1530-1597), médico y cirujano sevillano, de enorme prestigio dentro de este último campo; el cual escribió un tratadito, en lengua castellana y de contenido eminentemente práctico, sobre la enfermedad lenticular, su diagnóstico y tratamiento. Muerto el autor, la obra fue publicada por su yerno, Francisco Ximenez Guillén en 1605, como parte del *Thesoro de la cirugía*.

Obra coetánea, pero diferente en el enfoque es la de Miguel Martínez de Leyva (*fl.* 1597), también cirujano eminente, que publicó en 1597 su *Remedios preservativos y curativos para en tiempo de la peste*, en la que incluye un capítulo dedicado al tabardillo. En él se refleja el

sustrato más popular en la interpretación de la fiebre y algunas prácticas terapéuticas no exentas de cierto pintoresquismo.

Finalizando el siglo, nos encontramos con un escrito peculiar, el de Nicolás Bocangelino: *De morbis malignis et pestilentibus* (1600). Diríase que se trata de un texto único, en dos ediciones diferentes, una en latín y otra en castellano. Pero la diferencia va más allá del idioma, se trata más bien de una obra presentada en doble vertiente: una latina y otra castella, una extensa y otra más breve, una elevada y otra popular, dirigida a médicos y a cirujanos. Aunque los contenidos son prácticamente los mismos, la forma de exponerlos, la profundidad de las explicaciones, la justificación de las intervenciones, etc., son diferentes.

### **El autor y su obra**

Alonso López nació en Corella (Navarra, entonces perteneciente a la diócesis de Tarazona),<sup>51</sup> en el seno de una familia de profesionales (médicos, escribanos) y eclesiásticos. Fueron sus padres Rui López Coronel, probablemente natural de la villa soriana de Ágreda y médico de esta localidad, e Isabel Ramírez Remírez, natural de Corella. Alonso tuvo al menos seis hermanos cuya memoria subsiste en la abundante documentación conservada sobre él en los diversos archivos navarros. No se conoce con precisión su fecha de nacimiento; pero datos indirectos permiten situarla entre 1518 y 1519. Obtuvo el Bachiller de Artes, y probablemente el de Medicina, en la Universidad de Salamanca, ciudad donde imprimió su primera obra, un libro de preguntas, en 1539. Sin embargo, la Licenciatura en Medicina la obtuvo, hacia 1542, en Alcalá de Henares, universidad mucho más abierta a las nuevas corrientes intelectuales.

Concluida su formación académica, muy pronto se trasladó a Cornago (actualmente en La Rioja), al servicio de una familia noble, los Luna, señores del lugar. Allí permanecerá el resto de la década, publicando otras cuatro obras de contenido médico y de filosofía natural. Durante la década de 1550 aparece como médico de la villa navarra de Peralta, lugar desde donde firmará otro tratado médico, el único editado en Navarra (1555). Pero a finales de los cincuenta se dirige a Tarazona, donde se instalará definitivamente, aunque debieron ser muy frecuentes sus viajes profesionales a Corella y otros lugares próximos. En Tarazona fue nombrado médico de Cabildo catedralicio y médico municipal, con obligación de asistir a los enfermos del hospital, aunque también tuvo una abundante clientela privada. Desde aquí publicará sus cinco últimos trabajos, obras médicas y filológicas. Allí, respetado profesionalmente y rodeado de una extensa colección de sobrinos –pues no se casó ni tuvo hijos–, falleció el 19 de enero de 1584, cuando contaba aproximadamente sesenta y cinco años.

Su obra publicada abarca once títulos de diverso contenido y extensión: *Secretos de philosophia y medicina* (1539); *Treientas preguntas de cosas naturales* (1546); *Secretos de Philosophia y Astrologia y Medicina* (1547); *Enchiridion Medicinæ* (1549); *De vini commoditatibus: libellus* (1550); *De arte curativa libri quatuor* (1555); *In omnia opera Galeni Annotationes* (1564); *Naturæ querimonia* (1565); *De morbo pustulato, sive lenticulari* (1574); *De Galeni Placitis liber* (1574); y *Medicæ Animadversiones* (1574). Aunque su figura ha pasado a la posteridad por una sola obra de su última etapa, ésta que ahora se edita.

## **El *De morbo pustulato***

En las páginas precedentes hemos podido apreciar que, durante la segunda mitad del siglo el número de autores y escritos sobre el tabardillo fue bastante elevado. Ahora bien, las aportaciones de ningún modo son homogéneas: algunas son simples notas, otras comentarios más extensos, algunas por fin, auténticas monografías. Algunos de sus autores son catedráticos en Valencia, Salamanca, Alcalá, Valladolid o Sevilla, otros simples prácticos en ciudades más o menos importantes, como Burgos, Medina del Campo, Plasencia o Llerena. Entre los últimos hemos de incluir a Alonso López de Corella, quien escribe su *De morbo pustulato* desde Tarazona de Aragón.

A pesar de haber sido considerado como uno de los tres «clásicos» del tabardillo<sup>52</sup>, su obra no es ni tan clínica como la de Mercado, ni tan extensa y completa como la de Toro. Si hemos de buscar similitudes, las hallaremos más bien con la *Censuras* de Vaez, por su carácter polémico y su afán corrector de desafueros ajenos.

Habitualmente, los autores que utilizan el género monográfico suelen producir textos largos, ordenados formalmente y completos en su desarrollo, en los que se abordan los aspectos fundamentales de la enfermedad, de una manera sistemática. Tal es el caso de las obras de Bravo, Mercado, Toro o Carmona. Otros, como Hidalgo de Agüero, escriben monografías breves, en las que, en el corto espacio de unas pocas páginas, repasan muchos de los aspectos fundamentales del proceso, sin entrar en polémicas. Con esta misma estructura e intención, algunos redactan capítulos particulares dentro de textos generales; así sucede con las aportaciones de Farfán, Martínez de Leyva y Bocangelino. Sin embargo, López de Corella escribe una monografía breve, en la que aborda muchos de los problemas relacionados con la enfermedad, pero de una manera desordenada y poco sistemática, aunque ello no le impide incluir polémicas y digresiones marginales, por lo que su texto no sigue un argumento lineal.

El *De morbo pustulato* fue impreso en Zaragoza, por *Michaelis a Huessa*, en 1574, formando un solo volumen con el *De placitis Galeni* y las *Medicae animadversiones*; dicho volumen constituye la última aportación bibliográfica del autor<sup>53</sup>. Se trata de un ejemplar en octavo, compuesto de 120 folios, de los cuales, los ocho primeros, preliminares, van sin numerar y se siguen de 112 hojas numeradas. Las hojas van señaladas con las signaturas A-O<sup>9</sup>, y están impresas con letra redonda de varios tamaños, presentada a renglón seguido y con 28 líneas en cada plana, sin *marginalia* aclaratorios ni subdivisiones. Las capitales están grabadas en madera e impresas. El *De morbo* ocupa tan sólo los veinticinco primeros folios numerados (fols. 1r-25r), pasando al *De placitis* sin apenas solución de continuidad. El tomo se acompaña de censura eclesiástica, que consta de dos partes: los informes técnicos, de un médico y un clérigo, y la licencia inquisitorial. La licencia está firmada en el palacio de la Aljafería, el 14 de diciembre de 1573.<sup>54</sup> La obra está dedicada a D. Pedro de Luna<sup>55</sup>, Obispo de Tarazona entre 1571 y 1575.

En el texto abundan los signos tipográficos y abreviaturas, que obligan a interpretarlos y desarrollarlos. Por otro lado, los nombres de autores y títulos de las obras que cita suelen aparecer de forma abreviada, dificultando su correcta interpretación. Las citas literales aparecen mezcladas en el texto sin ningún signo tipográfico que las identifique.

## Contenidos del *De morbo pustulato*

El libro ordena el material en dos partes bastante atípicas: el texto propiamente dicho y el índice que le precede. Lo inusual proviene de la condición del índice, que difiere un tanto de su estructura habitual. Por un lado, algunos de los ítems que lo componen son relativamente extensos, incluyendo fragmentos de texto. Por otro lado, algunos apartados allí expuestos no se desarrollan después. Finalmente, ciertos puntos son abordados, pero con un enfoque diferente al inicial. Por estos motivos, he optado por considerar el índice como una parte complementaria del cuerpo. Éste, por su parte, presenta texto corrido, pero al leerlo se distinguen en él dos núcleos, los relativos a la naturaleza de la epidemia y a la terapéutica del mal.

Los aspectos del tabardillo que más preocupan a López de Corella son los relativos al nombre de la enfermedad, la clasificación de sus lesiones cutáneas, su posible novedad, la naturaleza del proceso, las causas predisponentes que generan la susceptibilidad de padecerla, la clínica, el pronóstico y, muy especialmente, el tratamiento. Intercaladas con ellas encontraremos una serie de cuestiones marginales, en nada relacionadas con el proceso y que aparecen salpicadas a lo largo del texto.

El primer núcleo contiene los datos de identificación de la enfermedad, así como los relativos a su origen y manifestaciones, y comprende los siete primeros folios. El segundo, en el que se ocupa del modo de afrontar la epidemia, es mucho más extenso -diecisiete folios- y propone un plan de tratamiento escalonado, que comienza con la dieta y concluye con la corrección de los síntomas. Intentaré efectuar una exposición sistemática de los contenidos para facilitar la ulterior lectura del texto.

El nombre de la fiebre es uno de los problemas que más preocuparon a López de Corella, dedicándole un espacio más amplio que sus colegas. De los veinticinco nombres de la fiebre que he podido detectar en los textos renacentistas, López de Corella recoge los más comunes (*fiebre eflórida, miliar, pulicular, tabardillo, morbus lenticularis, pulgón*) e introduce algunas denominaciones originales (como *rubus* y *vardas*, que aparecen en su primera aportación de 1565), entre las que destaca la expresión *morbus pustulatus*, de claro contenido descriptivo, con el que pretende que sea rebautizado el proceso.

El nombre le lleva a discutir la etimología y significado del término *pústula* y su relación con la *pápula*, distinción en la que sigue a Celso, y que también adquiere aquí cierta importancia. La etimología le lleva a contradecir a los gramáticos, que hacen derivar *pústula* de *pus*, aseveración que se verá refrendada por Covarrubias.<sup>56</sup>

Respecto a la novedad del proceso, aunque la literatura insiste en el concepto de «nuevas enfermedades», la mayoría de los autores renacentistas no se plantearon demasiadas dudas en torno a este problema. López de Corella adopta una posición ambigua: por un lado le vemos afirmar que no se trata de una enfermedad nueva, pero a continuación explica los posibles mecanismos por los que se generan nuevas enfermedades, para finalizar afirmando que no es ninguna de las enfermedades descritas por los autores antiguos. Por ello discrepa de aquellos de sus compañeros que identifican el tabardillo con la fiebre similar a las picaduras de los

mosquitos que se describe en las *Epidemias* hipocráticas; equivalencia que él negará radicalmente.

Ello no impide que, a continuación describa los mecanismos por los que pueden aparecer nuevas enfermedades: la voluntad divina, las mutaciones astrales y los hábitos de vida (*victu ratione*). En ello vuelve a distanciarse de sus colegas. López de Corella insiste bastante en la voluntad positiva del Creador, mientras que sus compañeros, aunque la mencionan, no la desarrollan, por considerarla *causa primitiva remota*. Las mutaciones astrales son el contenido de la *Astrología médica*, una de las materias fuertes en la formación de todo médico, a pesar de que algunos autores, como Carmona, quieran restarle importancia... Finalmente, el modo de vida, es una constante reconocida por todos los autores, que les lleva a definir lo que la patología clásica llama *causas predisponentes* de la enfermedad.

Por lo que toca a la naturaleza de la enfermedad nuestro autor la describe de una manera compleja y enrevesada. Aunque puede aplicarse a su texto el esquema propuesto por quienes dicen que el tabardillo es una fiebre pútrida, continua, popular o epidémica, maligna y contagiosa que se manifiesta mediante unas pintas cutáneas.<sup>57</sup> Es decir, que se trata de una fiebre, proceso caracterizado por un calor preternatural que, naciendo del corazón, se transmite a todo el cuerpo por las arterias y venas, a través de los espíritus y la sangre, haciéndole alcanzar tal calor, que daña las funciones naturales<sup>58</sup>; según la clásica definición que de fiebre dio Avicena, matizando y desarrollando la de Galeno. Ahora bien, se trata de una fiebre derivada de los productos intravasculares (de ahí lo de *continua*), específicamente los humores (por eso *pútrida*). López de Corella insiste especialmente en la idea de que es la sangre el humor prioritariamente afecto. Casi todos los autores coinciden con él, aunque algunos proponen también la bilis. Su condición de *epidémica* deriva de la amplia difusión; mientras que el adjetivo *contagioso* se impone por la evidencia de su transmisión<sup>59</sup>. La calidad de *maligna* tiene más que ver con la gravedad de la clínica y la severidad del pronóstico.

La clínica de la enfermedad es muy variable (casi tanto como los autores que se ocupan de ella), pero entre los pocos datos que comparten están el que se trata de una fiebre continua, que produce los exantemas cutáneos no pruriginosos ni papulosos, que se acompaña de múltiples síntomas, entre los que predomina el dolor de cabeza, que puede ir seguido de embotamiento y sopor. Lo curioso es que nuestro autor apenas describe los síntomas y signos, limitándose a dejar algunas ideas sueltas a lo largo del texto. Pero no debe extrañarnos, pues ésta es una constante en toda su obra. En sus libros de medicina práctica: insiste más en la naturaleza de la enfermedad y en su tratamiento, que en sus manifestaciones clínicas.

Las causas predisponentes de la fiebre son múltiples y variadas, pero parece generalmente admitido que afecta más a las clases humildes, en relación con las guerras y la miseria. En este punto, nuestro autor coincide con sus colegas españoles al reconocer que el proceso es más frecuente y más severo en los jóvenes que en los ancianos, las mujeres o los niños. Esto se vincula ya con el pronóstico, que es unánimemente reconocido como severo. El cuadro clínico es lo suficientemente aparatoso como para hacer temer por la vida de los pacientes, aunque finalmente se salvan la mayoría. En este punto existe cierta contradicción, pues los que aseguran que se trata de una grave epidemia, similar a la peste, afirman que su mortalidad no es

muy alta. López de Corella señala que la enfermedad es más frecuente en primavera y otoño, pero más grave en invierno, idea que coincide con las expuestas por los otros médicos.

La curación de la enfermedad es el problema al que más atención dedican los autores, sea en monografías o en comentarios breves. López de Corella no es una excepción, de hecho, en su trabajo esta cuestión ocupa dos tercios del libro.

En este aspecto se muestra más sistemático. Comienza el apartado de la terapéutica proponiendo un plan escalonado que consta de: dieta (*victus ratione*), cocción de los humores, evacuación, revulsión, roboración de las fuerzas y tratamiento de los síntomas acompañantes. Coincide con el plan propuesto por los otros tratadistas.

La dieta se entiende en el sentido clásico, esto es, régimen de vida, recto uso de lo que los medievales denominaron las *sex res non naturales*. Sin embargo, ninguno de los autores de los libros acerca del tabardillo se ocupó de las seis cosas, sino que cada uno incide específicamente sobre algunas, descuidando otras. Nuestro autor, se ocupa específicamente de la comida y la bebida, disertando sobre algunos alimentos concretos.

Existe cierta polémica sobre a qué debe atenderse antes, si a la cocción o a la evacuación. Nuestro autor lo resuelve de manera salomónica, proponiendo la evacuación si los humores están preparados (cocidos) y la cocción si no lo están. Para la cocción propone jarabes confeccionados a partir de varios productos o incluso directamente de los mismos simples, prefiriendo siempre las cosas sencillas sobre las complejas y las baratas sobre las caras. En relación con este problema, se lanza a la más sonada de las diatribas que contiene la obra. Frente a la mayoría de sus colegas, que utilizan profusamente los *alexipharmaca*, esto es productos específicos frente a la enfermedad, pero de muy alto precio, el autor navarro condena su uso, tanto por considerarlos inútiles y aun peligrosos, cuanto por el excesivo coste económico que acarrear. Contra ellos no escatima duros adjetivos condenatorios, a la par que propone el empleo de producto sencillos, de uso cotidiano y de coste muy inferior. Entre los *alexipharmaca* que Alonso López critica se encuentran el cuerno del unicornio, la piedra bezaar, la tierra sellada, la tríaca, la esmeralda, etcétera.

Simultánea o sucesiva a la cocción, viene la evacuación. Esta es una técnica muy rica y socorrida, pues puede adoptar múltiples formas, desde la purga hasta los eméticos, desde las ventosas a la sangría. López de Corella parece preferir la depuración intestinal espontánea, pero cuando ésta no ocurre, no duda en provocarla, generalmente mediante el uso de purgantes, aunque también admite los clísteres. Lo mismo puede decirse de las otras técnicas. Parece apreciarse una menor propensión al uso de evacuantes en general (y de algunos específico en particular), frente a sus colegas, muy proclives, habitualmente a la evacuación por todas y cada una de las vías. En el caso de la sangría, v. g., nuestro autor la usa, pero con tales precauciones que le lleva a oponerse tanto a los que sangran en demasía, como a los que nunca lo hacen. A este respecto, se permite una crítica afectuosa a Galeno, que prohibía sangrar a los niños. En el texto es recurrente la idea de sangrar lo justo, en general menos de lo que suelen hacer sus colegas. Lo mismo puede decirse de las escarificaciones y ventosas, cuyo uso excesivo condena también con duras palabras.

Con la revulsión ocurre algo similar. Nuestro autor no se opone a emplear las técnicas elaboradas, pero pone en duda que sean más eficaces que otras más sencillas. En el caso concreto de las fricciones, se burla especialmente de los que ordenan que sean hechas precisamente con un paño de color rojo, llegando incluso a criticar a Galeno, de quien se supone que proviene esa indicación.

Para la roboración de las fuerzas, propone una alimentación equilibrada, ni excesiva, ni deficiente, compuesta por productos sencillos y sanos, evitando aquellos que pudieran ser peligrosos. Ello le lleva también a criticar a aquellos que utilizan los productos por su apariencia externa, sin sopesar cuidadosamente sus cualidades.

Finalmente, el tratamiento de los síntomas supone un último esfuerzo para lograr la recuperación total. Los tratamientos que propone López de Corella son semejantes a los empleados por sus colegas. En todo caso, una idea etiopatológica aparece varias veces en ese lugar: los síntomas desaparecen al curarse la lesión del órgano del cual derivan.

Aunque, como se ha comentado, la parte terapéutica es la más sistemática de las que componen este tratadito esto no impide, tal y como es su estilo, que siga polemizando, con la mayoría de sus colegas.

### **Notas sobre el texto aquí editado**

La edición que ofrecemos reproduce exactamente el texto de la que fue publicada en Zaragoza, en 1574, bajo la supervisión de su autor. Solamente, y para facilitar su lectura, hemos modernizado la acentuación de las palabras y la puntuación de las frases, hemos puesto en letra cursiva los títulos de las obras que se citan y hemos intercalado algunos titulillos que fragmentan el texto y que aquí van consignados entre corchetes.

En la edición original abundan las erratas; pero siempre reflejan pequeños errores tipográficos o leves omisiones fácilmente subsanables. Algunos de estos defectos de impresión fueron advertidos por el autor bajo el epígrafe *Errata sic corrigito* en el folio VIr de los no numerados; otras resultan palmarias. En nuestro texto damos el término correcto, con una remisión a pie de página –en la versión latina- donde se encuentra la palabra incorrecta u omitida (*om.*) del original; cuando tal corrección fue advertida por el autor en su *Errata...*, añadimos la abreviatura *corr.*

El tratado *De morbo pustulato sive lenticulari* ocupa las primeras páginas del volumen en que aparece. Son siete folios previos sin numerar –que en nuestro texto se señalan con números romanos- y cuarenta y nueve páginas numeradas, cuya foliación se expresa de la 1r a la 25r, tal como se recoge en nuestro texto. El mismo sistema de numeración se sigue en el Índice, en el que se respeta la estructura y paginación del original.

A la hora de traducir he procurado ser fiel al original, pero a veces me he visto obligado a traducir libremente, para mejorar la inteligibilidad del texto. Con todo, creo haber logrado una transcripción y una traducción bastante fieles al pensamiento del autor. Sólo en dos ocasiones he topado con frases de significado oscuro que no he sido capaz de interpretar, aunque pienso que ambas corresponden a adagios o aforismos no localizados.

Los títulos de los libros se mantienen tal y como los citó López de Corella; en las notas al final del texto de la traducción aparecerá el título actualmente vigente. Para facilitar la lectura, he incluido como notas finales la identificación de los medicamentos empleados, remitiendo a las farmacopeas en el caso de los compuestos e indicando el nombre científico en los simples.

Con lo dicho en las páginas anteriores, pienso que el lector puede enfrentarse a la lectura del *De morbo pustulato* sin perderse en la prolijidad de sus argumentos.

- <sup>1</sup> Vide ARRIZABALAGA, JON (1991). Historia de la enfermedad: nuevos enfoques y problemas. Presentación. *Dynamis* 11: 17-26.
- <sup>2</sup> «Dado que estas condiciones [las que favorecían la aparición del tifus exantemático] se producían a nivel local, en el marco de una economía agraria regional o nacional muy poco interrelacionada, las epidemias de tifus no se encuentran fácilmente registradas en la literatura de la época, pues raramente producían una catástrofe simultánea en un área rural muy extensa.» PÉREZ MOREDA, VICENTE (1980). *La crisis de la mortalidad en la España interior (Siglos XVI-XIX)*, Madrid, Siglo veintiuno, pág. 72.
- <sup>3</sup> PÉREZ MOREDA (1980), *op. cit.*, pág. 67.
- <sup>4</sup> AVIÑÓN, JUAN DE (1545). *Sevillana medicina. Que trata el modo conservativo y curativo de los que abitan en la muy insigne ciudad de Sevilla: la qual sirve y aprovecha para qualquier otro lugar destes reynos. Obra antigua digna de ser leyda*, Sevilla, en casa de Andrés de Burgos, Fol. XIVv. Se trata de un dato difícil de valorar como consecuencia de la pérdida del original latino y del desconocimiento del término empleado por Juan de Aviñón.
- <sup>5</sup> VILLALBA, JOAQUÍN DE (1803). *Epidemiología española ó Historia cronológica de las Pestes, Contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta 1801*, Madrid, Impr. de D. Fermín Villalpando. Ed. facsimil Málaga, Univ. de Málaga, 1984, pág. 69.
- <sup>6</sup> TORO, LUIS DE (1574). *De febribus epidemicae et novae, quae latine Punticularis, vulgo Tavardillo, et Pintas dicitur*, Burgos, apud Philippum Iuntam Inpensis Francisci López iuniores, fols. 27r-v.
- <sup>7</sup> MARIANA, JUAN DE (1783). *Historia general de España*, Valencia, Benito Monfort, pág. 447.
- <sup>8</sup> MERCADO, LUIS DE (1574). *De essentia causis signis et curatione febris malignae in qua maculae rubentes similes morsibus pulicum per cutem erumpunt. Cui accessit consilium continens summam totius praesagatione et curationis in eodem affectu*, Valladolid, Fernando de Cordoba, fol. 8r.
- <sup>9</sup> BRAVO, FRANCISCO (1570). *Opera medicinalia*, Méjico, Pedro Ocharte, 1570, fols. 24v-25r
- <sup>10</sup> CARRERAS PANCHON, ANTONIO (1976). *La peste y los médicos en la España del Renacimiento*, Salamanca, Universidad-Instituto de Historia de la Medicina Española.
- <sup>11</sup> PÉREZ MOREDA (1980), *op. cit.*, pág. 249.
- <sup>12</sup> «Siquidem non solum tempestate hac nostra, sed et antea (anno scilicet 1557) cum primum visa fuit apud nos, et miserabili vastatione quadam, integras familias infecisse, a nobis observatum est.» TORO (1574), *op. cit.*, fol. 26v.
- <sup>13</sup> MÉNDEZ NIETO, JUAN, *Discursos medicinales*, Lib. I, Discurso 7º. He utilizado la edición de GRANJEL, LUIS S; SANTANDER, TERESA; SER QUIJANO, GREGORIO DEL; RODRIGUEZ-SAN PEDRO, LUIS (EDS.). Salamanca, Universidad, 1989, edición facsimil, fols. 24v-25v.
- <sup>14</sup> LÓPEZ DE CORELLA, ALONSO (1565). *Alfonsi Lupei Curaeleani in omnia Opera Galeni Annotationes, quibus obscura, & difficilia, atq; quae in hoc autore videtur pugnancia breviter & dilucide explicantur*, Zaragoza, in aedibus olim George Cocci, nunc Petri Bernuz, fol. 68r.
- <sup>15</sup> PÉREZ MOREDA (1980), *op. cit.*, pág. 250.
- <sup>16</sup> VINCENT, BERNARD (1977), «Las epidemias en Andalucía durante el siglo XVI», *V Congreso Nacional de la Sociedad Española de Historia de la Medicina*, Madrid. Ahora en *Asclepio* 1979; 29: 351-8.
- <sup>17</sup> MARMOL DE CARVAJAL, LUIS DEL (1991). *Rebelión y castigo de los moriscos*, Málaga, Argual; HURTADO DE MENDOZA, DIEGO (1970). *Guerra de Granada*, Clásicos Castalia, Madrid, 1970. Y la bibliografía secundaria siguiente: BORONAT Y BARRACHINA, PASCUAL (1901). *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio histórico crítico*. Valencia, Francisco Vives y Mora. Reeditado en Granada, Universidad de Granada, 1992; LAPEYRE, HENRY (1959). *Géographie de l'Espagne morisque*, Paris, S.E.V.P.E.N.; VINCENT, BERNARD (1970). «L'expulsion des morisques du royaume de Grenade et leur répartition en Castille (1570-1571)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez VI*. Paris, págs. 211-246; CARO BAROJA, JULIO (1976). *Los moriscos del Reino de Granada*. Madrid, Istmo; GARCIA CARCEL, RICARDO (1977). «La historiografía sobre los moriscos españoles. Aproximación a un estado de cuestión.» *Estudis* 6: 71-101; DOMÍNGUEZ ORTIZ, ANTONIO Y VINCENT, BERNARD (1978). *Historia de los Moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid, Revista de Occidente; GARCÍA-BALLESTER, LUIS (1984). *Los Moriscos y la Medicina: Un capítulo de la Medicina y la ciencia marginadas en la España del s. XVI*, Barcelona, Labor Universitaria.
- <sup>18</sup> TORO (1574), *op. cit.*, fols. 27r-28r.
- <sup>19</sup> FRACASTORO, GIROLAMO (1546), *De contagione et contagiosis morbis et curatione libri III. Venetiis, apud heredes Lacaeantonii Iuntae*.
- <sup>20</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ (1978), *op. cit.*, págs. 35-38.
- <sup>21</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ (1978), *op. cit.*, págs. 47-48.
- <sup>22</sup> LAPEYRE (1959), *op. cit.*, págs. 121-2; VINCENT (1970), *op. cit.*, págs. 213-5 y DOMÍNGUEZ ORTIZ (1978), *op. cit.*, págs. 54-5.
- <sup>23</sup> VINCENT (1970), *op. cit.*, págs. 217-22.
- <sup>24</sup> VINCENT (1970), *op. cit.*, págs. 223-5.
- <sup>25</sup> LAPEYRE (1959), *op. cit.*, págs. 123-6.
- <sup>26</sup> VINCENT (1970), *op. cit.*, págs. 225-7.
- <sup>27</sup> VINCENT, BERNARD (1987), *Minorías y marginados en la España del siglo XVI*, Granada, Diputación Provincial de Granada, págs. 215-220.
- <sup>28</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ (1978), *op. cit.*, págs. 50-52.
- <sup>29</sup> TORO (1574), *op. cit.*, fols. 26v-27r.
- <sup>30</sup> VINCENT, BERNARD (1977), *op. cit.*, págs. 351-8.
- <sup>31</sup> Instituto Valencia de D. Juan, envío 1, pág. 162.
- <sup>32</sup> *Ibidem*, envío 1, pág. 123.
- <sup>33</sup> VINCENT-1977, *op. cit.*, pág. 354.
- <sup>34</sup> Sobre la presencia de la enfermedad en la literatura del siglo XVII, vide ALBARRACÍN TEULÓN, AGUSTÍN (1952), «La patología en el teatro de Lope de Vega», *Arch. Iber. Hist. Med.* IV (2): 407-535.
- <sup>35</sup> PÉREZ MOREDA (1980), *op. cit.*, págs. 238-9.
- <sup>36</sup> PÉREZ MOREDA (1980), *op. cit.*, págs. 245-246 y 255.
- <sup>37</sup> HERNÁNDEZ MOREJÓN (1843), *op. cit.*, T. I, pág. 135.
- <sup>38</sup> GARCÍA DEL REAL (1921 B), *op. cit.*, pág. 210.
- <sup>39</sup> AVIÑÓN, JUAN DE (1545). *op. cit.*, fol. XIVv.
- <sup>40</sup> TORO (1574), *op. cit.*, fol. 17v.
- <sup>41</sup> *Ibidem*, fols. 17v-8r.
- <sup>42</sup> *Ibidem*, fol. 18r.
- <sup>43</sup> TORO (1574), *op. cit.*, fol. 18r.

<sup>44</sup> RODRIGUES DE CASTELO BRANCO, JOAO (AMATO LUSITANO) (1565). *Praestantissimi Curationum Medicinalium, Centuriae duae, tertia et quarta. Cum Indice omnium Curationum et rerum memorabilium quae ipsis Centuriis continentur*, Lugduni, Apud Gulielmum Rovillum.

<sup>45</sup> AMATO LUSITANO (1565), *op. cit.*, págs. 100-1, 254-7 y 554-8.

<sup>46</sup> LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, pág. 68r.

<sup>47</sup> PEREIRA, ANTONIO GÓMEZ (1558). *Novae Veraeque Medicinae, experimentis et evidentibus rationibus comprobatae*, Medina del Campo, Francisco del Canto, págs. 860-62.

<sup>48</sup> RICO ABELLO, CARLOS (1956), «Los clásicos del tabardillo (Mercado, Toro, López de Corella), En *XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina*, Madrid, 22-29 de septiembre de 1956.

<sup>49</sup> Posiblemente, la primera que estuvo a la venta fue la de López de Corella, pues obtuvo la licencia inquisitorial del reino de Aragón en diciembre de 1573; sin embargo Toro obtuvo la venia real para la impresión y venta el 2 de mayo de 1573, aunque no consiguió la tasa hasta el 7 de octubre de 1574; mientras que Mercado consiguió la venia real el 12 de enero de 1574, sin que se tenga constancia de la fecha de la tasa.

<sup>50</sup> CARMONA, JUAN DE (1584). *Ioannis de Carmona Medici atque Philosophi Oppidi de Llerena perpetui Decvriionis, Tractatus de Peste ac Febribus cum puncticulis Vulgo Tabardillo, Hispali, Apud Ferdinandum Maldonado Thyographum*.

<sup>51</sup> Para una más completa información sobre el personaje, su obra y aportaciones, *Vs.* GURPEGUI RESANO, JOSÉ RAMÓN. *Alonso López de Corella. Su vida y obra. Su biblioteca*. En prensa.

<sup>52</sup> *Cf.* RICO (1959), *op. cit.*

<sup>53</sup> Su distribución en las bibliotecas hispanas es mas bien escasa. He localizado ejemplares en las siguientes: Biblioteca Nacional de Madrid (R-29778); Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” de la Universidad Complutense de Madrid (M-1001); Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela (II, 2041); Biblioteca Universitaria de Zaragoza (887). LÓPEZ PIÑERO, José M<sup>a</sup> et al (1984). *Los impresos científicos españoles de los siglos XV y XVI. Inventario, bliometría y thesaurus*. Valencia, Cátedra de Historia de la Medicina-Universidad de Valencia, pág. 158.

<sup>54</sup> LÓPEZ DE CORELLA, ALONSO (1574). *De morbo pustulato, sive lenticulari, Quem nostrates Tabardillo apellant liber unus,...*, Zaragoza, *Ex Officina Michaelis á Huessa*, fols. I r-I v.

<sup>55</sup> *Ibidem*, fols. II r-II v.

<sup>56</sup> COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE (1611). *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid, Luis Sánchez. Reeditado en Barcelona, Horta, 1943.

<sup>57</sup> MERCADO (1574), *op. cit.*, fol. 9v.

<sup>58</sup> «Febris est calor extraneus accensus in corde et procedens ab eo mediantibus spiritus et sanguine per arterias et venas in totum corpus et inflammat in eo inflammatione que nocet operationibus naturalibus». AVICENA (1527). *Avicenne Liber Canonis Medicine. Cum castigationibus Andree Bellunensis*, Venecia, in *aedibus Luce Antonii Junta Florentini*, Lib. IV, Fen I, Trat. I, cap. 1, fol. 307r.

<sup>59</sup> A pesar de que algunos autores, como Bravo, Toro y Mercado, toman este término según la acepción fracastórea (*Cf.* FRACASTORO (1546), *op. cit.*), no parece que nuestro autor tuviera en cuenta la génesis del contagio ideado por el autor veronés. Por otro lado, conviene recordar que Nutton ha puesto en duda la novedad del concepto fracastóreo. *Cf.* NUTTON, VIVIAN (1983). «The seeds of disease: an explanation of contagion and infection from the Greeks to the Renaissance», *Medical History* 27, 1-34.

DE MORBO PUSTULATO  
SIVE LENTICULARI,  
QUEM NOSTRATES TABARDILLO  
APPELLANT, LIBER UNUS

ATQUE DE GALENI PLACITIS, LIBER ALTER:  
QUO, OMNIBUS FERE MEDICIS QUI PRAEDICTUM  
AUTOREM HUCUSQUE IMPUGNARUNT,  
RESPONDETUR; QUO ETIAM PERPENDUNTUR MULTA  
QUAE IN MULTIS HUIUS AUTORIS SCRIPTIS  
VIDENTUR DESIDERARE EXAMEN.

PER ALFONSUM LUPEIUM CURELAEANUM.  
ACCESSERUNT QUAEDAM MEDICAE ANIMADVERSIONES.

CUM LICENTIA

Caesaraugustae, Ex Officina Michaelis a Huessa  
Anno. 1574.

*[Ir] Visum est hoc opus et examinatum, mandato Domini Domini Ferdinandi ab Aragonia, Archiepiscopi  
Caesaraugustani et Aragoniae Proregis*

*Legi libros duos, unum de Lenticulari Morbo, alterum de Galeni Placitis, quos sapientissimus medicinae doctor  
Alphonsus Lupeyus Cureleanus scripsit, in quibus nihil christianae fidei repugnans, nec quod pii et catholici hominis aures  
offendat, reperitur.*

*Doctor Villel.*

*Aio me presens opus vidisse illudque nostrae arti utile iudico esse.*

*Doctor Grisen*

*[Iv] Nos los inquisidores apostólicos contra la herética pravedad y aposthasía en el reyno de Aragón, con la ciudad y  
obispado de Lérida, por autoridad apostólica y cathólica. Visto el presente libro intitulado De Morbo Pustulato sive  
Lenticulari, compuesto por el licenciado Alonso López, médico, y el parescer y relación sobre él dada por el muy reverendo  
doctor Villel, canónigo de la Iglesia de nuestra Señora del Pilar, consultor theólogo deste Sancto Officio, y muy magnífico  
doctor Grisen, médico, a los quales fue por nos cometido, damos licencia y facultad a qualesquier persona o personas que  
lo puedan imprimir, vender, leer y tener.*

*Datis en el real palacio de la Aljaferia, a 14 de Deziembre. 1573 años.*

*El doctor Don Rodrigo de Mendoça.*

*El Licenciado Haedo.*

*El Licenciado Roche.*

*Por mandato de los señores inquisidores*

*Miguel Mulsa, secretario del Santo Officio de la Inquisición*

[IIr] ILLUSTRISIMO ATQUE REVERENDISSIMO DOMINO

Domino Petro a Luna, Turiasonensi Antistiti:

Alfonsus Lopez de Corella, salutem et perpetuam felicitatem.

*Scripseram libros duos: de morbo quem tabardillo nostrates appellant unum, atque de placitis Galeni alterum, quos te, praesule Turiasonensi designato, dictare inceperam; hos, multis occupationibus implicatus, optata brevitate, non potui absolvere, quod mihi vel hac potissima causa fuit molestum, quod differrem, scilicet, aliquo munere literario tuam Illustrissimam Dominationem salutare. Nam ad dictandum hoc praecipue de nomini fui incitatus. Considerabam quidem, quod si aetate minus matura aliquot libros medicos et philosophicos viris gravissimis nuncupatos ipse edideram, iustum et consentaneum esse viro*

*praeclarissimo, praesuli Ecclesiae Turiasonensis cuius ego sum medicus rationarius, aliquid offerre. Tandem, vel furando horas ad umbiliculum Caesaraugustae, ubi curationi viri perillustris in presentia intersum, duxi libellos et typis dedi qui iustae tuae debeatur dominationi. Iuste etiam tuam impetrant opem. Accipe igitur illos, praesul praestantissime, et [IIv] benevolentia qua autorem prosequi soles eos prosequi dignare.*

*Caeterum, si ex librorum nuncupatione favor et gratia libris irrogare solet, a quo potius mei libelli quam a te haec sperabunt, siquidem es tu omnibus modis praeclarissimus: praeclarissimus quidem genere et maiorum imaginibus, ut pote de gente Luna toti orbi notissima natus; es morum integritate et candore admirabilis, qui iuvenili aetate seniles mores et vitam mirum in modum religiosam prae te semper tulisti, splendes maxime iuris, pontificii eruditione, cuius rei et admodum iuvenis in Salmanticensi museo, ubi fuisti aequissimus rector, dedisti specimem. Tenderem calamum, nisi considerassem vix integro libro, nedum praeliminari epistola tuas laudes posse quemquem complecti. Vale praesul ornatissime et diu felicissime vivas.*

[IIIr] Candido Lectori.

*Accipe, candide lector, De morbo lenticulari libellum, qui non solum ad huius morbi faciet curationem, sed proderit etiam ad quodvis curandum febrium genus. Vocavi illum pustulatum a pustula, quae non a pure, ut quidam volunt, sed quasi ustula est dicenda. Caeterum non contendam cum iis qui efflorescentias dictas tabardillo negent attinere ad ullum pustularum genus de quibus Celsus, ut eas non attinere, ad papulis ego contendo; hoc tamen asseverabo, quod si quae de papulis et pustulis autores latini dixerunt consideramus, inveniemus magis quadrare pustulae nomen iis efflorescentiis, quam nomem papularum.*

*Sed de nomine multa dissertare esset otiosum. Diximus de illo quod tibi sit futurum satis, et quod maioris negotii est explicuimus; scilicet, morbi naturam, et eius curationem, et quod non sit ille morbus quem culicum morsibus similem autores discripsere, licet sit opinione receptum, eundem esse aliquando porro videbis in hoc libro auctoritates Hippocratis et aliorum antiquorum citari. Tanquam si de hoc morbo scripsissent, quia licet eruptiones de quibus illi facere<sup>l</sup> mentionem sint aliae, plurima tamen ex parte, idem genus curationis, cum ratione febris expullulant desiderant. Vale et tuum Lupeium ama.*

[IVr] *Elenchus rerum notatu dignarum, quae libro De Morbo Pustulato habentur; libro De Placitis Galeni elenchum non praefixi, quia totus ille est veluti elenchus, quae brevi Galeni sententias gravissimas complectitur:*

- Pustulatus morbus a pustula, quae non a pure, ut volunt grammatici, sed quasi ustula, plereque pustulae sunt sine pure.* 1
- Efflorescentiae hae dictae tabardillo pulicum morsibus simulantur, non morsibus culicum, ut hae de quibus Hippocratis.* 2
- Efflorescentiae hae non attinent ad papulas, quod si quis contendit, non attinere ad pustularum genus, de quibus Celsus, cum eo non contendam; contendam tamen magis illis accedere, quam papulis morbi novi oriuntur.* 2
- Erravit Mercurialis, qui dixit rabiem non cognitam Aristoteli.* 3
- Erravit Fernelius, qui dixit pestem inguinariam non fuisse cognitam antiquis. Significavit hanc Hippocrates, secundo libro primi Vulgaribus textu 34. Nec contrarium potest elici nam si dixit illo loco Galenus, quod hoc loco vacuationes per effluxum etiam abscessus vocat Hippocrates, iis non refragatur, nam cum dicit 'etiam', et de veris insinuat abscessibus illum fuisse loquutum, sed iam quod de iis non intellexisset Hippocrates sat est. Quae dicit Galenus ad nostra probandum mitto in Epidemiis alios locos.* 3
- Non sufficienter probat Plato ex iis quae faciebant filii Aesculapi tempore bellii troiani, non fuisse antiquitus catarrhum.* 3
- Non valet ratio Plinii, qua vult probare antiquos nomem latinum non dedisse arthritidi.* 3
- Consulte fecerunt veteres qui arthritidem non vocarunt dolorem articulem, nam potest esse dolor in articulis [IVv] ex siccitate ut dicit Galenus 3.º libro Aphorismorum, aphorismus.16, qui non attinet ad arthritidem. Mitto quae nos diximus de recenti vulnere in articulis facto.* 3
- In pustulato morbo non est contrahendus cibus, quidquid in suis pustulis monuerit Aetius.* 3
- Bucclatum aegre coquitur.* 3
- Pulli parvi, ut excrementitii, aegris sunt interdiciendi.* 8
- Aqua ordeii et de cinnamomo in febricitantibus potest exhiberi, quidquid Ferrerius. Caeterum de pondere aquae diximus adversus Petronium in Apologia. Scilicet Plinium voluisse perrarum esse, ut una aqua sit levior alia, sed quia depravate est excussus locus in quo cum Petronio egimus, est notandum, quod quando Plinius dicit, quod si sunt pares aquae est dignotio facienda coquendo aquas, et eam quae citius calefit et citius infrigidatur accipiamus. Intellexit pares substantia et colore et odore, si quis est. Hoc consonat his quae docet Oribasius quinto libro cap. I. qua parte ait, aqua quae cito calefit et cito infrigidatur levissima est, etenim neque in caenosis, neque in grave olentibus, neque in iis quae gustui medicamento aliquid offerunt utilis est eiusmodi dignotio, cum hae vel omnibus perspicuae sint notae. Vide quod Oribasius non ponit paritatem in pondere, sed quando videntur pares substantia et colore.* 8
- Lactuca non est interdicienda pulicari morbo laborantibus, quidquid indoctum medicorum vulgus putavit.* 8
- Lactuca ultimis mensis edi solita praecavendae aebrietatis causa ex Athemo. 15º lib. cap.18.* 8
- Cremor amygdalarum facile bilescit, quare semina frigida ei admisceantur.* 8
- Cremor avellanarum inducit capitis dolorem, quidquid [Vr] idiotae putent.* 8
- Venae sectio convenit in pustulato morbo, nec revocat humores ex externis ad interna pleno corpore.* 8
- Cucurbitae conveniunt, prius vacuata abundantia, priusque cruribus et natibus quam scapulis sunt applicandae.* 13

<i>Magis debilitat sanguis extractus per venae sectionem, quam per scarificationem.</i>	12
<i>Frictiones conveniunt extremis partibus prius admotae.</i>	14
<i>Non quadrat quod panno rubro frictiones factae magis iuvent, mirandumque est de Galeno, qui colorem trahere sensit.</i>	14
<i>Urticis corpus verberare, si est animus trahere ad exteriora, magis facit quam cucurbitae inanes.</i>	14
<i>Medicamenta mititer purgantia inter exordia morbi pustulati licet adhibere, fortia non item, nisi quousque febris remiserit.</i>	14
<i>Coniectura fallaci ducti aliqui medici laudarunt aliquot partes animalium, ad roborandas partes humanas.</i>	14
<i>Epithema frigidum cordi licet admovere in pustulato morbo, licet et fronti, licet et hepatis; sed erumpentibus pustulis melius est hepar non infrigidare.</i>	16
<i>Antiqui nullum medicamentum vocarunt cordiale; quod nostrates vocant cordiale, illi vocarunt stomachicon.</i>	16
<i>Smaragdus et cranium hominis non faciunt ad epilepsiam. Circa quod nota quod dicunt aliqui Herculem fuisse medicum et sanasse Alcestim, cuius rei facit memoriam suis variis lectionibus Muretus, quod si verum est, non mirum quod 'herculeus morbus' dicatur epilepsia, ut dicitur 'ulcus magnum chironium' quia hic salutare gravibus ulceribus admovebat manus. Subnotandum etiam venit quod sua Hyeroglifica, ubi sunt reconditissima multa, [Vv] dicit Pierus coturnicum esu ad epilepsia fuisse liberatum Herculem, nocentissimam tamen esse coturnicem epilepsia detentis, a gravibus medicis habemus.</i>	16
<i>Smaragdus ex occidentis Indiis allata est venenum.</i>	16
<i>Theriaca de smaragdis non facit ad epilepsiam.</i>	16
<i>Cornu monocerotis agere contra venenum, solus ex sententia aliorum dixit Aelianus.</i>	17
<i>Plinius non sibi constat in iis quae dixit de animali unicorni.</i>	17
<i>Lapis Bezaar raro reperitur in visceribus animalium. Lapis qui reperitur in ventriculo pulorum hirundinum ab illis fuit devoratus. Est alter lapis ex terrae venis dictus Bezaar de quo nihil diximus.</i>	18
<i>Quomodo antiqui intellexerunt theriacam bibi solitam, contra Victorium suis variis lectionibus diximus.</i>	19
<i>In herbis sua quodammodo est fortuna ut videmus in scorçonera. fol. 15, est etiam sua fortuna medicis indoctis qui gratiam invenere apud munificos maximates qui habent boeticam aurem et laudant non laudanda non me praeterit, tamen dicere Galenum primo capite libri undecimi Methodum: «Naturam, et artem, et fortunam agere in Medicina»; agit fortuna, quatenus omnia quae agunt ad salutem aegri citra obicem opportuno tempore possunt fieri; est fortuna offendere medicum doctum et prudentem, est fortuna medicum offendere aegros dicto obediens quorum morbi facile curantur et fortuna aliqui sunt curati; ut ille qui narrat in<sup>I</sup> 2.º libro De beneficiis Seneca, cui ab inimici gladio tuber fuit abscissum, aliqui ab stultitia curati fuerunt, ab hoste<sup>II</sup> inflicto vulnere, de iis Valerius primo libro.</i>	19
<i>Contra rationem faciunt, qui ad praecavendam pestem [Vlr] vel curandam, thoraci admovent arsenicum.</i>	19
<i>Oleum de scorpionibus prodest in morbo pustulato.</i>	19
<i>Suffitum ex cippo producere capitis dolorem, dixit Galenus; non linimentum ex cypho. Quare nulla est contradictio quicquid Mercurialis.</i>	20

*Ingens cibi fastidium saepe oboritur ex nervis ventriculi ex febre assante induratis. Caeterum quia de inedia hic sit sermo, notandum est Galenum libro contra Erasistratum voluisse, animalia quae delitescunt, nullo uti alimento, eo quod superficies exterior multum densatur, quo fit inquit, ut non fiat fluxio; sed cum videamus cocleas, et alia animalia quae delitescunt, multum emaciata e latibulis egredi, videtur de fluxione<sup>III</sup> esse factam. Placuit haec hic annotare, quia de hac re fuit sermo in Apologia cum respondemus Iouberto.* 21

*Unguenta calida possunt admoveri ventriculo frigido, licet hepar in temperie calida laboret, quicquid Realdus.* 22

*Est magnus abusus bibere ex aquis sponte scaturientibus ad sanitatem, temperaturre et morbi non habita ratione.* 22

*Assellus vermibus dubium sit millepeda, qua in re videtur lapsus Cornarius. Caeterum quia de assello hic sit mentio, est notandum, quod ubi est scriptum in Apologia assellum piscem fuisse numeratum inter saxatiles Columellae, est legendum 'murena'. Sic ait libro octavo: 'murenas', et si quae sunt aliae saxatilis notae, cum dicit, aliae, videtur inter saxatiles murenam collocare, sic ait meus liber impressus Venetiis in Aldina officina, forsitan abundat dictio, aliae. Caeterum quod errent qui putant eos autores qui vocant pisces saxatiles, fuisse loquutos de piscibus qui flumine degunt, monstravimus in Annotationibus.* 20

*Finis tabulae.*

[VIv] Errata sic corrigito. A. indicat primam paginam. B. secundam, quae sunt maioris momenti hoc signo ¶ indicantur si quae alia offenderis, nam non nulla minuta te inventurum non dubito, tu emendabis.

*Primo folio. b. lin. 20. similiores lege ¶ dissimiliores vel minus similes. ibi lin. 22. ¶ culicum. fol. 9. a lin. 11. ¶ iuflentium. ibi 29. gallina et ¶ caro caponis. ibi. b. biscoctum. fo. 10. li. 22. cute ¶ parce fol. 11. a lin. 26. prolectare. 24. penetrent. fol. 12. a. lin. 22. per venae sectionem. fol. 13. a. li. 14. vitreae. 16. quem dabis. fol. 16. a. li. 25. locupletant. 26. quod fol. 18. a. lin. 3. importatur. fol. 19. a. lin. 4. ¶ potari 5. ¶ affert victorius. fol. 20. a. lin. 28. ¶ intestinorum. fo. 20. b. lin. 23. ustione. fo. 21. b. lin. 6. ¶ latus dextrum. fol. 23. a. lin. 28. ¶ totum negotium naturae. ibi. b. lin. 21. iniectus. fol. 24. a. lin. 9. inconueniens lin. 25. qua re. lin. 28. umbram.*

quem nostrates tabardillo apellant.

Grassata fuit fere per totam Hispaniam duos integros annos, et nunc aliquot locis grassatur, febris mali moris quae, a symptomate, a quibusdam scilicet afflorescentiis quae in cute apparent, sumpsit nomen<sup>I</sup>, tabardillo vel pulgon patrio sermone eam vocant, illud est frequentius. Unde vero tabardillo sit dicta non est ingeniosum divinare, nec illud investigare est momentaneum.

Tabardillo tanquam tuberdillo, non quod sit tuberculum, sed quod modo quodam illud imitetur, vel tabardillo a quibusdam vermibus quos vocant tabardos, quorum morsibus fiunt efflorescentiae similes iis quas nos tabardillo appellamus. Sed credo hoc nomen fortuito hunc morbum sibi invenisse, ut alia multa quae quolibet idiomate<sup>II</sup> solent fortuito proferri, et animis hominum, quando in re nullum est periculum, facile assidere. Explica cur epilepsiam vocant hispani gota coral, et herniam potra, morbum gallium passas, et vix maiorem rationem invenies, quam in dicto morbo quem vocant tabardillo.

Pulgon quidem, quod aliquibus regionibus [1v] vocatur, faciliorem et antiquiorem habet originem. Similantur efflorescentiae quae dicta febre apparent pulicum morsibus. Alludit huic vocabulo quod de culicum morsibus non semel libris Epidemion dicit Hippocrates ut videre est libro secundo, sectione tertia, et libro quinto; quam vocem etiam refert Aetius sermone primo secundae partis, capitulo CXXIX. Proprius vero accederet nomen si, ut dicunt pulgon, dixissent moscon. Nam ut taceam quod culicum morsibus dictas efflorescentias Hippocrates et Aetius dixerunt, morsus quos imprimunt culices, non vinarii, sed alii qui aestatis tempore regione aestuosa infestant, disimiliores<sup>III</sup> iis efflorescentiis faciunt maculas quam culicum<sup>IV</sup> morsus. Videtur tamen pustulas de quibus loquitur Hippocrates, aliqua re differre a nostris pustulis, quia dicit esse aspredines miliaceas non valde pruriginosas<sup>V</sup>; hae quidem efflorescentiae de quibus est sermo semini milii non sunt similes. Si similitudinem quaeris ut in granis quae apparent in herpete miliari, nec hae efflorescentiae pruriunt quicquam; sed utcumque sit, diffiteri non possumus morsibus culicum efflorescentias de quibus loquimur esse<sup>VI</sup> adsimiles.

Caeterum, sermone latino sub nomine pustularum hae efflorescentiae comprehenduntur, nec videntur attinere ad papullas, licet frequens sit illas sic appellare Vergilius, tertio Georgicas in fine, cum dicit: «Verum etiam invisos si quis tentaret amictus, ardentis papulae atque inmundus olentia [2r] sudor membra sequebantur»; insinuat, papulas aliud esse quam efflorescentias. Praeludium inuit esse ignis sacri qui edebat contractos arctus. Plinius etiam, cum de papulis loquitur, idem insinuat.

Celsus duo genera facit papularum, quorum unum dicit serpere et rodere, alterum dicit exulcerare. Efflorescentiae vero hae nec serpent, nec rodunt, nisi contendere vis eas rodere leviter. Non est tamen ingorandum, quod in malignis febribus herpetes solent apparere, ut dicit Hippocrates, Tertio Vulgarium, sectione tertia. Hos herpetes non inepte potest quis papulas vocare, serpunt et rodunt et exulcerant. Haec, ut dicit Aetius citato loco, in malignis et pestilentibus febribus oriri solent, quarum quaedam ad carbunculorum speciem dicit accedere.

Apparent porro citra febrem aliquae efflorescentiae estatis tempore iis qui multum se exercuerunt, quas latini vocant sudamina, graeci hidroa; de quibus Actuarius primo Methodo, quinto etiam Vulgarium, dicit Hippocrates Heuphranoris filio pustulas accidisse citra febrem. De his et de herpetibus nil nunc nobis est dicendum; solum noster habebitur sermo de efflorescentiis quae apparent in febribus et non ulcerant. Posumus latino sermone has efflorescentias pustulas appellare, sed pustularum genus late patet adeo ut sub iis papulae complectantur. Nam de papulis loquens, Celsus dicit, una species papularum est, in qua per minimas pustulas cutis exasperatur; unde claret [2v] sub pustulis complecti papulas. Latissimum etiam est nomen exanthematis apud graecos; nam, non solum sub hoc nomine complectuntur efflorescentiae hae, sed aliae etiam eruptiones, ut annotavimus Arte curativa.

Ex omnibus vero iis quae diximus liquido constat, hunc morbum non esse novum, licet viri amusi hac aetate caepisse obrepere sibi persudeant. Non novum est esse febres malignas, non erit novum has efflorescentias apparere, mitto quod, ut dixi, de iis facere<sup>I</sup> memoriam celeberrimi medici; nec cum haec scribo repugno novos morbos oboriri, quod accidit, vel ab eo quod Sumus Opifex novo morborum genere velit exercere mortales, vel ob novum siderum influxum, vel ob novam vivendi rationem. Nam quod Deus maximus morbos immittat, decantatum est non semel in Sacra Pagina. Caeterum, subditus est

*hic orbis orbi superiora, quare non mirum, quod a siderum novo effluvio sic efficiatur aer, quod inde novum oriatur morborum genus. Quod vero nova vivendi ratio novos possit parere morbos, nostius est quam ut explicari desideret.*

*Caeterum, quod novi morbi orientur indicavit Plato 3.º libro De republica, qui dixit tempore Aesculapii non fuisse capitis destillationes, quod vult aprobare ex iis quae huius filii faciebant inter medendum tempore belli troiani. Plinius etiam 26.º libro, cap. 10.º indicat novos oriri morbos: dicit in Latio morbus [3r] novus erat podagra, nam si antiquitus notus fuisset nomen invenisset. Sed in hac re nolo Platonis nec Plinii rationibus subscribere. Id quod dicit Plato, quod porrigebant caseum cuidam aegroto filii Aesculapii nil concludit, quia antiqui plus abundantiae cibi, quam bonitati attendebant. Id quod considerans Galenus 4.º libro De ratione victus dixit, ignavissimos fuisse antiquos eorum quae facile coquuntur. Nec ratio Plinii, qua vult suadere apud italos fuisse ignotam podagram, quia nomine latino non fuit donata, quicquam concludit cum et ipse aliquibus morbis nomina graeca permisit ut elephantiasi cui nomen latinum non dedit. Quid mirum igitur, quod atthritidem morbum latio non donarint? Et forsitan fecere consulte, nam articularis dolor, vel articularis morbus non exacte videtur continere atthritidem et podagram, ab ulcere quidem et recenti vulnere potest dolere artus, et hic dolor non proprie attinet ad arthritidem<sup>I</sup> vel podagram.*

*Sed missis iis, non est certe abnuendum novam victus rationem novos posse inducere morbos, quos potest etiam facere aeris impressio a caelo mutata.*

*Caeterum, ex varia vivendi ratione sunt quidam morbi magis peculiare uni regioni<sup>II</sup> quam aliae et uni vivendi instituto quam alio, quare non mirum est, mentagram de qua Plinius 26.º libro capite primo, non invasisse faeminas, aut servitia, aut plebem, sed proceres [3v] illo tempore, ut aliam taceam; abstemiae erant mulieres, servitiis non porrigebatur vinum, diversaque est vivendi ratio proceribus quam plebi. Nisi id potius in Dei vindictam velis referre, qui procerum criminibus offensus in eos voluit haec iacere tela. Ad naturam etiam vel vivendi ratione etiam referemus quod dicit Hippocrates, Secundo Vulgarium, sectione tertia, apparuisse scilicet in febribus mulieribus solum quasdam efflorescentias. Sed Hippocrates non dicit quod viris non erumpebant huiusmodi efflorescentiae, sed quod in iis eas non viderit; forsitan foeminis in quibus id conspexerat Hippocrates detenti fuerunt menses, sanguinisque cohibitus debuit esse causa ut cutis eflouesceret.*

*Caeterum ut non abnuimus, aliquos morbos novos esse et aliquos veteres morbos recessisse, ita minime subscribimus Fernelio, qui dixit antiquis ignotam fuisse pestilentiam inguinarium; nam Hippocrates, Tertio Vulgarium sectione tertia, de tuberculis quae fiebant in inguinibus quadam pestilenti constitutione facit memoriam. Nec est audiendus Hieronimus Mercurialis qui, suo libro De variis lectionibus, dicit tempore Aristotelis<sup>III</sup> non fuisse cognitum alia animalia a cane rabie fuisse correpta; rabire camelos et elephantos ipse Aristoteles<sup>IV</sup> tradidit. Non tamen diffitendum est, ut in Annotationibus dixit, rabiem quae<sup>V</sup> est hydrophobia peculiarem esse canibus, adeo ut nullum animal nisi a cane rabido petatum rabie quae dicitur hydrophobia prehendantur. Nec Aristoteles [4r] quidquid dixit Mercurialis negavit, hominem a cane rabido petatum rabie prehendi, sed voluit minus esse obnoxium hydrophobie quam alia animalia, meliusque hunc quam caetera animalia a tanto malo posse erimpi. Adeo, ut non eripiatur ab hydrophobia brutum animal a cane morsum, cum eripi soleat homo a cane rabido petitus: et hoc voluit Aristoteles, quem optime fuit interpretatus Theodorus; licet a Leoniceno et ab aliis sugilletur, sed de iis alibi satis.*

*Iis ad introductionem quae de hac febre dicturi sumus prelibatis, quae potius ad nomen quam ad rem attinent. De natura morbis quae a symphomate dicitur tabardillo, atque de iis quae ad curationem pertinent sermonem agemus.*

*[De nomine morbis lenticularis]*

*Est morbus hic febris a pernicioso humore orta, quae maculas et efflorescentias quae sunt citra ulcerationem facit in cute. A symphomate sumit nomen haec febris, quam, si placet voca febrem pulicarem, vel effloridam, vel miliarem, vel pustulatam, vel lenticularem. Caeterum nec id quod ex Hippocrate, Sexto Vulgarium commentario primo, dicit Galenus non fuisse, scilicet, morem Hippocrati a symphomate febrem vocare contradicit iis qui a symphomate vocant hanc febrem. Nam si bene advertis, noluit Galenus quod Hippocrates a symphomate non vocet febres, sed quod differentia febris, quae proprie a calore est sumenda, neutiquam a symphomate sumi debet, non enim attinent ad naturam caloris symphomata. Sed de iis satis in Annotationibus.*

[De natura morbis lenticularis]

Ceterum, [4v] licet haec febris miliaris a pravo humore oboriatur, non est pestilens, nam febris pestilens plurima ex parte iugulat, hac vero ut plurimum levantur aegrotantes, presertim iuvenes; ipseque Galenus dixit, Secundo Vulgarium, omnes mulieres quas hic morbus invasit convaluisse. Aetiusque cum de his postulis loquitur, dicit in iis febribus apparere efflorescentias, in pestilentibus febribus dicit pustulas exulcerari. Non adnuc, quod in multis pestilentibus<sup>l</sup> possint apparere efflorescentiae quae non ulcerent, sed non est proprium iis febribus de quibus loquimur id genus pustulas habere et esse pestilentes.

Dubium tamen se offert si erunt aliquae harum febrium hecticae, ut esse aliquas pestilentes hecticas, dixit Galenus quarto libro De presagatione ex pulsibus, ubi dicit has febres esse magis cognitae vulgo quam medicis, quia urina apparet similis naturali, et contingit in pulsum non deficere differentiam. Ex foetida expiratione dicit melius cognosci quam ex pulsu. Ego porro ut aliis locis dixi, difficilia semper iudicavi, quae citata parte dicit Galenus. Nam febris hectica a putredine non pendet, quare non est cur expiratione tantum faeteat; quod, si est putredo, in ipsa cordis carne ratione videtur carere, quod pulsus non varietur. Nam quod de urina dicit a ratione non est alienum: non dicit quidem urinam esse similem naturali, sed apparere. Urinae vero quae a naturali distant [5r] possunt hinc assimilari. Crudus quidem humor saepe optimi sediminis imaginem praebet. Dicit aliquis pulsum naturali etiam similari, licet ab hoc evariet; sed mihi difficile apparet, tam aegre laborante corde quod possit similari, nisi tam pauca sit putredo in principiis harum febrium, sitque paucis calori et multae humiditati coniuncta quod eventilationis paucam tribuat necessitatem. Caeterum febris haec miliaris, vel si placet lenticularis; quia, nec in cute facit ulcerationem, ut pestilens, minus id faciet in corde, quare nullo modo erit hectica. Ego certe quas Galenus dicit pestilentes hecticas, quodam modo ulcerationem vel corruptam putrefactionem facere in corde, arbitror.

Caeterum, si febris pestilens hectica substantiam cordis depascitur, claret medicamenta que tunc magis iuvare possent, esse que exsiccant ut sunt theriaca cum bolo armenia; sed ad pensum redeamus.

Diximus febrem de qua est noster sermo esse humoralem, quod, si humoralis est, ab humore pendet. Humor porro qui hanc febrem producit plurima ex parte est sanguis, qui, cum sit calidus et humidus, perniciosam putredinem concipere solet. Non estuat multum haec febris, quae aestuaret si ex bile sincera produceretur. Pituita vero et atrabilis longiores febres facit, quam haec lenticularis. Non renuo tamen, quod a quolibet humore possit proficisci, sed assero frequentius a sanguine quam ab aliis humoribus [5v] afficere solet. Sed cum omnes humores in venis sint permisti, non sic sanguinem praehendit calor ascititius, quod alios non afficiat, atque prout varia est natura eorum quos haec febris invadit; sic diversa pululant symptomata: biliosi obnoxii sunt insomniis, pituitosi sopori, quibus frequenter accidunt parotides; hos aemulantur senes, illos iuvenes. In iis brevius sit iudicium quam in illis; citiusque in iuvenibus quam in pituitosis vel senibus pustulae apparent. Ad hanc normam facies iudicium, si febris invadit hominem ex inaedia vel ex multo exercitio bile scatentem, vel invadit hominem qui agit vitam sesullariam, vel ex multo cibo vel potu cruditatibus refertum.

Caeterum, licet per omnia vasa sit disseminatus humor qui hanc febrem producit, in penitioribus partibus latitare solet; quare contingit saepe externas partes nullum calorem ascititium representare, visceribus multum oblaesis. Accedit quod cum perniciosus humor interiora vexet ad partem quae sic afficitur totos suos nervos natura admolitur, unde calor ad interiora revocatur. Quia vero in internis viget noxius humor, ideo saepenumero sanguis qui ex venae sectione extrahitur non videtur infectus. Adde quod aliquando humor produgens febrem, non tam offendit manifesta putredine, quam prava qualitate in humoribus delitescit. Caeterum licet inter morbi initia sanguis minime vitiatus fundi soleat, in morbi [6r] tamen progressu quo putredo, ad omnes partes disseminatur, infectus sanguis extrahitur.

Quo vero anni tempore hic morbus accidat et quo tempore sit periculosior, dignum est inquisitione. Porro si ad naturam morbi attendis vere, quo in nostra regione et fere in tota Hispania viget humiditas, frequenter accidere solet. Accidere solet autumno; est etiam frequens estate, quando praecessit ver multum humidum et pluviosum, ipsaque aestas non est calida<sup>l</sup>. Hyeme minus vigere solet hic morbus sed, quando afficit, est periculosior quem aliis temporibus. Caeterum, si ad efflorescentias attendis animum, frequentius accidere solent estate, quo tempore espiramina sunt patentiora quam aliis temporibus.

[Maculae.]

*Considerandum tamen tibi est quod ex natura morbi non exigitur quod semper appareant pustulae; apparent vero in uno aegroto et non in alio, et si eadem sit morbi natura, quia humores in uno sunt tenuiores, vel unus habet cutem rariorem, vel in uno aliquas evacuationes quae sunt longe a cute tentat natura, quas in alio minime tentat.*

*Est quidem absurdum putare quod in omnibus id genus febribus pustulae semper apareant, ut non semper in omnibus qui febre pestilenti laborent bubones. Apparent porro sepe numero pustulae natura moliente aliquam ad cutem evacuationem; apparent etiam aliquando et ad alias partes evacuatione tentante natura; in illo conflictu, in illo duello, omnes corporis humores [6v] agitantur. Cum agitantur porro humores qui sunt in partibus internis, fumus et scintillae mittuntur ad partes externas, sic cutis maculatur est pyra in visceribus. Fumus et scintillae apparent saepe in partibus externis; apparent etiam maculae extincto nativo calore qui est ad partes cutaneas, unde et humor in partibus externis, citra hoc quod aliunde alius humor affluat, solet maculare cutem, tuncque sunt maculae lividae vel nigrae.*

*Caeterum et, trahente natura humores externis ad interna, possunt apparere maculae quando sit illa attractio. Ex illa commotione, possunt maculari partes externae cutis, eo quod humores a natura non gubernati hac et illac adcurrant, vel ob contentricem debilem quae est in partibus externis quae humores intra vasa non continet, sed sinit eos erumpi. Utcunque sit malum, nunciare solent pustulae; nam si cutis maculatur ex extinctione caloris nativi, patet praecipue<sup>I</sup> gravis mali esse indices imo claret in ultimo discrimine iam esse aegrum.*

*Si vero appareat<sup>II</sup> aliquam evacuationem moliente natura, si id sit non concoctis humoribus eo indicant malum, quia indicant natura irritata ab humorum multitudine vel pravitate hanc evacuationem, illam tentasse. De iis loquitur Hippocrates, Primo Vulgarium, sectione secunda textu 37, ubi dicit Galenus quod apparebant pustulae cum humorum cruditate ad quos excernendos, si natura egressa esset, nihil proficiebant; [7r] imo, ab iis superata, aut in profundum recurrere permittebant, aut propter paucitatem excretionum abscessum moliebatur. Ut enim dicit Hippocrates, secundo libro De morbis popularibus, sectione prima, «quae melius iudicant non statim apparent».*

*Caeterum et si die iudicatorio pustulae appareant, raro possunt recte iudicare; parum est quod erumpit prae humorum sarcina quae est in imo corpore, «iudicatoria vero non iudicantia, ut eodem loco dicit Hippocrates, partim letalia sunt, partim difficilis iudicationis».*

*Contingit porro herpes apparere in febribus, de quibus Tertio Popularium, sectione tertia, Hippocrates, hi vero non attinent ad efflorescentias de quibus in praesentia loquimur, licet medici vulgares nullum faciant discrimen. Per herpes vero et variolas abunde se potest expurgare natura.*

[Prognosticum.]

*Ex iis quae diximus colligitur, pustulas quae ad cutem enatae recurrerunt esse pessimas, ut Primo Prorrheticorum<sup>I</sup>, commentario primo, dixit Galenus. Causa vero est, quam ipsemet Primo Vulgarum parte iam citata exhibet, fit hoc natura superata, quae permittit humores recurrere, fluctuatque ob imbecillitatem.*

*Colligitur secundo, quod quo citius pustulae apparent hoc esse peiores. Vidi tamen in aliquibus quibus vires prorsus erant collapsae, die quo obierunt vel pridie, multas erumpi pustulas; admoliebatur conatum natura, et in ipso itinere deficiebat. Tunc erant pustulae [7v] lividae vel nigrae, quae etiam erumpere poterant non gubernatis humoribus a natura, sed hac et illac erumpentibus, eorum portio ad cutem accurrebat; vel id accidere potuit ob debilitatem facultatis contentricis, quae non continens humores intra vasa ad exteriora erumpebant.*

*Caeterum, inter pustulas, meliores sunt rubrae, pessimae lividae et nigrae; rubraeque etiam quae tendunt ad purpurissum etiam sunt pravae, quia significant sanguinis exsationem, quod fuit annotatum ab Actuario Primo Methodi, capite secundo, et ab Aetio loco iam citato.*

*Ex dictis patet esse melius in progressu apparere, quando magna quantitate erumpunt; sed quando earum paucus est exortus, maius malum nuntiant in progressu quam in principio; quia, si quando maior deberet esse victoria, magis titubet natura, peius est. Aetius dicit peiores esse plures pustulas quam pauciores, et maiores quam minores, sed id non videtur*

*mihi simpliciter proferendum. Cum erumpi possint, facta humoris coctione, quo tempore melius est ut sint plures quam pauciores, monstratque experientia, pustulas paucas in progressu apparentes saepe esse perniciosas. Verum est tamen quod multae pustulae quatenus indicant multam esse pravi humoris sarcinam, quae vehementer stimulavit naturam, quatenusque indicat copia quae est in externis copiam quae est in internis<sup>II</sup>, plures solere esse peiores quam paucas.*

*[De curatione morbis lenticularis]*

*Iis [8r] praemissis, de curatione huius morbi nobis est dicendum. Curatio porro pendet ex victus ratione, humorum coctione, et evacuatione, et revulsione, et virium<sup>I</sup> roboratione.*

*[De victus ratione]*

*Victus ratio est adhibenda quae putredini adversetur. Caeterum, quia humor a quo febris haec pustulata producitur malignus est, qui vires multum deiicit, plenius sunt nutriendi hac febre aegrotantes quam si de humoris pravitate non timeretur; non tamen vel in intelligas plenissime hos esse cibandos. Quidam enim iuxta hoc quod dicit Galenus, Tertio Vulgarium, comment. 3. tex. 58. dicunt in his febribus quae fere sunt pestillentes, plenissime esse adhibendum victum. Ait Galenus, loquens de quadam peste, «fortissimi ergo qui vim sibi ipsis adferentes, cibum oblatum assumpserunt, omnes fere superstites fuerunt», haec ille.*

*Sed hoc loco non dicit multo cibo esse infarciendos peste affectos, sed narrans quam vehemens fastidium acciderat iis qui dicta peste corripiebantur; adeo, ut mori potius quam comedere elegerint, subiungit qui, vim sibi adferebant et oblatum cibum<sup>II</sup> assumebant, liberabantur. Non dicit quod offerebatur illis magna copia cibi, sed quod assumebant cibum oblatum; quem par est credere fuisse exhibitum pro virium ratione; vires quidem multum imbecilles, quo modo magnam copiam cibi ferre possent? Nec aliud voluit Aetius cum sermone primo secundae partis, capite. 129. dicit non esse adhibendum cibi contractionem in pestilentibus febribus. Non vult [8v] quod peste affecti cibentur ut sani, sed quod non contrahatur cibus ut in aliis febribus, quae pravitate non peccant.*

*Facit ptisana hordeacea, si quis est qui eam recte paret. Et ptisanam ex avena febrientibus concedit Alexander Trallianus; licet Fuchsius in suis Paradoxis contendebat, peccare neotericos medicos qui illam propinabant.*

*Inter olera, facit lactuca, borrago, oxalis. Sed fama apud aliquos tenuit procerum medicorum esse praescriptum praecavendi nomine et curandi causa inhibendam esse lactucam et vinum rubrum, iis qui hoc malum volunt antevertere, vel ad illo sanari. Credebant id multi medici vulgares, a Deo ut doctissimus Doctor Valesius, regiae magestatis dignissimus medicus, mihi charissimus, ad me scripserit: vidisse apud Complutum quemdam aequitem qui, decreto medici qui illum visebat, abstinere a lactucis, loco quarum prima mensa esitabat folia raphani. O insignem medici philosophiam inde natam, quod putabat lactucam cohibere affluxum ad partes externas, quo nomine et vinum rubrum sanis interdicebat, occidit magistros Cambrae repetita; et hunc medicum misserum occidebat vix prolata lactuca! Abstinendum a menta tempore belli iuebant antiqui, hic abstinendum a lactuca tempore belli maculati iubebat!*

*Victum humidum febrientibus convenire dixit Hippocrates, et inter olera vix ullum invenit Galenus quod salubriorem [9r] succum gignat quam lactuca, quare non est cur repudietur. Adde quod aceto paratur cuiusvis est putredini adversari. Times quod lactuca cohibeat ad externa motum, quem motum vis servare in sanis, quibus illam interdicit. In aegris vero, opponendo se lactuca aceto parata putredini, facit humores ad motum quem procuraverit natura paratiores. Esto vero die decretorio illa cohiberet, cur illam interdicit primis diebus quibus optimum iudicium non expectas in variolarum curatione? Avicena et alii medici optimi iuventium aceto paratum in principio ad extinguendam putredinem exhibent, et erumptibus variolis porrigunt quae ipsas erumpere iuvent.*

*Fac, si tantum satagis pustulas erumpere quod in variolis a medicis gravibus fuit observatum, non timent<sup>I</sup> exhibere omphatium cum iure carnis; passim exhibent grana mali punici acidi, et lactucam timent; sed de horum medicorum neniis satis. Caeterum, quia de lactuca est sermo, est considerandum, quod antiqui, praecavendae ebrietatis causa ultimis mensis, sumebant lactucam, quod collegi vidi ex Atheneo, licet cum meas Annotationes scribebam id non perpenderim.*

*Carnes optimi nutrimenti sunt pulli: si vires vis augere, gallina et caro caponis<sup>II</sup> prodest. Cibaria multum inspissata, qualia sunt ex farinis, in principio non laudo. Pulli vero pusili quos aliqui exhibere habent in usu, tanquam excrementitii [9v] sunt repudiandi. Frequens est ad resarciendas vires exhibere bucelatum quod<sup>III</sup> biscoctum appellant; sed sit ex massa non fermentata et ovis induratis, quare non facile coquitur; adde quod tantum habet sacchari quod sua dulcedine febrientibus nocet.*

*Cremorem amygdalarum et cremorem avellanarum tanquam oleaginosa non probo. Ad sanandum capitis dolorem avellanas praebent medici, cum eas capitis dolorem inducere ab Aetio et ab aliis gravibus medicis sit dictum.*

*Pro potu valet decoctum hordei et anisi, vel decoctum cinnamomi. Pauxillum cinnamomi non facit ut aqua non inffrigidet et humectet, imo quia magis penetrat potest magis humectare. Mulsam aquosam exhibet Galenus febre ardente laborantibus: cur est interdenda aqua aniso vel cinnamomo decocta? Nec est assentiendum Ferrerio, qui aquam ex hordeo tanquam flatuosam febrientibus inhibet, et aquam ex cinnamomo tanquam percellentem caput. Nam, ut in libro De ptisana dicit Galenus, «per multam decoctionem quod flatuosum est in hordeo amittitur, nec tantillum cinnamomi, multae aquae inspersionem caput poterit ferire». Minusque est subscribendum Iuberto Monspelensi, qui aquam elixare vetat, elixatione enim aquas meliorescere; satis late contra hunc autorem diximus in Annotationibus. 6. libri Epidemiarum.*

[De purga]

*Cibo praescripto, cum accedis ad aegrum, considera si est ventris cruditas; quae, si adest, [10r] adhibere clysterem iube. Sed, quia quae sunt in ventriculo, clysteri non subducuntur tuto, potes exhibere casiam vel mannam, et aliquibus quibus durior est alvus, syrupum de infusionibus rosarum persicarum; quas, ut annotavi in meo Enchiridio, non credo fuisse cognitae Galeno nec Avicennae; nam quae de rosicis persicis dixit Avicenna, de flore arboris persicae esse intelligenda credo. Capite proprio de rosis loquens, Avicenna nullam memoriam facit rosae quam nos persicam vel alexandrinam appellamus; sint haec obiter dicta.*

[De phlebotomia]

*Si non est ventris cruditas et apparet plenitudo, modo vires et alii scopi consentiant, secunda est vena, ut Aetius praedicto capite admonet. Sunt tamen quidam medici qui in hoc morbo sanguinis missionem aversantur, praesertim si pustulae iam apparent. Persuasum sibi habent venae sectione humores de externis ad partes internas revocari, quo nomine in iis febribus et variolis apparentibus, vetant sanguinem fundere. Sed absurda est haec opinio. Etenim, si multa est plenitudo, non coguntur venae internae de externis sanguinem atrahere ob sanguinis missionem. Si illae porro sunt infarcte, quae necessitas venas internas coget ut de externis trahant? Imo quia prius vacuantur venae externae quam internae, ideo potius compellentur illae ad attrahendum quam interne. Si enim dicta ratio quid momenti haberet, vix in aliis febrium generibus et inflammatione interna liceret venam secare, [10v] nec liceret venam tundere in carbunculo nec in scabie Sextus Vulgarium, commentario secundo, tractans Galeno de pustulis quae acciderunt Simoni, monuit quod, antequam fomentis, tentemus pustulas demoliri, prius venae sectione vel purgatione vacuetur corpus. De aliis pustulis loquitur, sed hoc consilium et pro iis agit.*

*Caeterum, si non est sanguis copia, non est cur vena secetur, nisi venae sectione praecavere vis maiorem putredinem. Quantum vero errent qui contendunt Galenum voluisse, undecimo Methodo, in omni genere febrium humoralium venam esse secundam abunde explicuimus libro Annotationum. Cum enim Galenus 9. capit. proponat de febre synocho sermonem illi agendum, idque opere exequatur, audent viri refractarii contendere de omni febre putrida fuisse locutum Galenum.*

*Sed quid facies viris optimis quibus displicet quicquid ab eis non est excultum, tanta consideratione extrahebat sanguinem Galenus quod in pueris sanguinem fundere vetabat et in adolescentibus qui sunt molli et albida cute parce<sup>I</sup>, et putant intrepide ad quocunque genus febris putridae scalpelum petere. Caeterum, ne cum Altomari et de aliis aberres, est tibi considerandum quod aliquando, nomine pueri adolescentes intelligit Galenus, quare, cum dicit libro De sanguinis missione, pueris albidioribus minus esse extrahendum sanguinem; sub pueris, adolescentes [11r] complectitur, ut textum Galeni legenti prespicue constat, Aphorismisque et aliis multis locis, pueri nomine intellexit adolescentes; sed de his alias.*

Caeterum, ut affirmamus Galeno non placere, quod febris putrida semper expetat sanguinis missionem. Ita asseveramus nunquam esse ex eius praescriptis, quod nunquam putredo inducatur nisi interveniente prohibita transpiratione. In febre synocho id accidere dicebat undecimo Methodo. Sed quomodo poterat ille edocere putredinis causam semper esse prohibitam transpirationem, cum quantumcunque calor rei quae putrescit eventiletur, si ille elanguet et ab ascititio calore superatur poterit putredo induci, de iis in Annotationibus.

Sed ad pensum redeamus: si videris porro sanguinis abundantiam, non semel sed iterum fundes sanguinem; fusoque sanguine potes exhibere syrupum qui faciat ad concoctionem, non enim certa lege est servandum, quod syrupi exhibeantur summo manae. Galenus quidem protinus a sanguinis missione in quodam febrium genere dicit se exhibuisse mellicratum admisto hyssopo et origano. Certe volumus ut sirupi ad penitiora penetrent<sup>I</sup>, utiliter facta sanguinis missione exhibentur; quare si est animus sudorem prolectare<sup>II</sup>, ut saepe in hac febre de qua loquimur intendimus, protinus a sanguinis missione sunt exhibenda quae sudorem movent.

[De pravorum humorum coctione.]

Caeterum, ad concoquendos humores, propinanda [11v] sunt quae humorum naturae opponuntur. Si febris est estuosa, prodest syrupus de endivia misto syrupo de aceto; sed raro hae febres sunt multum ardentes, quare iuvat immiscere quod humorum crasiciem attenuet et dissecet. Praecipue, si pituitosi vel senes hac febre corripuntur, loco vero syruporum potes exhibere medicamenta vel decocta ex quibus parantur syrupi. Si enim syrupos parare multis fuit in uso, non fuit quod non fiderent humores parandos melius cum ipsa herba vel fructu ex quo syrupus conficitur; sed quia haec non sunt ad manum conficiebant suos syrupos. Sed non omnes succi melle cocti vetustatem ferunt, sed solus is qui est ex cidoniis, et qui est ex strutiis autore Galeno septimo libro De simpliciorum medicamentorum facultatibus.

Porro est multorum oscitantia, quod putant nil facere ad morbos despellendos, nisi quod asportatur ex officinis; sed certe, ad ventriculum frigiditate laesum magis facit bonum vinum immisto cinamomo, quam syrupus de mentha, multum huic rei illis commendatum. Galenus quidem Marcum imperatorem, ventriculi cruditate laborantem, vino pipere insperso sanavit, ut ipse dicit libro De praecognitione. Si tribus chariophyllis devoratis succurritur ventriculo frigiditate laeso, cur aromaticum rosaceum desideras?

Sed redeamus ad institutum. Sunt porro medici qui, nulla servata [12r] methodo in morbo de quo loquimur, exhibent syrupus astringentes: de malo punico accido, vel de omphatio, vel de oxalide. Hi vero syrupi, si multa est infactio, nocent, vias abstruendo et humores stipando. Si aquam timebat Hippocrates quia transire moratur, cur non sunt timenda decocta multum infrigidantia, quae vix possunt ad locum ubi humores sunt coquendi penetrare et vias multum obturant? Hoc movit forsam Hippocratem ut exhiberet vinum febrientibus. Nec apud Galenum videbis decocta quae multum infrigident febrientibus esse praescripta, qui et iis febre acuta vexante exhibet mulsam aquosam et oximel; atque audacter in aliis febribus exhibet decocta calida. Quod, si illi hoc licebat, licebit et nobis qui offendimus aegros ob ingluviem humoribus crassis scatentes.

[Scarificatio cutis et cucurbitae.]

Caeterum, saepe loco venae sectionis scarificationibus utimur; minus robur ad hoc exigitur, quam ad sanguinis missionem; non quidem tantum debilitantur vires sanguine per scarificationem extracto, quam per venae sectionem<sup>I</sup>. Sunt tamen aliqui medici qui contrarium sentiunt: dicunt quidem, quia sanguis qui extrahitur per scarificationem propinquior est naturae membrorum quam is qui extrahitur per sanguinis missionem; ideo, magis parte scarificata vires imbecillitari. Sed aberrant plane, nan non est tanta [12v] copia spirituum in venis exiguis<sup>II</sup>, quae sunt in carne quae scarificatur, ac in venis magnis; nec tot partes nostri corporis gubernantur per illas venas capillares, sicut per venas magnas.

Caeterum, quia sanguis in parte quae scarificatur propinquior est, sit naturae membrorum facit ut illa pars quae scarificatur magis debilitetur; quam, si ex brachio<sup>III</sup> funderetur sanguis, sed non facit ad hoc, ut vires universi corporis maiorem debilitatem contrahant. Qua propter iuxta ratione est receptum, puellis sanguinem extrahere per scarificationem et non per venae sectionem; alludit hoc sententiae Galeni, qui in libro De sanguinis missione, ex mulieribus quae albidiores sunt sanguinem iussit extrahere per scarificationem et ex nigris per venae sectionem. Adhibuit causam, quod hae sanguinem

*crassum habent, illae tenerem; quae sunt albiae minus robur habent quam nigrae; atque cum non est bene coctus sanguis, quod in albidioribus contingit, noxa magis sentitur magna vena aperta, quam carne scarificata. Iis quae diximus astipulatur Aetius, qui sermo tertio primae partis, capite XXI, postquam incommoda venae sectionis enarravit, laudat scarificationem ut minus noxiam.*

*Ex omnibus iis patet quod, cum pueri sanguinem tenuem habeant, quod iam quod utile sit ex iis sanguinem extrahere, esse utilius id facere per scarificationem quam per venae sectionem. Cum vero haec audis, non intelligas, [13r] me asserere Galenum iussisse quod ullo modo pueris sanguis extrahitur, nunquam ille voluit, ut dixi in Enchiridio, quod ex pueris extrahatur sanguis, qua in re illi non subscribendum dixi.*

*Ex iis quae diximus patet deridendam esse sententiam Andreae Lacunae, qui irridendos dicit esse medicos qui pueris crura scarificant.*

*Multum porro sumus immorati<sup>I</sup> in exponendo quam utile saepe sit cucurbitas admovere et scarificare; sed nullam moram traximus, si consideras quam solemne<sup>II</sup> medicus sit, in pustulato morbo, cucurbitas admovere. Triginta et quadraginta cucurbitas uni aegrotanti aliqui admovent. Certat vitrum cum margarito desunt saepe cucurbitae vitreae<sup>III</sup>. Tam frequens harum est usus habebat antiquum proverbium: «nescit literas nec nare», nunc quem<sup>IV</sup> dabis eorum qui dicto morbo fuit affectus, qui tot cucurbitis nesciat nare.*

*Possunt cucurbitae, sed suo tempore. Primo medico est considerandum, quod si in ventre est cruditas, quod cucurbitae admotae nocent, quia trahunt ex ventre humoris ad vasa. Secundo illos considerare decet quod, si in internis venis est magna plenitudo, quod haec vix vacuari potest scarificata cute; et ubi est tanta sarcina, non solum ex parte nobili trahunt humores ad partem ignobilem, sed ex minus nobili ad nobilem. Nam humores qui ex imo ventre trahuntur, in medio itinere remorantur, cum a parte longinqua non possit trahere [13v] cucurbita. Nec medicus pro rato debet habere, quocumque tempore tractionem conari ad exteriora.*

[Medicamenta purgantia.]

*Imitanda est natura in iis quae recte operatur, cum porro inter initia pustulae apparent, quod sit natura irritata non est cur tunc sit imitanda? Saepe etiam natura et apparentibus pustulis tentat alvi fluorem vel aliam evacuationem, quo tempore cucurbitae nocerent. Agglutinandae igitur sunt plurima ex parte cucurbitae, vacuata prius per sanguinis missionem plenitudine. Quod, si in ventriculo cruditas adest, prius cassia vel mana et nonnunquam syrupo rosaceo de infusibus, est lenienda alvus.*

*Si vidis porro humores turgescere, quod cognoscitur quia hac et illac fluctuant, in ipso principio incitant ad vomitum, alvum mordent eodemque tempore caput petunt ad externa quae moventur, inter initia exhibebis medicamentum purgatorium; quod et in febre pestilenti esse faciendum diximus in Enchiridio et Arte curativa contra Fuchsiu.*

*Si humores non turgent, usque quo remittatur febris, medicamentum quod fortiter purget non est exhibendum; id monuit Hippocrates, cum dixit in statu silentium esse habendum, quod confirmavit cum dixit libro De medicamentis purgantibus, quod, usque quo remiserit febris, medicamentum purgatorium non exhibeatur.*

*Loquor de medicamento forti, nam casiam, vel mannam et tamarindos et aestuante febre, potes exhibere. Nec credas illis qui dicunt cassiam et manam nocere [14r] in febribus, quia bilescent; quia, deponendo bilem, refrigerant. Potes decocto frigido dicta medicamenta miscere. Vide porro quantum caecutiant medici qui satagendum semper esse clamant in humorum ad partes externas attractione, et hoc de nomine cucurbitas saepe admovent; quod idem ipsi exhibent syrupos astringentes. Si enim suum institutum est humores ad externa amandare, exhibere debereant syrupos vel decocta quae hic efficerent. Prae evacuata igitur alvo, et sanguine misso, utile erit admovere cucurbitas; quae, si vis ut maior fiat attractio scarificabis cutim. Sed prius fiat attractio in cruribus et natibus quam in scapulis, ne ex partibus extremis ad pectus humores advoces. Quo tempore porro, per haec praesidia humores ad externa advocare intendis, ore exhibenda sunt decocta quae motum naturae adiuvent.*

[Frictiones.]

Caeterum, aliqui loco cucurbitarum frictiones imperant; sed circa pectus et scapulas non videntur omnino tutae, nisi in progressu; quia, si frictiones sunt leves, vix quicquam trahunt, si sunt fortes, corpus exagitant, humoresque sic agitando eorum coctionem perturbant. Humoribus sic agitatis fit ad caput vaporatio. Sed tantum quidam fidunt iis frictionibus, quod a primo die illa imperant; sed multa existente plenitudine, vel in visceribus multa sarcina non possunt non nocere. Minuuta plenitudine et praevacuata, alvo ad attrahendum non minus cucurbitis et frictionibus iuvabit crura urticis verberare, et aliquando scapulas. [14v] Fit maior attractio ab dolore quem ingerunt, fit maior evaporatio per ea quae infligunt ulcuscula.

Est vero subnotandum quod multi ex iis qui frictiones<sup>I</sup> imperant, iuvent has fieri cum panno rubro, quibus videtur favere Galenus Commentario in librum De humoribus Hippocratis tex. 27, dicit ruber color provocare<sup>II</sup> sanguinem videtur, siquidem humor omnis similibus admotis expurgatur, ut adhibitis contrariis intra corpus pellis<sup>III</sup> consuevit. Haec dicit hic autor, quae mihi non videntur sapere Galeni eruditionem. Color ex se, quid attrahere potest?, si ratione coloris fieret attractio, sandali rubri devorati vacuarent sanguinem, vacuaret bilem<sup>IV</sup> crocus. Si vellet hic autor quod videndo rubra in eaque intendendo, quod imaginationis causa, ad externa sanguis deferatur, et videndo crocea, quod bilis extra demandatur, tolerari potest; sed quod sua ratione color trahat, non potest excusari. Quare vanum est putare, quod panno rubro maior fiat attractio quam linteo aspero. Quod si panno rubro fieri maiorem attractionem, putas eo quod cutis magis rubet, considera quod color panni poterit cuti mutuari. Caeterum et cum pustulae non sit semper rubrae, si ad colorem attendis, prout est color pustulae deberet esse pannus quo sit frictio, quare, in febre biliosa<sup>V</sup>, palido panno deberet fieri<sup>VI</sup> frictio.

Est etiam abusus in frictionibus quod fricant plurima ex parte scapulas [15r] et pectus, qua suctione<sup>I</sup> ex pedibus ad superna attrahunt humores; frictio iam quod ex usu sit, praecipue est facienda in brachiis et cruribus. Sed, ut dixi, aliqui solum admovent frictiones scapulis, quo tempore ad leniendam febrem, aliqui lotiones ex decoctis frigidis cruribus admovent. Videte quantum confundant suam methodum: putant totam vim curationis consistere in attractione humorum ad externa; refrigerant crura et calefaciunt<sup>II</sup> pectus, ut tota scilicet humorum affluxio fiat ad pectus.

[Balnea, sudorifica et epithemata.]

Est vero investigandum si lavacra calida in hoc morbo convenient. Ex iis vero quae diximus patet responsio: quod, in principio, ubi est plenitudo et humorum cruditas, non conveniunt. Signis vero apparentibus coctionis, si medicus considerat naturam tentasse ad externa evacuationem, illamque non perfecisse, operae<sup>III</sup> praecium faciet<sup>IV</sup>, si illam quomodolibet adiuvare intatur, exhibebit tunc per interna quae sudorem movent, nec a re erit perfundere scapulas et crura et brachia decocto charicarum, chamaemelae et seminis anheti.

Aetius oleum cui nitrum fuerit iniectum admovendum precepit, si fuerit febris ardens; sed timor est ne ruta<sup>V</sup> calida febris exasperetur; ipseque Aetius videtur sui oblitus, qui in pestilentibus pustulis, capite saepe citato, admovere iubet cerussam cum rosaceo. Quidam porro, ad proliciendum sudorem, maxime laudant pannum imbutum decocto [15v] lanuginis iuglandis iulos appellant. Dicunt<sup>VI</sup> mire excitari sudorem hoc decocto quo aliqui utuntur adversus pleuritidem; laudavitque hoc praesidium Rondoletus in sua Practica, quod non explodendum duco, si non sit magna plenitudo. Nam si haec adfuerit, periculum est ne incidant hi medici in damna quae ex huiusmodi fomentis notarum Hippocrates et Galenus. Laudat ut obiter hoc advertam simili loco Rondoletus limaturam dentis apri adversus pleuritidem; subiungit rationem, quia astringit, quo de nomine cohibet humorum affluxum; sed si hac sola ratione dens apri iuvat, iuvare haberent quaecunque astringerent. Sed revertatur sermo eo unde defluxit.

Ad proliciendum sudorem, inter alia, mire facit aqua destillata papaveris rubri vel eius decoctum, cui optime miscere poteris dictamni<sup>VII</sup>; parum decoctum ex caricis et semine faeniculi est optimum; habent quidam solenne adhibere radicem herbae quem vocant scorçonera. Frigida est haec herba quae, nisi tacita qualitate cordi subveniat, ei non magis confidendum puto quam nostrae cichorieae; quae si tot habuisset praecones ad praedicta herba, non dubito quod tantum nomen sibi comparasset. Facit fortuna famosas herbas, ut etiam indoctos medicos facit praeclaros, qui gratiam invenere apud munificos maximates.

Caeterum, an epithemata frigida sint cordi admovenda multi dubitant, qui volunt [16r] quocumque tempore conandum esse in humorum ad externa attractione, illa angue et cane adversantur. Sed cum ad cavendum humorum raptum qui est ad caput, fronti et parti anteriori capitis admoveant<sup>I</sup> medicamenta frigida, seipsos revinciunt. Tantum putas naturam expulsuram ad cordis regionem, quae vix est veluti palmula manus, ut ei loco frigida admota tantum facessant negotium. Non haec dixerim, quod multum ego curem de suis epithematibus cordialibus, quibus certe paucam fidem habeo; sed ut intelligas, quam scrupulosa sit multorum medicorum oscitantia atque ut epithematibus, quae cordialia appellant, paucam fidem subrogo, ita etiam suis electuariis cordialibus dictis, quae medici antiqui nunquam propinarunt, nec medicamenta cordialia appellarunt. Erat illis mos vocare os ventriculi cor, ad hoc viscus praescribere aliqua medicamenta astringentia; posteriores medici, nomine decepti medicamenta, quae proprie sunt dicenda stomachica vocarunt cordialia. Sed certe quae nunc habentur in usu, non sunt stomachica dicenda sed locupletantia. Vide electuarium de gemis quod habet aurum et argentum, gemas, margaritas; haec certe omnia hominem locupletant<sup>II</sup>. In aliis electuariis videbis sericum, quod<sup>III</sup> est divitum praeciosa vestis. Magnum certe delirium quod quidquid in magno precio habetur putarunt facere ad cor.

Non sunt [16v] coctibiles lapides et metalla, nescio quomodo alimenti inopiam resarcient; quod, si ad praecium attendunt, exhibeant adamantem quem esse perniciosum venenum, a viris medicis est exaratum. Nec smaragdus suo scrupulo caret, quando eam quae asportatur ex Indiis esse venenum rodens ab iis qui historias indiarum scripserunt est asseveratum. Videant igitur qui theriacam de smeragdis adversus morbum comitalem conficiunt, ne pro remedio pueris exhibeant venenum; sed certe licet ex plaga orientali afferatur smaragdus, parum frugi allaturam epilepticis ego iudico. Est morbus hic plurima ex parte frigidus, quid faciet lapis frigidus, qui sua terrestri substantia non potest tenello, infantis ventriculo negotium non facessere? Sed quando alia via non possint eripi, fugiunt ad abditas qualitates. Hoc de nomine dicunt cranium hominis iuvare epilepticos. Sed in hoc medicamine et aliis huiusmodi, potius medici ducti fuerunt coniectura fallaci, quam ratione philosophica.

[Partes animales.]

Coniectura laudarunt hepar lupinum ad hepar humanum, quia inter animalia videbant lupum esse voracissimum et valentissime coquere; inde coniciebant esse huic fortissimum hepar, quo de nomine illud laudabant ad hepatis humani imbecillitatem. Porro, quia multo tempore potest vulpes sine apparente anhelitu vivere, iudicabant esse huic maxime incolumen pulmonem. Laudarunt [17r] ad imbecillitatem ventriculi ventriculum gallinae et structio cameli, quia hic vincit dura et ille sordida. Sed omnes hae sunt inanes coniecture. Si laudant cranium hominis quia illis creditum fuit solum hominem epilepsia corripit, laudent hominis cerebrum, et non cranium, quia epilepsia cerebri est passio et non cranii. Si dicta causa laudant hepar lupinum, laudent hepar leoninum etiam. Si eo quod citra apparentem anhelitum vivit vulpes, eius pulmonem laudant, laudent et eius diaphragma; et, ut laudant gallinae ventriculum laudent<sup>I</sup> columbae, qui efficacius quam ille coquit. Ex his coniecturis etiam evenit, ut contra sterilitatem laudarent coagulum leporis, quia lepus est foecundissimum animal. Et, quia cervus vescitur serpentibus, laudarunt os vel cartilaginem cordis cervi; sed si haec coniectura valet, totum cor deberent laudare. Ex coniectura etiam evenit ut laudent, ad morbos oculorum, chelidonium et foeniculum: illud eo quod viderunt in nidis hirundinum, hunc quia serpentes viderunt foeniculo fricare oculos. Sed facit id serpens non quaerens tacitam in foeniculo qualitatem, sed ad detergendum. Chelidonium vero est hirundinum ibus, quid mirum quod in eorum nidis reperitur? Sint haec per transennam dicta.

[Farmaci magni pretii.]

Caeterum aliqui putant esse magnum huius morbi remedium cornu monocerotis animalis et lapidem Bezaar, quia haec veneno maxime adversari credunt. [17v] Ideo putant morbis venenosis humoribus ortis, cuius numeri putant esse morbum de quo loquimur, maxime opponi. De cornu porro monocerotis solum invenio Aelianum illud laudasse contra venenum. Dicit esse quosdam equos, qui unum cornu gerunt, quod dicit esse relatam magnam vim habere adversus venenum. Sed cum praeter hos equos sint boves in Aetiochia unicornes, explicare debuissent medicis qui tantum hoc cornu faciunt, ex quo animali sit sumendum cornu. Utinam id explicuissent, ne in re tanta tota periclitaretur medicina! Sed video Plinium sibi non constare: nunc dicit solum asinum indicum esse unicornem, nunc et in Aetiochia esse boves unicornes scribit. Divus Ambrosius dicit, in Examerone unicornem animal non reperiri in generationibus animalium. Reperitur utcumque ego contra veneno erodens, potius laudarem oleum vel lac, quam rem tanti pretii, quae vix in edibus principum reperitur.

*De lapide Bezaar non minor est controversia. Quidam dicunt reperiri in renibus cuiusdam animalis; alii dicunt succum quarundam herbarum lapidescere in ventriculo. De hac re nihil statuere auderem. Hoc tamen libere statuo incertum esse, quod etiam si contingerit, dictum lapidem in visceribus alicuius animalis reperiri, quod semper reperitur; imo credo rarissime reperiri. Nam, quae<sup>II</sup> contra naturam gignuntur raro in animali, [18r] cuius fabricam et alimonium tam prudenter providit natura, reperiri solent.*

*Medicina a rubro mari importatur<sup>III</sup>, ut dixit Plinius, cum remedia vera pauperrimus<sup>IV</sup> quisque coenet. Quot sunt in ornata officina myrotecia quorum vicem posset supplere aqua, vinum, oleum, et mel, et acetum, et aliquod medicamentum purgatorium! Sed de iis alibi plura.*

*Taedet certe atque etiam pudet, cum considero tot in hac praeclara arte esse imposturas: ipsi fingunt crocum esse cordiale, cordialem faciunt violam, quam cordi nocere dixit Symeonseti, occimum dicunt facere ad cor. Sed de horum figmentis et de scrupulosa medicamentorum mistura, et scrupuloso pondere diximus multa Arte curativa contra Mesuem et Nicolaum; qui ponunt in suis antidotis, cinnamomi vel croci, scrupulos duos minus duobus granis, et miscent succum porri cum moscho, et dextrum cornu caprae<sup>I</sup>, et margaritas perforatas et non perforatas, et carnis leonis drachmam unam, et ventrem mergi et pultris. Taxavimus etiam Arte curativa eos qui nisi praemissa purgatione non audent applicare medicamentum topicum, contra quos est Galenus I et II Localium, de qua re ibi multa diximus.*

*Pro magno antipharmaco huius morbi habetur nunc terra sigillata, quam electissima dicunt ad nos asportari. Certe, si Galeno fides est habenda, multi est faciendum hoc medicamentum, et bolus armenia cuius tantum dicit esse vim, [18v] quod in quadam peste cuius facit memoriam VIII libro De simplicium medicamentorum facultatibus, quot hoc medicamentum epotarunt, celeriter esse sanatos dicat, at quibus non prosuit, omnes interisse. Unde concludit, fuisse incurabiles. Magnum certe medicamenti encomium, sed nescio quodmodo Galeno poterat ignoscere, sanitatem in iis qui curabantur a terra proficisci, et nullam aliam operam admissuros qui illa non curabantur. Vel senescunt et debilitantur omnia, nos quidem tantam vim nunc non experimur.*

*Nunc etiam pro magno secreto habetur quoddam oleum ex Florentia allatum, quo dicunt ungendas palmas et plantas pedum et carpa et regionem quae est ad cor. Credo quidem esse oleum quod adversus venena describit Mathiolus Senensis, sed certe hoc nimis calidum est; quare, si est febris aestuosa, attemperari cum aliquo medicamento frigido deberet.*

*Defectu vero huius olei, oleum de scorpionibus cui fuerit iniectus carduus benedictus, dictamnus<sup>II</sup> et scorzonera proderit. Nam si ad extrahendos humores de internis ad externa laudat in febre ardente Aetius oleum, vel aquam cui fuerit iniectum nitrum; non diffitendum est, ad similem praestandam opem profuturum praedictum oleum; adde quod antipathia quadam veneno repugnat.*

*Dudabant<sup>III</sup> aliqui an theriaca in hoc morbo conveniat. Calidius est certe medicamentum, quam [19r] quod huic febre conveniat; quare, si est prorrigendum, febris debet esse mitis, et aliqua potione frigida theriaca debet attemperari; et hoc modo intelligemus, dictum esse antiquis theriacam potari<sup>IV</sup> solitam, quod affert Victorius<sup>V</sup> ex Marco Varrone. Sed Galeno libro De theriaca ad Pisonem, theriacam esse antidotum dicit, et epotari; quia intelligit licet in forma solida sit compositum, aliquo liquore posse misceri, unde illa fiat potabilis.*

*Sunt nonnulli medici qui, ad preacavendas has febres et eas que vere pestilentibus sunt, iubent admovere parti quae est ad cor arsenicum; nec, solum aegriis, sed et sanis admovendum dicunt. Moventur hac ratione, quod arsenicum, quadam similitudine substantiae, attrahet ad se vapores venenosos. Sed iis potest opponi quod, si hanc vim habet arsenicum, ex universo corpore dictos vapores ad cor trahet. Adde quod, si per poros trahuntur vapores qui sunt in corde, quid obstavit quod per eos arsenici vapores ad cor penetrent et illud offendant? Certe, si ratione tractionis arsenicum deberet iuvare, salubrius esset regioni quae est ad cor cucurbitam admovere eamque parte scarificare. Nam praeter venenositatem quam potest communicare arsenicum, magnum incendium cordi praestabit.*

*Caeterum, remissa iam febre, quod fieri solet decimoquarto die transacto, si alvi fluor non successerit, adhibendum est medicamentum purgatorium, [19v] quod non solum humores biliosos, sed crassos etiam educat. Nam eo quod maculae non extuberant, colligitur humores non esse multum biliosos nec prurientes. Facit rhababardum cum syrupo infusionum*

rosarum, facit agaricus cum electuario rosaceo Mesue; quod si humores nimis sunt exusti, facit Antidotus Amec. Aliqui pro recondita habent miscere theriacam medicamentis purgatoriis, sed hi plane deerrant, cum theriaca, si optima est, absumat vires medicamentorum, ut dixit Galenus libro De theriaca ad Pisonem.

Facta purgatione, ad calorem quae in membris solet remanere adhibebis ptisanam et, ut humorum per urinam fiat purgatio, immiscebis semina frigida radicem apii. Ad idem facit decoctum cichoreae et endiviae et scorzonerae et floribus borachinis et buglosi cum apio et seminibus frigidis. Non est multum laborandum in infrigidando hepar cum unguentis frigidis, quia, ut dixit, haec febris non est multum estuosa, et ne ex externis ad interna fiat revocatio. Sed unguentum rosaceum parum infrigidat, adeo ut cum refrigerare in febris quae estuant intendo, succos frigidos potius eligo quam illud santali et camphorae, calidae potentiae sunt, quare huic rei non faciunt.

[Symptomatum medenda. Capitis dolor.]

Symptomatum est obveniendum. Si ad caput humores accurrunt, unde fit dolor, delirium, vel insomnia, admovenda sunt capiti quae humorum affluxum prohibeant; facit oxirhordinum. Ad capitis dolorem in febris ortum, iubet Galenus II De medicamentis localibus, [20r] in frigidioribus naturis frontem ex cyphi illinire, in calidioribus ex croco magmate. Valent haec ad discutiendum, sed suo fragante odore solent caput replere; adeo ut ipse Galenus III libro De locis patientibus odorem cyphi dicit facere dolorem. Verum est tamen quod dicit facere hoc suffitum, sic enim caput magis potest replere quem capiti admotum; quod si considerasset Mercurialis in dictis Galeni non haesitasset.

Vermes dictos 'aselos', laudat multum Galenus. Hos esse milepedas dicit Ioannes Cornarius; in qua re est dubium, cum milipeda sit vermis pilosus, et autore Plinio et aselus nullos habeat pilos. Aurelianus per asellum non intelligit vermem, sed aviculam quandam.

[Symptomatum medenda. Vigilia et somnus.]

Porro, si vigiliae multum infestant, miscendus est succus lactucae, vel decoctum papaveris, vel unguento populneo, frons et tempora linienda, quod, si bene iuglares ligniuntur, mire conciliatur somnus. In magno vero affluxu ad caput, non solum fronti et parti anteriori capitis sunt admovenda quae affluxum cohibeant, sed etiam collo.

Ex universo quidem corpore ad caput fit affluxus; faciunt ad revellendum et vacuandum clysteres. Aetius tamen de clysteribus loquens, in febris ardentibus et raptum sursum abentibus, noxium dicit esse clysterium usum. Timuit forsam, quod infusa calida moveant versus partem supernam quae post se reperiunt, unde ad caput fiet vaporatio; quod non sic accidit si medicamentum ore sumitur, quod infra se invenit quae sunt in intestinis, quare versus anum fiet vaporatio et motus. Sed ex clysteribus maior utilitas consequitur in expurgatione intestinorum<sup>I</sup> quem ex illa evaporatione; [20v] quod, si hanc times, propinabis cassiam vel aliquid leniens, ut facilis reddatur alvus.

Si somnus vexat aegrotantes, admovebis capiti acetum cui incocta sit satureia vel origanum, frictiones crurum imperabis; cucurbitae scapulis admotae, tam vexante somno quam vigiliae prossunt, sed melius excitant spinae admotae per spinam, utpote per patentiore viam melius trahuntur humores somnum inducentes, et etiam qui delirium et vigiliis inducunt, nisi de nervorum affectibus timeas.

Perseverante malo, vena frontis est secunda, et aliquando licet totum capite scarificare et admovere hirudines<sup>II</sup>, vel applicare aliquid quod de internis ad externa advocet. Saepe enim in capitis passionibus magnus committitur error, admovendo vehementer frigida, quae ex externa parte capitis et ex membranibus insinuant humores in cerebri medullam.

[Symptomatum medenda. Cibi fastidium.]

*Inter symptomata quae iis febribus frequenter accidere solent, est cibi fastidium; quod in aliquibus evenit ex humoribus ori ventriculi agglutinatis; in aliis, ex ipsa humorum pravitate, quod est frequentius, sensum deiiciente. In multis porro, quando febris est ardens, accidit ex ustione<sup>III</sup>, quae sit in partibus quae sunt ad os ventris. Tantum porro solet haec pars exsiccari et indurari, quod cum exurantur nolunt aegroti bivere. Immoderata discrasia deicit omne ventriculi munus. Saepe ego volebam cogere aliquos ut abunde biberent, [21r] et tantillo potu satiabantur. Saepe etiam iis ulcerari solent fauces usque ad os ventriculi, et potu frigido noxam sentiunt, quare illum refugiant.*

*Si, ex humoribus viscidis, ori ventriculi agglutinatis cibi fastidium est obortum, prodest exhibere oximel; syrupus de aceto misto melle rosaceo prodest. Si, ex humorum pravitate sensum oblaedente, inappetentia nascitur, quae ventriculum abluant sunt porrigenda, quod facit ptisana vel decoctum hordei inmisto saccharo rubro. Pravae qualitati opponuntur quae acciditate quadam dissecant et penetrant, ut succus aurantii vel limonis, qui eo quod sensum excittat, etiam prodest. Si ex ventriculi oris exiccatione et, ut ita dixerim, induratione, cibi fastidium est obortum, frigida quatenus indurant nocent. Prodest<sup>I</sup> iis exhibere quae leniunt et laxant, ut aqua tepida, lac asinae tepidum vel serum aqua quidem tepida; et si in aliis soleat appetentiam deiicere, in iis solet eam conciliare. Experientiaque didici, magnam linguae ariditatem multo melius corrigi ore loto aqua tepida quam frigida. In omni vero cibi fastidio, si vides humorem<sup>II</sup> in ventriculo abundare, exhibebis quae facile hunc humorem deiicant, extra vero admovebuntur unguenta quae causae unde<sup>III</sup> oboritur appetentia opponantur. Si laxum est os ventriculi et humores viscidi illud occupant, prodest oleum nardinum misto aceto scyllitico cum cera, miscebis pulverem [21v] aromatici.*

*Sunt tamen qui timide apponunt calida ori ventriculi, quanvis frigeat; dicunt quidem partem hepatis semper amplecti ventriculi ostiolum, quo de nomine dicunt unguenta calida calfaciendo iecur nocere. Sed si in aegris id times, fac ut aeger supra latus dextrum<sup>IV</sup> decumbat, et iecur sic os ventriculi non attinget. Sed dicat quid velit Realdus, qui hoc annotabit, quod experientia videmus, in multis qui habent frigidum ventriculum et hepar aequo calidius, admotis sacculis vel unguentis calidis iuvari.*

*Caeterum, si est ventriculus laxus cum caliditate, facit electuarium de sandalis et de rosata et diamargaritum. Multi ex Arabum decretis mire commendant corallium. Credunt arcana qualitate ventriculum imbecillum iuvare. Sed quod de corallio illi dicunt, autores Graeci dixere de iaspide, ut in meis Annotationibus annotavi.*

*Porro, si tanta siccitas est ventriculo inducta, quod inde oboritur cibi fastidium, balnea tepida prosunt; quae certe in progressu harum febrium et omnium febrium humoralium ego maxime commedo. Nescio certe quare hoc salubre remedium antiquis tam laudatum neoterici praetereunt; si enim est febris ardens, et in ipso principio, licebit saepe adhibere balneum. In aliis febribus quae humorum crassicie peccant, prodest balneum notis coctionis apparentibus. Sunt timidi medici in balneis aquae tepidae, audaces nimis in termarum [22r] aquis; quolibet prolixo morbo mittunt aegros ad balnea et, quod est de risu dignum, invaluit hac nostra regione consuetudo praescribere aegris ut bibant aquae balnei viginti vel triginta fialas, tantum scilicet quantum potest ore accipere. Id quod faciunt, aetatis et temperature et morbi non facto discrimine, qua in re quantum peccent, neminem occultatum latere potest. Adde quod ebibita aqua ambulat loco aprico, quibus oboriri solet sudor, quo tempore solet ventus frigidus illos corripere, unde pro salute mutant malum; sed redeamus ad pensum.*

*Caeterum, quod magis fatigat medicum, cum videt multo fastidio aegrum laborare, est quod quicquid ad virium alimoniam porrigitur appetentiam deiectat; iura quidem carniū, et cremor amygdalarum, et ovorum lutea, quibus alere vires aegrorum conantur sua natura appetentiam minuere solent. Utcumque fastidium oboritur, sive scilicet oboritur ex ventriculi laxitate, sive ex humoribus ventriculo agglutinatis, sive ex nervorum qui ad os ventriculi sunt hebeti sensu. Sed quando alia via non potest ali aeger, faciamus id quod possumus, quando non potest fieri id quod volumus. Miscebimus tamen iviribus et luteis ovorum aceti parum, vel parum succi limonis, ut haec cibaria fint minus fastidiosa et minus obnoxia corruptioni et sensum ventriculi magis excitent. [22v] Carnes stillatae, ut alibi dixi, parum mihi probantur; si eas vero destillas, pinguior pars prius est extrahenda, ne oleum porrigas aegroti; fuge succum carnis semel asse, quod plurima ex parte est pars aquosa, quae venis contenta ad vesicam erat demandanda.*

*Caeterum, si aeger nullo modo potest ore accipere cibum, non ab re erit clysteres exhibere, qui vim habebant nutriendi. Probavimus ex Galeno, libro Annotationibus, quod, et si exterius apposita nullo modo nutrire possunt, quod possunt*

*nutrire clysteres; vim habent intestina conquendi, quanquam haec vis non sic ut in ventriculo vigeat, quare quae levis coctionis sunt, in intestinis coqui possunt, et per venas quae ad ea feruntur ad partes posteriores corporis deferri.*

*[Symptomatum medenda. Cordis palpitatio.]*

*Solet accidere cordis palpitatio, cui medetur medendo praecipuo morbo ex quo oboritur. Accidit palpitatio plurima ex parte ex humore flatuoso, sed ea quam medici dicunt cordis palpitationem accidere potest ex sanguinis redundantia vel alio pravo humore facultatem cordis debilitante, unde in suo motu vacillat cor. De hoc motu intellexit Galenus, quinto De locis affectis, cum dixit sanguinis missione aliquos quos invadebat palpitatio fuisse levatos; nam dicere, quod eo quod est morbus magnus in palpitatione, quam frigidum morbum dicit Altomari venam secuerit Galenus, est absurdum. Si cor frigiditate est lesum, misso sanguine adaugebitur frigida [23r] intemperies, unde palpitatio crescit. Loquitur igitur eo loco de motu tremori simili, quem palpitationem vocat, nam proprie cor tremore non potest; sed de iis in Arte curativa. Sed placuit hoc appingere, quia quidam ad me scripserit, se mirari quod scripserim Arte curativa, palpitationem cordis a causa calida posse oboriri.*

*[Symptomatum medenda. Caput destillatione et alia symptomata.]*

*Solet porro in hac febre frequenter caput destillatione corripere, quo tempore multi frigida capiti admoveere recusant. Putant quidem in omni destillatione frigida, quae sunt fluida capiti admoveere esse noxium; sed deerrant hi. Si humor quidem qui ad caput accurrit est calidus et siccus, qui delirium et alia prava symptomata minatur, inepte facit, qui vexante febrae, et destillatione sic, ob repente, recusat admoveere capiti frigida epithemata; tantum quidem abest ut haec in predicta destillatione noceant, quod magnopere iuvant. Cohibent quidem destillationem calidam. Aeti in destillatione calida admovet capiti<sup>I</sup> rosaceum et aquam frigidam.*

*Solent in hoc morbo advenire parotides, inflammationes<sup>II</sup>, scilicet in glandulis quae sunt circa aures. In iis non est utendum repulsoris medicamentis, sed conandum est humores ad externa advocare, nisi cum multo impetu humor illabatur; huic rei facit theriaca succo scabiosae<sup>III</sup> mista. Facit oleum de scorpionibus misto mithridato. Sed si humores magno impetu accurrunt, totum negotium naturae<sup>IV</sup> est mandandum, ut [23v] colligatur ex iis quae dicit Galenus tertio libro De medicamentis localibus.*

*Frequens solet esse in hoc morbo, vermes infestare; noxius quidem humor eos laniat, quo fit ut corpus magis infestet. Quo modo vermibus sit occurrendum diximus libro De arte curativa. Semen citri et dictamnus<sup>V</sup> opitulando morbo, vermibus etiam nocent; coralina et carduus benedictus idem facit. Obiter vero hic mihi venit notandum, quod quidam medicus per literas mihi sciscitatus est, an lumbricus in pulverem redactus faciat ad vermes; nam frequenter decantatur, multum prodesse, ad quem modum etiam vulgariter laudant; quod, si infarctio est in ventriculo ex carne bubula, exhibeatur pulvis carnis bubulae, si est infarcta ex carne caprina, pulvis carnis caprinae. Huic medico respondi, id apud graves medicos non legisse; legisse tamen apud Columella quod id videatur olere, dicit quidem si mus in mustum ceciderit, remedio est ad praecavendum malum odorem et saporem, pulvis muris in dolium ubi est mustum iniectus.<sup>VI</sup> Ad id videtur alludere, quod morsui scorpionis scorpio remedio est.*

*Sunt alia symptomata quae in hac febre et aliis febribus acutis solent obrepere, ut urinae cohibitio, surditas, manuum vel aliarum partium tremores. Hae curantur sanato cerebro. In progressu enim morbi, cum haec<sup>VII</sup> accidunt, discutiendus est humor capiti contentus per nares, est admolienda purgatio, linienda [24r] spina cum iis quae nervos roborant, utpote unguento nardino vel huiusmodi alio.*

*Sed si a pruriginosis humoribus vel vaporibus nervos percipientibus, id quod frequenter accidit, tremor oboritur, ex humorum biliosorum vacatione remedium pendet.*

*Ad urinae<sup>I</sup> cohibitionem, facit lana oleo anhetino imbuta, pectini admota. Faciunt decocta calida eidem parti admotae. Non est quidem inconueniens<sup>II</sup>, ut dicit Galenus in Epidemiorum, corpus febrere, et unam partem, utpote vesicam, intemperie frigida vexari. Sed de symphomatibus, haec satis.*

*Caeterum potest complicari alter morbus cum morbo lenticulari, utpote hepatis inflammatio, ut in viro perillustri ego vidi; ut vidi etiam pleuritidem complicari. Iis adhibebis medellam, prout morbi natura postulaverit<sup>III</sup>; de iis morbis et aliis succinte mea Arte curativa.*

[Conclusio.]

*Hucusque de morbo lenticulari, seu puliculari, qui nomen habet a pulicae, seu culice, omnium animantium prope infimis. Sed culex hic, vel pulex, intrepide pugnat cum homine, qui omnibus animantibus imperat. Sic vero pugnat, quod tantam facit stragem, ut vix sit morbus, si pestilentem febrem excipias, quem magis pavitent mortales.*

*Habuit pulex et culex, sua encomia a poetis celeberrimis decantata. Sed qua re<sup>IV</sup> magis illorum vires hi potuissent exprimere, quam morbo isto, cui illi animantes dedere nomen? Unde tua arrogantia, o homo, qui non solum pulicem, sed eius umbram<sup>V</sup>, [24v] in cutaneis maculis expressum, times? Tandem verum est quod dicitur, nil imbecillius hominem, quem muscarum morsus necat.*

*Sed quia de nomine huius morbi hic toties sit mentio, notandum est, ut in principio libelli significavi, quod nemo potest, ex autoritatibus quas ex Hippocrate in medium adduxi, probare, quod hic morbus dictas pulicaris, sit ille quem Hippocrates expressit, licet omnes medici id illi tribuant. Nam praeter hoc quod maculae lenticulares non ulcerant, nec pruriunt, morsus quos faciunt culices faciunt maculas quae extuberant; nulla vero est in pulicaribus maculis extuberatio. Si ergo aliquando in hoc libro legeris Hippocratem ad significantas has maculas citatum, modo quo nunc illum interpretamur intellige. Caeterum maculae quae a culice, ad herpetem possunt reduci, quod de pulicaribus non potest dici.*

*Acutiores etiam sunt febres, quibus apparent<sup>VI</sup> maculae a culice dicte, quam quae a pulice proficiscuntur. Ille ab humore magis bilioso et magis pruriente, ob quod extuberant. Ad has possunt reduci ebullitiones illae, quas arabes vocant 'essere', quae<sup>VII</sup> apparere solent in febribus, sed sine tanto periculo, quas aliqui inexperti pro Tabardillo falso sumere solent.*

*Caeterum hae maculae, vel herpetes, vel maculae illae, quae simulantur cullicum morsibus, quas vibices potes appellare, postulant aliquod remedium, ut ex cute ablegentur [25r] ideoque autores medicamenta astringentia<sup>I</sup> illarum curationi adhibuerunt. Maculae vero pulicares, nullum remedium petunt: curato morbo cuius sunt proles, evanescent. Evanescant illae prorsus, et morbus qui illas parit, quod a Deo maximo forsam impetrabimus, si pravae cogitationes quibus illum offendimus evanuerint.*

[Finis]

I fecere  
I om. II oste III fluxionem  
I nomen II idiomacte III similiores, corr. IV pulicum, corr. V prurignosas VI asse  
I fecere  
I atthritidem II regione III Aristotilis IV Aristotiles V que  
I petilentibus

I scalida  
 I prescipue II aparteant  
 I *Porrheticorum* II externis  
 I virum II cicum  
 I timen II mutonis, *corr.* III *om.*  
 I *om. et corr.*  
 I permanent, *corr.* II prolestare, *corr.*  
 I sanguinis missionem, *corr.* II exignis III brachi  
 I mimorati II solenne III viticae, *corr.* IV quibus, *corr.*  
 I fuctiones II provoke III pelli IV vilem V biliosa VI fieret  
 I fuctione II calfaciunt III opere IV faciem V retam VI dicut VII ditamni  
 I admoucant II lucupletunt III quae  
 I *om.* II Namq(ue) III imputatur IV pauperimus  
 I cuprae II ditamnus III ditabant IV parari, *corr.* V *om. et corr.*  
 I in testimonium, *corr.* II hirundines III uctione, *corr.*  
 I prodex II humore III umde IV sanum  
 I capti II inflammattones III scabiosse IV *om. et corr.* V ditamus VI invictus, *corr.* VII hec  
 I urine II inueniens, *corr.* III postuleverit IV quare, *corr.* V umbrum VI appareant VII que  
 I adstringentiam

UN LIBRO SOBRE LA ENFERMEDAD  
PUSTULADA O LENTICULAR,  
QUE LOS NUESTROS LLAMAN  
TABARDILLO

Y OTRO LIBRO SOBRE LAS MAXIMAS DE GALENO, EN EL CUAL SE RESPONDE A CASI TODOS LOS  
MEDICOS QUE HASTA AQUÍ HAN IMPUGNADO AL AUTOR PREDICHO, EN EL CUAL, TAMBIEN SE  
ANALIZAN MUCHAS COSAS QUE,  
ESTANDO EN MUCHOS ESCRITOS DE ESTE AUTOR,  
PARECEN NECESITAR UN EXAMEN;

POR ALONSO LÓPEZ DE CORELLA.  
SE HAN AÑADIDO CIERTAS REFLEXIONES MEDICAS.

CON LICENCIA

Zaragoza, del taller de Miguel de Huesca,  
año 1574.

[Ir] Esta obra ha sido vista y examinada por mandato del Señor Don Fernando de Aragón, Arzobispo de Zaragoza y Virrey de Aragón.

He leído dos libros, uno sobre la Enfermedad Lenticular, otro sobre las máximas de Galeno, los cuales ha escrito el sapientísimo doctor en medicina Alonso López de Corella, en los cuales no se encuentra nada que repugne a la fe cristiana, ni que ofenda los oídos del hombre piadoso y católico.

Doctor Villed.

Declaro que he visto la presente obra y que creo es útil para nuestro arte.

Doctor Grissen

[Iv] Nos los inquisidores apostólicos contra la herética pravedad y aposthasía en el reyno de Aragón, con la ciudad y obispado de Lérida, por autoridad apostólica y cathólica. Visto el presente libro intitulado *De Morbo Pustulato, sive Lenticulari*, compuesto por el licenciado Alonso López, médico, y el parecer y relación sobre él dada por el muy reverendo doctor Villed, canónigo de la Iglesia de nuestra Señora del Pilar, consultor theólogo deste Sancto Officio, y muy magnífico doctor Grisen, médico, a los quales fue por nos cometido, damos licencia y facultad a qualesquier persona o personas que lo puedan imprimir, vender, leer y tener.

Datis en el real palacio de la Aljafería, a 14 de Deziembre. 1573 años.

El doctor Don Rodrigo de Mendoça.

El Licenciado Haedo.

El Licenciado Roche.

Por mandato de los señores inquisidores

Miguel Mulsa, secretario del Santo Officio de la Inquisición

[IIr] ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR

Don Pedro de Luna, Obispo de Tarazona:

Alonso López de Corella, salud y felicidad perpetua.

Había escrito dos libros, uno sobre la enfermedad que nuestra gente llama Tabardillo y otro sobre las máximas de Galeno, los cuales había comenzado a dictar, implicado en muchas ocupaciones, cuando fuiste designado obispo de Tarazona; no pude acabarlos con la brevedad deseada, lo cual me resultaba molesto, principalmente porque, con ello, difería mi intento de cumplimentar a tu Ilustrísima Señoría con alguna obra literaria. Y tal deseo constituía mi principal estímulo para esta obra. En verdad, consideraba que, si yo mismo en edad menos madura, había publicado varios libros médicos y filosóficos dedicados a varones de gran autoridad, era justo y conveniente que ofreciese alguno al varón ilustrísimo, obispo de la Iglesia de Tarazona, de la cual soy yo médico racionero. Al fin, si bien robando horas al núcleo de mi quehacer en Zaragoza, donde me encuentro dedicado a la curación de un hombre muy ilustre, concluí y dí a la imprenta los libritos que debía a tu justa Señoría. Justamente, también, impetran tu favor. Recíbelos pues, obispo distinguidísimo, y dignate honrarlos con esa benevolencia [IIv] con la que sueles tratar al autor.

Por otra parte, si a partir de su dedicatoria se suele dar favor y gracia a los libros, cuánto más a estos opúsculos míos que la esperan de tí, puesto que eres tan preclaro en todos los órdenes: brillantísimo, ciertamente, en el linaje y en el género de tus mayores, en tanto que nacido de la familia de los Luna, conocidísima en todo el orbe; eres admirable en la integridad y candor de tus costumbres, ya que en edad juvenil muestras costumbres de anciano y has llevado siempre, por tu cuenta, la vida religiosa de modo admirable; brillas máximamente, con erudición de pontífice, en el derecho, de lo cual, siendo joven, diste muestra en la Universidad de Salamanca, donde fuiste rector justísimo. Dejaría de escribir si no hubiese considerado apenas íntegro el libro y, sobretodo, si no pudiese completar tus alabanzas con la epístola preliminar. Salud obispo distinguidísimo y que vivas largo tiempo muy feliz.

[IIIr] Al benévolo lector.

Recibe, benévolo lector, el librito *De la enfermedad lenticular*, el cual no sólo trata de la curación de esta dolencia, sino también de cualquier tipo de fiebres. He llamado «pustulado» a este mal, por la pústula, que no se llama así por el pus, como pretenden algunos, sino más bien por su semejanza con la quemadura. Por otro lado, no he de discutir con aquellos que nieguen que las eflorescencias llamadas «tabardillo» pertenecen a algún género de pústulas de las cuales habla Celso<sup>1</sup>, pues yo defiendo que éstas no se corresponden con las pápulas. A pesar de esto, afirmaré que, si consideramos lo que dijeron los autores latinos sobre las pápulas y las pústulas, advertiremos que a estas eflorescencias les cuadra más el nombre de pústulas que el de pápulas.

Pero es ocioso hablar demasiado sobre el nombre. Hemos dicho sobre él lo que para tí será suficiente en el futuro; y hemos explicado lo que es más importante: esto es, la naturaleza de la enfermedad y su curación y cómo no es ésta aquella enfermedad que describen los autores, similar a la picadura de los mosquitos. Aunque esté admitida esta opinión, alguna vez, más adelante, verás citar en este libro sentencias de Hipócrates y de otros antiguos, como si hubiesen escrito sobre esta enfermedad; porque, aunque las erupciones que aquellos mencionaron sean otras, sin embargo, en su mayor parte, cuando se exteriorizan por razón de la fiebre, reclaman el mismo tipo de tratamiento. Salud y ama a tu López.

[IVr] Elenco de las cosas dignas de ser anotadas que hay en el libro *Sobre la enfermedad pustulada*. El libro *Sobre los lugares de Galeno* no va precedido de un «elenco», porque todo él es casi un «índice» en el cual se recogen brevemente sentencias muy importantes de Galeno.

El mal pustulado lo es por la pústula, que no por el pus como quieren los gramáticos; pues aparece como una quemadura y la mayor parte de las pústulas son sin pus. 1

Estas eflorescencias, llamadas tabardillo, se parecen a las picaduras de las pulgas y no a las picaduras de los mosquitos, como aquellas de las que habla Hipócrates<sup>2</sup>. 2

Estas eflorescencias no se atienen a las pápulas; por lo que, si alguien pretende que no pertenecen al género de las pústulas de las que habla Celso<sup>3</sup>, no discutiré con él; sí que afirmaré que se parecen más a aquellas que a las pápulas que nacen de la nueva enfermedad. 3

Erró Mercuriale<sup>4</sup>, cuando afirmó que la rabia no fue conocida por Aristóteles<sup>5</sup>. 3

Erró Fernel<sup>6</sup>, cuando dijo que la peste inguinaria no había sido conocida por los antiguos; pues a ella hizo alusión Hipócrates en el segundo libro del primer tratado de las *Epidemias*, en el texto 34<sup>7</sup>; y no se puede sacar lo contrario, pues si en aquel lugar dijo Galeno que Hipócrates en este sitio llama también absceso a las evacuaciones por eflujo, no se opone a ellas; pues, cuando dice «también» de veras insinúa que aquello se refería a los abscesos. Pero ya que Hipócrates no distinguió entre estas cosas, es suficiente lo dicho. Remito a otros pasajes que refiere Galeno en las *Epidemias*<sup>8</sup> para probar nuestras opiniones. 3

Platón<sup>9</sup> no prueba suficientemente, a partir de las cosas que hacían los hijos de Esculapio en el tiempo de la guerra de Troya, que no existiese el catarro en la antigüedad. 3

No sirve el razonamiento de Plinio<sup>10</sup>, con el cual quiere probar, que los antiguos no dieron nombre latino a la artritis. 3

Con reflexión obraron los antiguos que no llamaron artritis al dolor articular, pues, como dice [IVv] Galeno en su comentario al libro tercero de los *Aforismos*, aforismo 16<sup>11</sup>, puede haber dolor en las articulaciones, a partir de la sequedad, que no se corresponde con la artritis. Remito a lo ya dicho sobre la herida reciente hecha en la articulación. 3

En el mal pustulado no se debe restringir el alimento, a pesar de lo que recomendase Aecio al hablar de las pústulas<sup>12</sup>. 3

El bizcocho se cuece con dificultad. 3

Los pollos pequeños deben serles prohibidos a los enfermos como nocivos 8

El agua de cebada y la de cinamomo pueden ser administradas en los febricitantes, aunque otra cosa diga Ferrerius<sup>13</sup>. Por otra parte, hemos hablado sobre el peso del agua, contra Petronio<sup>14</sup>, en la *Apologia*. Está claro que Plinio<sup>15</sup> había afirmado que es muy raro que un agua sea más leve que otra; pero, ya que el pasaje aducido, en el que atacamos a Petronio, está alterado, es de notar que, cuando Plinio dice que si las aguas son iguales se debe hacer la distinción cociendo las aguas y tomando aquella que se calienta más rápido y se enfría más deprisa, entendió iguales en la sustancia, el color y el olor, si es que hay alguno. Esto concuerda con las cosas que enseña Oribasio en el libro quinto, capítulo primero<sup>16</sup>, donde dice que el agua que se calienta rápidamente y se enfría deprisa es muy ligera; y, en efecto, ni en las cenagosas, ni en las de olor intenso, ni en aquellas que presentan algo de gusto a medicamento, es útil el discernimiento de este modo; porque éstas son conocidas claramente por todos. Mira que Oribasio no pone la paridad en el peso, sino cuando parecen iguales en sustancia y color. 19

No se debe prohibir la lechuga<sup>17</sup> a los que padecen el mal pustulado, a pesar de lo que juzgue el vulgo indocto de los médicos. 8

La lechuga que se suele comer como último plato, sirve para prevenir la ebriedad. Así Atheneo, libro 15, cap. 18<sup>18</sup>. 8

La leche de almendras se bilesce [se calienta y seca] fácilmente, por lo cual se le añaden semillas frías. 8

La leche de avellanas induce al dolor de cabeza, a pesar de lo que [Vr] juzguen los idiotas. 8

La sección de la vena conviene en el mal pustulado; y no revoca los humores

desde el exterior hacia el interior, con el cuerpo lleno.	8
Las ventosas convienen antes de ser evacuada la plétora, y deben aplicarse en las piernas y en las nalgas mejor que en la espalda.	13
Debilita más la sangre extraída por flebotomía que por escarificación.	12
Convienen las fricciones aplicadas primero en las partes extremas.	14
No cuadra eso de que ayuden más las fricciones hechas con un paño rojo, y es extraño que Galeno <sup>19</sup> pensase que tal color atrae.	14
Si se pretende atraer hacia el exterior es más útil flagelar el cuerpo con hortigas que aplicar las ineficaces ventosas.	14
Se pueden usar medicamentos levemente purgantes al inicio del mal pustulado y no emplear los fuertes hasta que haya remitido la fiebre.	14
Guiados por conjeturas falaces algunos médicos alabaron algunas partes animales para fortalecer las correspondientes partes humanas.	14
Es lícito, en el mal pustulado, aplicar un epitema frío a la zona del corazón y también a la frente y a la región hepática; pero, cuando surgen las pústulas, es mejor no enfriar el hígado.	16
Los antiguos no llamaron cordial a ningún medicamento; a lo que los nuestros llaman cordial, ellos llamaron estomático.	16
Ni la esmeralda ni el cráneo de hombre son útiles para la epilepsia. Acerca de lo cual, advierte que dicen algunos que Hércules fue médico y que curó a Alcestes; de lo que hace memoria Mureto en sus <i>Varias lecciones</i> <sup>20</sup> . Por lo cual, si esto es cierto, no es de admirar que se le diga «mal hercúleo» a la epilepsia, como se dice «gran úlcera de Quirón», porque éste aplicaba sus manos salutíferas a las úlceras severas. Procede también subrayar que Piero <sup>21</sup> , en su <i>Hyeroglyphica</i> , donde hay muchas cosas ocultísimas, [Vv] dice que Hércules fue liberado de la epilepsia comiendo codornices; pero, tenemos también, por graves médicos, que la perdiz es muy perjudicial para los afectados de epilepsia.	16
La esmeralda traída de las Indias occidentales es veneno.	16
La tríaca con esmeraldas no es útil para la epilepsia.	16
Solo Aeliano <sup>22</sup> , separándose de la opinión de otros, dijo que el cuerno de rinoceronte sirve contra el veneno.	17
Plinio no es constante en las cosas que afirma sobre el animal unicorne <sup>23</sup> .	17
La piedra Beazar se encuentra rara vez en las vísceras de los animales. La piedra que se encuentra en el estómago de los golondrinos, había sido tragada por ellos. Hay otra piedra, también llamada Beazar, que se saca de las entrañas de la tierra, de la cual nada hemos dicho.	18
Hemos dicho, cómo entendieron los antiguos, que la tríaca se bebe sola, contra Victorio en sus <i>Varias lecciones</i> <sup>24</sup> .	19
En las hierbas, en cierto modo, existe su fortuna, como se ve en la escorzonera (folio 15v); existe igualmente su fortuna para los médicos indoctos, cuando encuentran gracia entre los potentados más generosos, los cuales tienen oído beocio y -no se me oculta- alaban lo que no se debe alabar. Con todo, decía Galeno en el primer capítulo del undécimo libro del <i>Methodo</i> <sup>25</sup> : «la naturaleza, el arte y la fortuna interesan en medicina». Interesa la fortuna, en la medida en que puedan hacerse, sin obstáculo y en el tiempo oportuno, todas las cosas que son útiles para la salud del enfermo; es fortuna tropezar con un médico docto y prudente; es fortuna que el médico encuentre enfermos obedientes a lo que él dice, con lo que sus enfermedades se curan fácilmente; y hay algunos que son curados por la fortuna, como aquel que narra Séneca en el segundo libro del <i>Sobre los beneficios</i> <sup>26</sup> , al cual le fue extirpado un tumor por la espada del enemigo; algunos fueron curados de la locura por la herida inflingida por el adversario; de estas cosas trata Valerio en el primer libro <sup>27</sup> .	19
Actúan contra la razón los que, para prevenir o curar [VIr] la peste, aplican arsénico al pecho.	19
El aceite de escorpiones <sup>28</sup> es útil en el mal pústulado.	19
Dice Galeno <sup>29</sup> que el humo de cipo produce dolor de cabeza, no el linimento de cipo; por lo cual no hay ninguna contradicción, a pesar de Mercuriale <sup>30</sup> .	20
De los nervios del estómago indurados por la fiebre ardiente suele nacer una gran inapetencia para la comida. Por otra parte, ya que este discurso trata sobre el ayuno, es de notar que Galeno, en el libro contra Erastítrato <sup>31</sup> , defendió que los animales que se ocultan, no usan ningún alimento porque la superficie exterior se condensa mucho, de lo	

cual resulta, dice él, que no se produzca flujo; pero, cuando veamos caracoles y otros animales que se ocultan, salir del escondrijo muy consumidos, parece que están hechos de flujo. Me place anotar aquí estas cosas, porque de ello traté en mi *Apología*<sup>32</sup>,  
donde respondimos a Ioberto<sup>33</sup>. 21

Los ungüentos cálidos pueden aplicarse al estómago frío, aunque el hígado trabaje en una temperatura cálida, diga lo que quiera Realdo.<sup>34</sup> 22

Es un gran abuso el beber hasta la saciedad, buscando la salud, de las aguas que brotan espontáneamente, sin tener en cuenta la temperatura y la enfermedad. 22

Se duda que el gusano «aselo» sea el milpiés, en lo cual parece errado Cornario<sup>35</sup>. Por otro lado, puesto que aquí se hace mención del aselo, hay que advertir que, allí donde estaba escrito en mi *Apología*<sup>36</sup> que el pez aselo fue contado entre los saxátiles de Columela<sup>37</sup>, se debe leer «murena». Así dice el libro octavo: «murenas»; y si hay otras características del saxátile, cuando dice «otras» parece colocar la murena entre los saxátiles. Así se halla en el ejemplar que he utilizado, impreso en Venecia en la oficina Aldina<sup>38</sup>; quizás abunda allí la palabra «otras». Por otro lado, hemos demostrado en las *Anotaciones*<sup>39</sup> que yerran los que juzgan que esos autores que citan los peces saxátiles se refieren a los peces que viven en el río. 20

Fin de la tabla.

Se ha difundido por casi toda España, durante dos años íntegros, y aún se extiende por algunos lugares, una fiebre de mala naturaleza que tomó el nombre del síntoma: de ciertas eflorescencias que aparecen en la piel. A ésta la llaman, en la lengua materna, «Tabardillo» o «Pulgón»; pero el primer nombre es el más frecuente. En verdad, no es difícil adivinar por qué razón se le dice tabardillo, pero no es este el momento de investigarlo.

Se dice tabardillo lo mismo que tuberdillo<sup>40</sup>, no porque sea un tubérculo, sino porque de alguna manera lo imita. También se dice tabardillo por ciertos gusanos a los que llaman «tabardos», cuyas picaduras producen unas eflorescencias similares a aquellas que llamamos «tabardillo». Pero creo que tal nombre le llegó a esta enfermedad de un modo fortuito, como muchos otros que en cualquier idioma surgen casualmente y acaban por asentarse en la mente de los hombres cuando en ello no hay ningún daño. Dime si no, por qué llaman los españoles a la epilepsia «gota coral» y a la hernia «potra», o «passas» al mal francés, y quizá encuentres una razón para que al dicho mal le llamen tabardillo.

En verdad, el término «pulgón», como se le llama en algunas regiones, [1v] tiene un origen más claro y más antiguo: pues las eflorescencias que aparecen en dicha fiebre se asemejan a las picaduras de las pulgas. Hace referencia a este término lo que más de una vez dice Hipócrates sobre las picaduras de los mosquitos en los libros de las *Epidemias*, como se ve en el libro segundo, sección tercera, y en el libro quinto<sup>41</sup>; a cuya voz se refiere también Aecio en el discurso primero de la segunda parte, capítulo 129<sup>42</sup>. Pero parecería más apropiado el nombre si, como dicen «pulgón», dijese «moscón». Por no mencionar lo que dijeron Hipócrates y Aecio sobre las referidas eflorescencias de las picaduras de los mosquitos: las picaduras que marcan los mosquitos -no los del vino, sino otros que infestan las regiones calurosas en el verano- producen unas máculas diferentes de esas eflorescencias de la picadura de la pulga. Parece, con todo, que las pústulas de las que habla Hipócrates difieren en algo de nuestras pústulas, porque dice que son asperezas miliáceas, no muy pruriginosas; pero estas eflorescencias de las que trata el discurso, no se parecen a las semillas de mijo. Si buscas similitud, la encontrarás en los granos que aparecen en el herpes miliar; pero tampoco estas eflorescencias pican gran cosa. Sea como sea, no podemos negar que las eflorescencias de las que aquí hablamos son muy parecidas a las producidas por las picaduras de los mosquitos.

Por otra parte, en lengua latina, estas eflorescencias se incluyen bajo el nombre de pústulas, y no parece que se correspondan con las pápulas, aunque así las llame Virgilio en el tercer libro de las *Geórgicas*, hacia el final<sup>43</sup>, cuando dice: «Más, si alguno intentase hacer un odioso vestido, se acompañaría de pápulas ardientes y de un sudor de inmundo olor [2r] en los miembros», insinúa que las pápulas son otra cosa que las eflorescencias. Señala que son el prelude del «fuego sacro» que amenazaba a las articulaciones contracturadas. Plinio también insinúa lo mismo cuando habla sobre las pápulas<sup>44</sup>.

Celso<sup>45</sup> distingue dos tipos de pápulas, de las cuales dice que uno serpentea y corroe, y que el otro se ulcera. Pero estas eflorescencias ni serpentean, ni corroen, a no ser que quieras defender que de hecho corroen levemente. No se debe ignorar, sin embargo, que en las fiebres malignas suelen aparecer herpes, como dice Hipócrates en el tercer libro de las *Epidemias*, en la sección tercera<sup>46</sup>. A estos herpes alguien puede llamarles con razón pápulas, pues serpentean, roen y se ulceran. Éstos, como dice Aecio en el lugar citado<sup>47</sup>, suelen nacer en las fiebres malignas y pestilentes, algunas de las cuales, afirma, se acercan a la especie de los carbúnculos.

Por otra parte, en aquellos que hacen mucho ejercicio, aparecen algunas eflorescencias sin fiebre, en el tiempo de verano. Los latinos las llaman «sudamina» y los griegos «hidroa». De ellas habla Actuario en el primer libro del *Método*<sup>48</sup>; dice también Hipócrates en el quinto de las *Epidemias*<sup>49</sup> que al hijo de Euphranoris le salieron unas pústulas sin fiebre. De éstas y de las herpéticas no vamos a decir nada ahora. Nuestro discurso sólo va a tratar de las eflorescencias que aparecen en las fiebres y que no se ulceran. A estas eflorescencias podemos llamarles, en lengua latina, pústulas; pero el género de las pústulas se extiende ampliamente, hasta tal punto que bajo ellas se incluyen las pápulas. Pues Celso<sup>50</sup>, hablando de las pápulas, dice que hay una especie de pápulas en la que el cutis se irrita [2v] por pústulas muy pequeñas; de donde es evidente que las pápulas se incluyen entre las pústulas. Amplísimo es también el nombre del exantema entre los griegos; pues, no solo se comprenden bajo este nombre tales eflorescencias, sino también otras erupciones, como hemos hecho notar en *Sobre el arte de curar*<sup>51</sup>.

En cambio, de todas estas cosas que hemos dicho, claramente consta que esta enfermedad no es nueva; aunque los hombres ignorantes se persuadan a sí mismos de que ha comenzado a extenderse en esta época. No es nuevo el que haya fiebres malignas; ni lo sería el que apareciesen estas eflorescencias, ya que de ellas hicieron memoria celeberrimos médicos. Ni rechazo, cuando esto escribo, el que aparezcan nuevas enfermedades; lo cual ocurre, bien porque el Sumo Artífice quiere agitar a los mortales con un nuevo género de enfermedades, bien por un nuevo influjo de los astros, o bien por un nuevo género de vida. Pues, que Dios Máximo envíe enfermedades, se repite muchas veces en la Sagrada Biblia<sup>52</sup>. Por otra parte, este mundo está sujeto al mundo superior, por lo cual no es de admirar que, por un nuevo efluvio de los astros, se produzca

una afectación del aire, de donde nazca un nuevo género de enfermedades. Por otro lado, es demasiado conocido que, a partir de un nuevo género de vida, pueden aparecer nuevas enfermedades, como para necesitar explicación.

Por lo demás, Platón indicó en el tercer libro de *De la republica*<sup>53</sup> que aparecen nuevas enfermedades, ya que dijo que en el tiempo de Esculapio no había destilación de cabeza, lo cual quiso demostrar a partir de las cosas que hacían los hijos de éste, cuando curaban en el tiempo de la guerra de Troya. También Plinio indica, en el capítulo décimo del libro 26<sup>o</sup><sup>54</sup>, que aparecen nuevas enfermedades. Dice que, en el Lacio, la podagra era una enfermedad nueva; [3r] pues, si la hubiesen conocido en la antigüedad, le habrían puesto un nombre latino. Pero en esto no quiero suscribir las razones de Platón ni las de Plinio. Lo que dice Platón, de que los hijos de Esculapio ofrecían queso a cierto enfermo, no concluye nada, porque los antiguos atendían más a la abundancia que a la bondad del alimento. Considerando lo cual dijo Galeno, en el libro cuarto de *Sobre la razón de los alimentos*<sup>55</sup>, que los antiguos fueron muy ignorantes de las cosas que se cuecen fácilmente. Tampoco concluye nada la razón de Plinio, que quiere persuadirnos de que entre los itálos no fue conocida la podagra, porque no le dieron nombre latino; puesto que él mismo admitió nombres griegos para algunas enfermedades, como la elefantiasis, a la cual no dio nombre latino. ¿Por qué se admira, entonces de que a la artritis no le diesen nombre latino? Y quizás lo hicieron rectamente: pues el dolor articular o el mal articular, no parecen contenidos exactamente bajo los términos de artritis y de podagra. En efecto, una articulación puede doler por una úlcera o por una herida reciente, y tal dolor no se corresponde propiamente con la artritis o la podagra.

Pero, dejadas estas cosas, no se debe negar, ciertamente, que un nuevo modo de vida pueda inducir nuevas enfermedades, las cuales se pueden producir también por una impresión del aire modificado por los astros.

Por lo demás, a partir de los diversos estilos de vida, algunas enfermedades son más propias de una región que de otra y de un modo de vida que de otro; por lo cual no es extraño que la «mentagra» de la que habla Plinio en el capítulo primero del libro 26<sup>o</sup><sup>56</sup>, no afectase a las mujeres, ni a los siervos, ni a la plebe, sino a los próceres de aquel tiempo. [3v] Pero hay que hacer notar, a este respecto, que las mujeres eran abstemias, que a los siervos no se les daba vino, y que era diferente el modo de vida de los próceres y el de la plebe. Salvo que todo ello lo quieras referir mejor al castigo de Dios, quien, ofendido por los crímenes de los próceres, quiso clavar en ellos estos dardos. Referiremos también a la naturaleza o al modo de vida lo que dice Hipócrates en el segundo de las *Epidemias*, en la sección tercera<sup>57</sup>: que ciertas eflorescencias aparecen sólo en las mujeres febricitantes. Pero Hipócrates no dice que a los hombres no les saliesen eflorescencias de este modo, sino que en ellos él no las vio. Quizás las mujeres en las que Hipócrates vio esto habían perdido la regla, y la sangre cohibida hubo de ser la causa de que floreciese el cutis

Por otra parte, así como no negamos que haya algunas enfermedades nuevas y que algunas enfermedades viejas desaparezcan, no podemos adscribirnos a Fernel<sup>58</sup>, el cual dijo que los antiguos no conocieron la peste inguinaria. Ya que Hipócrates, en el tercero de las *Epidemias*, en la sección tercera<sup>59</sup>, hace memoria de las hinchazones que se formaban en la ingles en cierta constitución pestilente. Y no se debe escuchar a Jerónimo Mercuriale, el cual, en su libro *De varias lecciones*<sup>60</sup>, dice que en el tiempo de Aristóteles no se conocían otros animales que fuesen afectados por la rabia canina: el mismo Aristóteles<sup>61</sup> enseñó que rabian los camellos y los elefantes. Sin embargo, no se puede negar, como dije en mis *Anotaciones*<sup>62</sup>, que la rabia que es hidrofobia es particular de los perros, hasta tal punto, que ningún animal se ve afecto por la rabia que se llama hidrofobia, si no es atacado por un perro rabioso. [4r] Y Aristóteles no negó -diga Mercuriale lo que quiera-, que el hombre atacado por un perro rabioso sea alcanzado por la rabia; sino que afirmó que está menos sometido a la hidrofobia que otros animales; y que éste puede salir de tan gran mal, mejor que los restantes animales; hasta tal punto, que no escapa de la hidrofobia el animal bruto mordido por el perro, mientras que suele escapar el hombre atacado por un perro rabioso. Y esto es lo que quiso decir Aristóteles, al cual interpretó óptimamente Theodoro<sup>63</sup>, aunque sea ultrajado por Leoniceno<sup>64</sup> y por otros. Pero de estas cosas, en otros muchos sitios se ha dicho lo suficiente.

Con lo aquí declarado basta para la introducción oportuna de esta fiebre, todo lo cual concierne más al nombre que a la enfermedad. Vamos a hablar sobre la naturaleza de la enfermedad que se llama «tabardillo» por su síntoma predominante y sobre las cosas que afectan a su curación.

[Sobre el nombre de la enfermedad pulicular]

Este mal es una fiebre nacida de un humor pernicioso que produce en la piel máculas y eflorescencias que son casi úlceras. Esta fiebre toma el nombre del síntoma, por lo cual, se puede llamar fiebre pulicular, o eflorida, o miliar, o pustulada, o lenticular, como prefieras. Por otra parte, ni aun aquello que dice Galeno<sup>65</sup> de Hipócrates, en el libro sexto de las *Epidemias*, comentario primero<sup>66</sup>, de que no fuera costumbre de Hipócrates llamar a la fiebre por el síntoma, contradice a aquellos que llaman a esta fiebre por el síntoma. Pues si observas bien, no dice Galeno que Hipócrates no llame a las fiebres por el síntoma, sino que la diferencia de la fiebre, que debe tomarse propiamente por el calor, de ningún modo debe tomarse por el síntoma, pues los síntomas no se atienen a la naturaleza del calor. Pero de esto hay bastante en mis *Anotaciones*<sup>67</sup>.

[Sobre la naturaleza de la enfermedad lenticular.]

Por otra parte, aunque esta fiebre miliar [4v] nace de un mal humor, no es pestilente, pues la fiebre pestilencial, por lo general mata, mientras que en ésta, la mayor parte de los enfermos se curan, sobre todo los jóvenes; y el mismo Galeno dice en el segundo libro de las *Epidemias*<sup>68</sup> que todas las mujeres a las que afectó este mal convalecieron. Y Aecio<sup>69</sup>, cuando habla de estas pústulas, dice que en estas fiebres aparecen eflorescencias, mientras que en las fiebres pestilentes las pústulas se ulceran. No niego que en muchas pestilencias puedan aparecer eflorescencias que se ulceren, pero no es propio en estas fiebres de las que hablamos que haya este género de pústulas y que sean pestilentes.

Sin embargo, se ofrece la duda de si algunas de estas fiebres serán hécticas, ya que hay algunas pestilentes hécticas, según dijo Galeno en el libro cuarto de *Sobre el pronóstico a partir del pulso*<sup>70</sup>, donde dice que estas fiebres son más conocidas por el vulgo que por los médicos, porque la orina aparece semejante a la natural y respecto del pulso no se aprecia diferencia. Dice que se conoce mejor a partir del aliento fétido que del pulso. Pero yo, como he dicho en otros lugares, siempre juzgué difíciles las cosas que en la parte citada señala Galeno. Puesto que la fiebre héctica no depende de la corrupción, no hay razón por la que el aliento hieda tanto: ya que, si hay corrupción en la misma carne del corazón, parece no haberla tanto como para que el pulso no varíe. Pero lo que dice de la orina no se opone a la razón: pues no dice que la orina sea similar a la natural, sino que lo parece. En efecto, las orinas que distan de la natural pueden, [5r] sin embargo, asemejarse. Ciertamente, un humor crudo presenta, con frecuencia, el aspecto de un sedimento óptimo. Dirá alguno que también se puede simular el pulso natural, aunque varíe de éste; pero a mí me parece difícil que un corazón tan gravemente enfermo pueda simularlo, a menos que sea tan pequeña la putrefacción en el principio de estas fiebres y sea con tan poco calor y tanta humedad ligada, que tenga poca necesidad de ventilación. Por otra parte, esta fiebre miliar o, si prefieres, lenticular, si no produce ulceración en la piel, como la pestilente, menos la producirá en el corazón; por lo cual, de ningún modo será héctica. Yo, ciertamente, pienso que las fiebres hécticas pestilentes de las que habla Galeno, de algún modo, producen úlcera o putrefacción corrupta en el corazón.

Finalmente, si la fiebre héctica pestilente afecta a la sustancia del corazón, está claro que los medicamentos que entonces más pueden ayudar son los que desecan, como hace la triaca con bolo arménico. Pero volvamos a nuestro asunto.

Hemos dicho que la fiebre de la que trata nuestro discurso es humoral. Y, si es humoral, depende de un humor. Ahora bien, el humor que produce esta fiebre es, por lo regular, la sangre; humor que, como es cálido y húmedo, suele originar una corrupción pernicioso. Esta fiebre no deseca mucho, como desecaría si la produjese una bilis sin mezcla. Por otro lado, la pituita y la bilis negra producen fiebres más largas que esta lenticular; sin embargo, no niego que puedan derivar de cualquier humor, pero afirmo que suele producirse más frecuentemente por la sangre [5v] que por otros humores. Pero, como todos los humores están mezclados en las venas, el calor muy seco, al alcanzar la sangre, afecta a otros; y, en la medida que son diferentes las naturalezas de aquellos que padecen esta fiebre, así se producen síntomas diversos: los biliosos padecen insomnio, los pituitosos, a los que frecuentemente afligen parótidas, sopor; éstos emulan a los ancianos, aquellos a los jóvenes; en éstos, la resolución será más breve que en aquellos y las pústulas aparecerán más rápidamente en los jóvenes que en los pituitosos o ancianos. A partir de esta norma, sentencia tú si la fiebre invade al hombre bilioso a partir del ayuno o del mucho ejercicio, o si invade al hombre que hace una vida sedentaria o al repleto por las indigestiones del mucho alimento o bebida.

Por otro lado, aunque el humor que produce esta fiebre esté diseminado por todos los vasos, suele permanecer oculto en las partes más profundas; por lo cual, ocurre muchas veces que las partes externas no presentan ningún calor seco, estando las vísceras muy afectadas. Se añade a esto que, cuando el humor pernicioso perturba las zonas interiores, la naturaleza impulsa todos sus nervios hacia la parte que así padece, por lo que el calor se atrae hacia el interior. En efecto, puesto que en el interior prevalece el humor nocivo, resulta que, muchas veces, la sangre que se extrae por flebotomía no parece infectada. Se añade que, algunas veces, el humor que produce la fiebre no daña tanto por la putrefacción manifiesta, cuanto por la mala cualidad que se esconde en los humores. Con todo, aunque al principio de la enfermedad se suela extraer la sangre sin vicio, [6r] al cabo del proceso en el que la putrefacción se extiende a todas las partes, se extrae ya la sangre viciada.

Es digno de indagación en qué tiempo del año ocurre esta enfermedad y en qué tiempo es más peligrosa. Pues bien, si atiendes a la naturaleza de la enfermedad, verás que suele ocurrir con más frecuencia en primavera, época en la que, en nuestra región y en casi toda España, predomina la humedad. También suele acaecer en otoño. Es también frecuente en verano, cuando le precede una primavera muy húmeda y lluviosa y el mismo verano no es ardiente. Esta enfermedad suele prevalecer menos en invierno, pero cuando ataca entonces es más peligrosa que en otros tiempos. Por otra parte, si diriges la atención hacia las eflorescencias, advertirás que suelen aparecer con más frecuencia en verano, en cuya época los poros están más abiertos que en otros tiempos.

[Máculas.]

Con todo, también debes considerar que la naturaleza de la enfermedad no exige que siempre aparezcan pústulas. En efecto, se presentan en un enfermo y no en otro, aunque la naturaleza de la enfermedad sea la misma; porque en uno los humores son más tenues o tiene la piel más fina, o la naturaleza intenta en uno algunas evacuaciones que están lejos de la piel, las cuales no intenta conseguir en otro.

Es, sin duda, absurdo pensar que en todas las fiebres de este género hayan de aparecer siempre pústulas; lo mismo que no siempre aparecen bubones en todos los que padecen fiebre pestilente. Sin embargo, muchas veces aparecen pústulas con naturaleza móvil, que producen alguna evacuación hacia la piel; aparecen también, algunas veces, cuando la naturaleza, en aquel conflicto, intenta la evacuación hacia otras partes: pues, en aquella oposición, se agitan todos los humores del cuerpo. [6v] Pues bien, cuando se agitan los humores que están en las partes internas, envían humos y centellas hacia las partes externas, y así se mancha la piel por el fuego de las vísceras. El humo y las centellas aparecen con frecuencia en las partes externas. Aparecen también manchas por el calor innato extinto que se dirige hacia las partes cutáneas; por lo cual, el humor suele producir manchas cutáneas en las partes externas, independientemente de que pueda afluir otro humor de otro lugar, y entonces se producen manchas lívidas y negras.

Por otra parte, y a causa de la naturaleza que atrae los humores del exterior hacia el interior, pueden aparecer manchas cuando se produzca aquella atracción. A partir de aquella conmoción, pueden aparecer manchas en las partes externas de la piel, por el hecho de que los humores, no gobernados por la naturaleza, se desplacen aquí y allá; y también por la débil fuerza contentiva que hay en las partes externas, la cual no contiene los humores dentro de los vasos, sino que les permite salir con violencia. De cualquier modo que sea, las pústulas suelen anunciar enfermedad; pues, si la piel se mancha a partir de la extinción del calor innato, es claro, principalmente, que ello es indicativo de una gran enfermedad, o mejor dicho, es claro que el enfermo está ya en la última crisis.

Pero, si aparece alguna evacuación por la naturaleza motriz, y ésta se produce sin que se cuezan los humores, ello es signo de mal pronóstico, porque indica que la naturaleza, irritada por la multitud o la malicia de los humores, por sí misma ha intentado esta evacuación. De estas cosas habla Hipócrates en el primer libro de las *Epidemias*, en la sección segunda, texto 37º, donde dice Galeno<sup>71</sup> que aparecían pústulas por la crudeza de los humores, para evacuar los cuales no hay ninguna ayuda si la naturaleza ha sido desbordada [7r] e incluso superada por ellos; o cuando permitían regresar hacia lo profundo, o cuando, a causa de la escasez de las excreciones, se producía un absceso. Pues, como dice Hipócrates en el segundo libro de las *Epidemias*<sup>72</sup>, sección primera, «los que mejor pronóstico indican no siempre aparecen».

Por otra parte, si apareciesen pústulas el día de la crisis, poco podrían pronosticar rectamente; poco es que aparezca antes el acúmulo de los humores que hay en lo más profundo del cuerpo, «contribuyen a juzgar, pero no curan», como en el mismo sitio dice Hipócrates<sup>73</sup>, «en parte son letales, en parte de difícil juicio».

Por otra parte, sucede que aparece el herpes en las fiebres de las que habla Hipócrates en el libro tercero de las *Epidemias*, en la sección tercera<sup>74</sup>. Pero éstas no se corresponden con las eflorescencias de las que tratamos ahora, aunque los médicos vulgares no hagan ninguna distinción. Por cierto, por los herpes y las «variolas», la naturaleza se puede expurgar a sí misma abundantemente.

[Pronóstico.]

De todo lo dicho se deduce que las pústulas recurrentes en la piel son pésimas, como dijo Galeno en el primer libro del *Pronóstico*, en el comentario primero<sup>75</sup>. En efecto, en razón de lo que él mismo expone en el primer libro de las *Epidemias*<sup>76</sup> en la parte ya citada; se produce esto porque la naturaleza ha sido superada, por lo que no puede impedir la recurrencia de los humores y fluctúa a causa de su propia debilidad.

En segundo lugar, se deduce que cuanto más rápidamente aparecen las pústulas, éstas son peores. Con todo, he visto en algunos, en los que las fuerzas se hallaban exhaustas, salirles muchas pústulas en el día en que murieron o en el anterior; y es que la naturaleza se empeñaba en el intento y desfallecía en él. Las pústulas eran entonces [7v] violáceas o negras, las cuales podrían aparecer también a causa de los humores no gobernados por la naturaleza, sino que aparecerían aquí o allá; una parte de éstos acudiría hacia la piel y esto podría ocurrir por debilidad de la facultad contentiva; la cual, al no contener los humores dentro de los vasos, haría que aquellos irrumpiesen hacia el exterior.

Por otra parte, entre las pústulas, son de mejor pronóstico las rojas; son pésimas las lívidas y negras; y las rojas que tienden hacia el púrpura también son malas, porque expresan el ardor de la sangre; lo cual fue anotado por Actuario en el primer libro del *Método de medicar*, en el capítulo segundo<sup>77</sup>, y por Aecio<sup>78</sup>, en el lugar ya citado.

De lo dicho queda claro que, cuando aparecen las pústulas en gran cantidad, es mejor que surjan durante la evolución; pero cuando nacen pocas, son signo de un daño mayor en la evolución que al principio; porque si la naturaleza vacila más cuando mayor debería ser la victoria, el resultado será peor. Aecio<sup>79</sup> dice que son peores las muchas pústulas que las pocas y las mayores que las menores; pero no creo que esta opinión se deba aceptar sin más. Cuando podrían salir, ya se ha efectuado

la cocción del humor, en cuyo tiempo es mejor que sean muchas que pocas; y la experiencia muestra que, cuando aparecen pocas pústulas en la evolución, muchas veces son perniciosas. Sin embargo, es verdad que, ya que muchas pústulas indican que hay mucha abundancia de humor malo, el cual se ve estimulado vehementemente por la naturaleza, y ya que la cantidad que hay en el exterior indica la cantidad que hay en el interior, muchas suelen ser peores que pocas.

[Sobre la curación de la enfermedad lenticular]

A partir de estas [8r] premisas, debemos tratar de la curación de esta enfermedad. La curación depende del régimen de vida, de la digestión de los humores, de la evacuación, de la revulsión y de la consolidación de las fuerzas.

[El régimen de vida]

Debe disponerse un régimen de vida que se oponga a la putrefacción. Por lo demás, puesto que el humor que produce esta fiebre pustulada es maligno y debilita mucho las fuerzas, los que padecen esta fiebre deben ser alimentados más abundantemente que si no se temiese la malicia del humor. Sin embargo, no entiendas que éstos deben ser alimentados abundantemente; pues algunos, según aquello que dice Galeno en el tercer libro de las *Epidemias* en el comentario tercero, texto 58, afirman que, en estas fiebres que son casi pestilentes, el alimento debe ser administrado ampliamente. Dice Galeno, hablando de cierta fiebre: «por tanto, los muy fuertes, que han aportado la fuerza por su naturaleza, tomaron el alimento ofrecido, y casi todos sobrevivieron»<sup>80</sup>. Esto es lo que él dice.

Pero en este lugar, no dice que los afectos de la peste deban ser saturados con mucho alimento, sino que, teniendo en cuenta la vehemente inapetencia que afectaba a los que eran atacados por dicha fiebre, hasta tal punto que preferían morir antes que comer, añade que, los que tenían la fuerza por sí mismos y tomaban el alimento ofrecido, se libraban. No dice que se les ofreciesen grandes cantidades de alimento, sino que tomaban el alimento ofrecido; el cual hay que creer que se les daba proporcionado a sus fuerzas. En efecto, estando las fuerzas muy débiles, ¿cómo podrían tomar gran cantidad de alimento? No otra cosa pretende Aecio cuando, en el discurso primero de la segunda parte, en el capítulo 129<sup>81</sup>, dice que no se debe admitir la limitación del alimento en las fiebres pestilentes. No pretende [8v] que los afectados por la fiebre se alimenten como los sanos, sino que no se les limite los alimentos como en otras fiebres que no pecan por su malignidad.

Es útil la tisana de cebada, si hay quien la prepare rectamente. Y Alejandro de Tralles<sup>82</sup> ofrece la tisana de avena a los febriles; aunque Fuchs en sus *Paradojas*<sup>83</sup> pretenda que yerran los médicos modernos que la administraban.

Entre las verduras, son útiles la lechuga<sup>84</sup>, la borraja<sup>85</sup> y la acedera.<sup>86</sup> Pero algunos han creído, que era prescripción de los próceres médicos, la de prohibir la lechuga y el vino tinto a aquellos que quieren prevenir esta enfermedad o curarse de ella. Creían esto muchos médicos vulgares, como ¡por Dios! me escribió a mí el muy docto Doctor Valles, médico dignísimo de su Regia Majestad, carísimo para mí: que había visto en Alcalá a cierto caballero que, por indicación del médico que le visitaba, se abstenía de la lechuga, en lugar de la cual, en el primer plato, tomaba hojas de rábano<sup>87</sup>. ¡Oh insigne filosofía del médico, de allí nacida, que juzgaba que la lechuga cohibe el aflujo hacia las partes externas, en cuyo nombre prohibía el vino tinto a los sanos; repetida mata a los maestros de Cambra y mataba a este mísero médico, apenas mencionada la palabra lechuga! ¡Los antiguos mandaban que se abstuviesen de menta<sup>88</sup> en tiempo de guerra, éste mandaba que se abstuviesen de lechuga en tiempo de guerra maculada!

Hipócrates<sup>89</sup> dijo que a los febricitantes les conviene un régimen húmedo, y, entre las verduras, apenas encuentra Galeno<sup>90</sup> otra que produzca un jugo más saludable que la lechuga, [9r] por lo cual no hay por qué repudiarla. Se añade que debe prepararse con vinagre, cuya fuerza es contraria a la corrupción. Temes que la lechuga cohiba el movimiento hacia el exterior, cuyo movimiento quieres conservar en los sanos a los que la prohibes. Pero, en los enfermos, la lechuga preparada con vinagre, oponiéndose a la corrupción, hace a los humores más dispuestos al movimiento que lo que tienen por naturaleza. Y si se da en el día de la crisis, ¿por qué la prohibes en los primeros días en los que no esperas una crisis óptima en la curación de las variolas? Avicena<sup>91</sup> y otros médicos excelentes, mandan al principio, para extinguir la corrupción, *iuflettium*<sup>92</sup> preparado con vinagre; y, en las variolas que están saliendo, tienden a que se les ayude a salir.

Si tanto te preocupa el que salgan las pústulas, haz lo que fue observado en las variolas por los graves médicos, que no temen administrar zumo de uva verde<sup>93</sup> con jugo de carne; administran tranquilamente granos de granada ácida<sup>94</sup> y evitan la lechuga. Pero de esos médicos con poco basta. Por otra parte, y ya que el discurso trata de la lechuga, debe considerarse que los antiguos, con objeto de prevenir la ebriedad, comían lechuga al final de la comida; lo cual se colige de lo que he visto de Atheneo<sup>95</sup>; aunque, cuando escribía mis *Anotaciones*, esto no lo tuve en cuenta.

Si quieres robustecer las fuerzas, las carnes más alimenticias son las de pollo; y también es útil la gallina y la carne de capón. En principio, no alabo los alimentos muy espesos, como son los de harina. Sin embargo, los pollos muy pequeños, que algunos suelen administrar, deben ser repudiados como excremento. [9v] Es frecuente, para reparar las fuerzas, administrar

lo que llaman «bizcocho bucelado»<sup>96</sup>: pero se hace de masa no fermentada y de huevos duros, por lo cual no se cuece fácilmente; a lo que se añade que este bizcocho tiene tanta azúcar que, por su dulzor, perjudica a los febriles.

No apruebo la leche de almendras<sup>97</sup>, ni la leche de avellanas<sup>98</sup>, tan aceitosas. Los médicos dan avellanas para curar el dolor de cabeza, siendo así que ellas mismas inducen al dolor de cabeza, como han dicho Aecio y otros graves médicos<sup>99</sup>.

Para beber es útil la tisana de cebada y anís<sup>100</sup> o la tisana de cinamomo<sup>101</sup>; ya que un poco de cinamomo no hace perder al agua sus propiedades: de enfriar y humedecer; e incluso hace que, al penetrar más, pueda humedecer mejor. Galeno<sup>102</sup> administra hidromiel aguada a los que padecen fiebre ardiente, ¿por qué se ha de prohibir el agua hervida con anís o cinamomo? No hay que seguir a Ferrerio<sup>103</sup>, cuando prohíbe el agua de cebada como flatulenta para los febriles y el agua de cinamomo como perjudicial para la cabeza. Pues, como dice Galeno en el libro *De la tisana*<sup>104</sup>, «por la mucha cocción, se pierde lo que de flatuoso hay en la cebada, y un poquito de cinamomo disuelto en mucha agua, no podría dañar a la cabeza». Y menos se debe suscribir a Ioberto de Montpellier<sup>105</sup>, el cual prohíbe hervir agua, pues el hervor mejora las aguas. Contra este autor hemos hablado bastante extensamente en las *Anotaciones* al sexto libro de las *Epidemias*<sup>106</sup>.

[Purga]

Una vez prescrito el alimento, cuando veas al enfermo considera si hay crudeza de vientre y, si la hubiese, [10r] manda aplicar un clister. Pero puesto que el clister no puede hacer progresar del todo lo que está en el estómago, puedes administrar casia<sup>107</sup> o maná<sup>108</sup>; y a algunos, en los que el vientre está más duro, jarabe de infusiones de rosas pérsicas<sup>109</sup>; las cuales, como anoté en mi *Método*<sup>110</sup>, no creo que fuesen conocidas por Galeno ni por Avicena; pues pienso que lo que dijo Avicena sobre las rosas pérsicas debe entenderse de la flor del árbol pérsico. Hablando Avicena sobre las rosas, en el capítulo propio<sup>111</sup>, no hace ninguna memoria de las que nosotros llamamos pérsicas o alejandrinas<sup>112</sup>; sea esto dicho de paso.

[Flebotomía]

Si no hay crudeza del vientre y se advierte plétora, siempre que las fuerzas y otras circunstancias lo permitan, se debe abrir la vena, como advierte Aecio en el capítulo antedicho<sup>113</sup>. Sin embargo, hay médicos que en esta enfermedad rehúsan la emisión de sangre, especialmente, si ya aparecieron las pústulas. Se han persuadido a sí mismos de que la sangría revoca los humores desde el exterior hasta las partes internas; y por ello, en estas fiebres y en las que aparecen variolas, vetan la sangría. Pero esta opinión es absurda. Ya que, si hay gran plenitud, las venas internas no se ven obligadas a atraer la sangre desde las externas como consecuencia de la sangría. En efecto, si ellas están hinchadas, ¿qué necesidad impele a las venas internas para que atraigan desde las externas? Por el contrario, puesto que las venas externas se vaciarán primero que las internas, mejor se dispondrán aquellas a atraer que las internas. Pues si esa razón tuviera algún valor, apenas sería lícito abrir la vena en algunos géneros de fiebres con inflamación interna, y no sería lícito hacerlo [10v] en el carbúnculo ni en la sarna. Galeno, en el comentario segundo al libro sexto de las *Epidemias*<sup>114</sup>, al tratar de las pústulas que le ocurrieron a Simón, advierte que, antes de intentar curar las pústulas con cataplasmas, primero se vacíe el cuerpo con la venisección o la purga. El habla de otras pústulas, pero este consejo también es útil para éstas.

Por otra parte, si no hay plétora, no hay por qué abrir la vena, salvo que con la sangría quieras prevenir una corrupción mayor. En verdad, hemos explicado abundantemente en el libro de las *Anotaciones*<sup>115</sup> cuánto se equivocan los que pretenden que Galeno quiso decir, en el undécimo libro del *Método*<sup>116</sup>: que se debe abrir la vena en todo género de fiebres humorales. Pues cuando este autor, en el capítulo 9º<sup>117</sup>, se propone explicar lo referente a la fiebre sinocal y lo lleva a término, los hombres obstinados osan afirmar que Galeno hablaba de toda fiebre pútrida.

Pero, ¿qué harás de estos hombres excelentes, a los que disgusta cualquier cosa que no haya sido elaborada por ellos? Galeno extraía la sangre con tanta prudencia, que vetaba derramarla en los niños; y, aun en los adolescentes delicados y de piel blanca, lo permitía sobriamente<sup>118</sup>. Ellos en cambio juzgan, intrépidamente, que se debe hundir el escarpelo en cualquier género de fiebre pútrida. Por otra parte, aunque no con Altomari<sup>119</sup> y algunos árabes, debes tener en cuenta que, a veces, con el nombre de «niños», Galeno entiende «adolescentes»; por lo cual, cuando dice en el libro *De la emisión de sangre*<sup>120</sup> que a los niños más pálidos se les debe extraer menos sangre, bajo el nombre de «niños» se ha de entender «adolescentes» [11r], como consta, principalmente, en el texto citado de Galeno y en los *Aforismos*<sup>121</sup>; y también en otros muchos lugares se ve que, con el nombre de «niños», entendió «adolescentes». Pero de estas cosas, trataremos en otra parte.

Por lo demás, así como afirmamos que a Galeno<sup>122</sup> no le place que en la fiebre pútrida siempre se indique la emisión de sangre, así ahora afirmamos que, a partir de sus prescripciones no se deduce que sólo se produzca putrescencia por la cohibición de la transpiración. En el undécimo libro del *Método* decía que esto ocurría en la fiebre sinoco. Pero, ¿cómo podría enseñar que la causa de la putrefacción sea siempre la cohibición de la traspiración, cuando, cualquiera que sea el calor

de lo que se corrompe, ha de ser ventilado? Si aquel languidece y se ve superado por el calor seco, podría producirse putrefacción. De esto ya hemos tratado en las *Anotaciones*<sup>123</sup>.

Pero volvamos a nuestro tema. En efecto, si ves abundancia de sangre, no la derrames una sola vez, sino varias. Y, vertida la sangre, puedes administrar un jarabe que ayude a la cocción; pues no hay por qué guardar cierta ley según la cual los jarabes deberían administrarse muy de mañana. En efecto, Galeno, en cierto género de fiebres, dice que él había administrado, inmediatamente después de la emisión de sangre, mellicrato<sup>124</sup> mezclado con hisopo<sup>125</sup> y orégano<sup>126</sup>. Ciertamente, creemos que, para que los jarabes penetren más profundamente, es útil administrarlos finalizada la emisión de sangre. Por lo cual, si se pretende provocar el sudor, como hemos intentado muchas veces en esta fiebre de la que hablamos, inmediatamente después de la emisión de la sangre han de administrarse sustancias que estimulen el sudor.

[Sobre la cocción de los malos humores.]

Por otra parte, para cocer los humores, deben administrarse [11v] sustancias que se opongan a la naturaleza de los humores. Si la fiebre es ardiente, conviene el jarabe de endivia<sup>127</sup> mezclado con jarabe de vinagre<sup>128</sup>; pero rara vez son muy ardientes estas fiebres, por lo cual conviene mezclar algo que atenúe y corte el espesor de los humores. Sobre todo, si los que padecen la fiebre son pituitosos o ancianos, en lugar de los jarabes puedes administrar medicamentos o cocciones de las que se preparan los jarabes. Pues, si fue costumbre para muchos preparar jarabes, también lo fue que procurasen preparar mejor los humores con la misma hierba o el mismo fruto del cual se confecciona el jarabe; pero como estas cosas no siempre están a mano, confeccionaban sus jarabes. Pero no todos los jugos cocidos con miel alcanzan la vejez, sino sólo aquel que es de membrillo<sup>129</sup> y que es de yerba lanaria<sup>130</sup>, según señala Galeno, en el séptimo libro del *De las facultades de los medicamentos simples*<sup>131</sup>.

Por otra parte está la negligencia de muchos, que piensan que nada sirve para eliminar las enfermedades, sino lo que se saca de las oficinas de farmacia. Pero, en verdad, para el estómago enfermo por la frialdad, hace más un buen vino mezclado con cinamomo<sup>132</sup> que el jarabe de menta<sup>133</sup>, cosa ésta muy recomendada por aquellos. En efecto, Galeno curó al emperador Marco, que padecía de crudeza del estómago, con vino salpicado con pimienta<sup>134</sup>, como él mismo dice en el libro *De la presciencia*<sup>135</sup>. Si con tres cariofiladas<sup>136</sup> tragadas se socorre al estómago enfermo por la frialdad, ¿para qué quieres rosas aromáticas?

Pero volvamos a lo establecido. Hay, en efecto, médicos que, sin observar ningún método, administran jarabes astringentes [12r] en la enfermedad de la que hablamos: de granada ácida<sup>137</sup>, o de zumo de uva verde<sup>138</sup>, o de oxálide<sup>139</sup>. Realmente, estos jarabes, si hay mucha inflamación, dañan obstruyendo las vías y acumulando los humores. Si Hipócrates<sup>140</sup> temía al agua porque se demora en el paso, ¿cómo no se han de temer las cocciones que enfrían mucho, las cuales apenas pueden penetrar hasta el lugar donde han de cocerse los humores y obturan mucho las vías? Tal vez fue esto lo que movió a Hipócrates para que administrase vino a los febricitantes. Y no verás en Galeno<sup>141</sup> que haya prescrito a los febricitantes cocciones que enfrían mucho; pues él, a los afectados por una fiebre aguda, les administraba mulsa aguada<sup>142</sup> y oximiel<sup>143</sup>; y, audazmente, en otras fiebres, administró cocciones cálidas. Por lo cual, si esto era lícito para aquel [Galeno], será lícito para nosotros el que atacemos a los que están enfermos por la voracidad de los humores crasos emergentes.

[Escarificaciones de la piel y ventosas.]

Por otra parte, con frecuencia, en lugar de la sección de la vena utilizamos las escarificaciones; se necesita menos fuerza para esto que para la sangría, ya que no se debilitan tanto las fuerzas con la sangre extraída por la escarificación como por la sección de la vena. Sin embargo, hay algunos médicos que piensan lo contrario, pues dicen, en efecto, que, puesto que la sangre que se extrae por escarificación es más semejante a la naturaleza de los miembros que la que se extrae por la sangría, habían de debilitarse más las fuerzas en la parte escarificada. Pero yerran completamente, pues no hay tanta cantidad de espíritus [12v] en las exiguas venas de la carne que se escarifica, como la hay en las venas grandes; ni aquellas venas capilares gobiernan el conjunto de nuestro cuerpo, como lo hacen las venas mayores.

Por otra parte, como la sangre, en la parte que se escarifica, es más parecida a la naturaleza de los miembros, resulta que aquella parte que se escarifica se debilita más que si se extrajese sangre del brazo; pero no por ello ocurre que las fuerzas de todo el cuerpo contraigan mayor debilidad. Por lo cual, con justa razón, se acepta que a las niñas se les extrae sangre por escarificación y no por flebotomía. Alude esto a una sentencia de Galeno, el cual en el libro *Sobre la emisión de la sangre*<sup>144</sup>, manda extraer la sangre de las mujeres de piel más blanca por escarificación y de las morenas por sección de la vena. Y lo razona diciendo que éstas tienen la sangre gruesa y aquellas más tenue. Las más blancas tienen menos fuerza que las morenas; y cuando la sangre no está bien cocida, como ocurre en las más blancas, se produce más daño abriendo una gran vena que con la escarificación. De estas cosas que hemos dicho se hace solidario Aecio, quien, en el discurso tercero de la

primera parte, en el capítulo 21<sup>o</sup><sup>145</sup>, después de haber narrado las desventajas de la flebotomía, alaba la escarificación como menos perjudicial.

De todas estas consideraciones queda claro que, como los niños tienen la sangre más tenue, cuando se les deba extraer sangre es mejor hacerlo por escarificación que por sección de la vena. Ciertamente, al oír estas razones, no has de entender [13r] que yo sostenga que Galeno mandara extraer sangre a los niños de algún modo. Como dije en el *Método*<sup>146</sup>, él nunca quiso que se les extrajese sangre a los niños; en lo cual, como allí dije, no se le debe seguir.

De todo lo que hemos dicho, queda claro que es cosa de risa la sentencia de Andrés Laguna<sup>147</sup>, cuando dice que son dignos de mofa los médicos que escarifican a los niños en las piernas.

Por otra parte, nos hemos entretenido mucho exponiendo cuán útil es muchas veces el aplicar ventosas y escarificar; pero no será tiempo perdido, si consideras cuán acostumbrado remedio es el de aplicar ventosas en el morbo pustulado. Algunos aplican treinta o cuarenta ventosas en un enfermo. Compite el vidrio con la perla<sup>148</sup> y llegan a faltar ventosas vítreas. Es tan frecuente el uso de éstas, que había un antiguo proverbio: «No sabe leer ni tiene discernimiento», sin embargo ahora, darás de éstas al que haya sido afectado por el mal dicho, hasta que con tantas ventosas no sepa por el entendimiento<sup>149</sup>.

Son útiles las ventosas, pero a su tiempo. En primer lugar, el médico debe considerar que, si hay crudeza en el vientre, será perjudicial el aplicar ventosas, porque atraen los humores desde el vientre hacia los vasos. En segundo lugar, conviene que considere que, si hay gran plenitud en las venas internas, éstas apenas pueden ser evacuadas por la escarificación de la piel; y que, donde hay tanta carga, no solo se atraen humores de la parte noble a la parte innoble, sino de la menos noble a la noble. Pues, más bien, los humores que se atraen desde el vientre, se detienen a mitad de camino, puesto que la ventosa no puede atraer desde la parte alejada. [13v] Ni debe tener el médico por norma que, en cualquier tiempo, se pueda acometer la atracción hacia el exterior.

[Medicamentos purgantes.]

La naturaleza debe ser imitada en aquellas cosas que realiza rectamente; sin embargo, cuando desde el inicio aparecen pústulas -lo cual ocurre por la irritación de la naturaleza-, entonces no hay por qué imitarla. Muchas veces, también, cuando aparecen las pústulas, la naturaleza provoca flujo del vientre u otra evacuación, en cuyo tiempo las ventosas serían dañinas. Por consiguiente, se deben aplicar la mayor parte de las ventosas, una vez vaciada la plétora por flebotomía. Y, si existe crudeza en el estómago, hay que aliviar primero el vientre con casia<sup>150</sup> o maná<sup>151</sup> y, algunas veces, con jarabe rosáceo de infusiones<sup>152</sup>.

Ahora bien, si vieses que los humores se inflaman, lo cual se conoce porque fluctúan de acá para allá, y porque en el inicio mismo, incitan al vómito, muerden el vientre y, al mismo tiempo, dirigen la cabeza hacia las cosas externas que se mueven, administrarás desde el principio medicamentos purgantes; lo cual debe hacerse en la fiebre pestilente, como hemos dicho en el *Método*<sup>153</sup> y en *Sobre el arte curativa*<sup>154</sup> contra Fuchs<sup>155</sup>.

Si los humores no están aumentados, no hay que dar ningún medicamento que purgue fuertemente, hasta que remita la fiebre. Esto advirtió Hipócrates cuando dijo que se debe mantener en estado de silencio; lo cual confirmó cuando dijo, en el libro *Sobre los medicamentos purgantes*<sup>156</sup>, que no se administre un medicamento purgante hasta que remita la fiebre.

Hablo de medicamento fuerte, pues la casia o el maná y los tamarindos<sup>157</sup> los puedes administrar aunque la fiebre sea ardiente. Y no des crédito a los que dicen que la casia y el maná dañan en las fiebres [14r] porque calientan y secan; ya que deponiendo la bilis, enfrían. Puedes mezclar con dicho medicamento una cocción fría. Advierte, pues, cuánto se ciegan los médicos que claman que se debe cuidar siempre de la atracción de los humores hacia las partes externas y por ello aplican muchas veces ventosas; ya que éstos mismos administran jarabes astringentes. Pues, si en su intención entra el enviar los humores hacia el exterior, deberían administrar jarabes o cocciones que produjeran esto. Por tanto, antes de evacuar el vientre y extraer la sangre, sería útil aplicar ventosas, para las cuales, si quieres que se produzca una atracción mayor, escarificarás la piel. Pero se debe producir esta atracción antes en las piernas y nalgas que en los hombros, no sea que atraigas humores desde las partes extremas hasta el pecho. En cuyo tiempo, ya que por estas ayudas intentas atraer humores hacia el exterior, hay que administrar por boca cocciones que ayuden al movimiento de la naturaleza.

[Fricciones.]

Por otra parte, algunos mandan fricciones en lugar de ventosas; pero, si se practican cerca del pecho y de la espalda, no parecen totalmente seguras, si no es en la evolución; porque, si las fricciones son leves, apenas atraen algo, si son fuertes, irritan el cuerpo y, agitando así los humores, perturban su cocción. Con los humores así agitados se produce una evaporación hacia la cabeza. Pero algunos se fían tanto de estas fricciones, que las mandan desde el primer día; siendo así que, existiendo mucha plenitud o habiendo mucha carga en las vísceras, no pueden dejar de dañar. Reducida la plenitud y preevacuado el

vientre, para atraer no ayudarán menos las ventosas y las fricciones que el azotar las piernas y, a veces, los hombros, con ortigas<sup>158</sup>. [14v] Se produce mayor atracción por el dolor que causan las ortigas y se crea mayor evaporación, porque ellas producen ulceritas.

Por otra parte, debe subrayarse que muchos de aquellos que mandan fricciones ordenan que sean hechas con un paño rojo, a los cuales parece favorecer Galeno en el comentario al libro *Sobre los humores* de Hipócrates; en el texto 27<sup>159</sup>. Dice que el color rojo parece provocar la sangre, ya que todo humor se depura por la aplicación de los semejantes, y que la piel se acostumbra a los contrarios empleados dentro del cuerpo. Estas cosas dice el autor, pero no me parece que tengan el sabor de la erudición de Galeno. ¿Cómo puede el color atraer por sí mismo? Si la atracción se produjese por razón del color, la ingesta de sándalos rojos<sup>160</sup> evacuaría sangre, el azafrán<sup>161</sup> evacuaría bilis. Si afirmase este autor que, viendo cosas rojas y fijándose en ellas, a causa de la imaginación, se llevaría la sangre hacia el exterior, o que viendo azafrán sacaría la bilis fuera, se podría tolerar; pero no cabe admitir que el color atraiga de por sí. Por lo cual, es vano pensar que con un paño rojo se produzca mayor atracción que con cualquier lienzo áspero. Porque, si piensas que con un paño rojo se produce mayor atracción por el hecho de que enrojece más la piel, considera que el color del paño podría cambiar el color de la piel. Por otra parte, y dado que las pústulas no son siempre rojas, si atiendes al color, según sea el color de las pústulas debería ser el color del paño con el que se haga la fricción; por lo cual, en la fiebre biliosa debería hacerse la fricción con un paño blanquecino.

Hay también un abuso en las fricciones, ya que se frota, principalmente, [15r] la espalda y el pecho, por cuya succión atraen los humores desde los pies hacia arriba. Si se ha de hacer uso de la fricción, debe hacerse principalmente en los brazos y en las piernas. Pero, como he dicho, algunos solo aplican fricciones en la espalda, al tiempo que, para apaciguar la fiebre, aplican lociones de cocciones frías en las piernas. Ve cuánto confunden su método: juzgan que toda la fuerza curativa consiste en la atracción de los humores hacia el exterior, enfrían las piernas y calientan el pecho, de modo que todo el flujo de los humores se produzca hacia el pecho.

[Baños, sudoríficos y epitemas.]

Por otra parte, se debe investigar si en este mal convienen los baños calientes. En efecto, a partir de lo que hemos dicho se hace evidente la respuesta: que en el principio, donde hay plenitud y crudeza de los humores, no convienen. Pero, cuando aparecen los signos de cocción, si el médico considera que la naturaleza está intentando la evacuación hacia el exterior, sin acabar de lograrlo, hará una obra de meritoria si procura ayudarla de cualquier modo. Administrará entonces, por el interior, sustancias que provoquen sudor; y no servirá para ello empapar las espaldas, las piernas y los brazos con una cocción de caricas, camomila y semillas de eneldo.

Aecio<sup>162</sup> ordenó que se aplicara aceite en el que se hubiese disuelto nitro<sup>163</sup>, si había fiebre ardiente; pero el temor es si no agravará la fiebre la ruda<sup>164</sup> cálida. Y el mismo Aecio<sup>165</sup> parece contradecirse cuando, en el capítulo sobre las pústulas pestilentes, tantas veces citado, manda administrar cerusa con rosáceo<sup>166</sup>. Por lo demás, para provocar el sudor, otros alaban mucho el paño empapado [15v] en una cocción de virutas de nogal, que llaman «iulos»<sup>167</sup>. Dicen que este decocto provoca el sudor admirablemente, por lo que algunos lo usan contra la pleuritis. Rondoletto alabó esta ayuda en su *Práctica*<sup>168</sup>, lo cual, creo yo, no se debe desechar cuando no hay gran plenitud; pues si la hubiera, habría peligro de que no incidiesen estos médicos en los daños que a partir de las cataplasmas fueron señalados por Hipócrates y Galeno<sup>169</sup>. De pasada, quiero advertir lo que Rondoletto<sup>170</sup> añade sobre la razón de que las limaduras del colmillo de jabalí ayuden contra la pleuritis, es porque astringen, ya que aparentemente cohiben el flujo de los humores; pero, si por ésta sola razón ayuda el colmillo de jabalí, debería ayudar cualquier sustancia que astringa. Pero vuelva nuestro discurso allí donde se torció.

Para provocar el sudor, entre otros, actúa admirablemente el agua destilada de amapola roja<sup>171</sup> o su cocción, al cual puedes mezclar óptimamente dictamo.<sup>172</sup> Es excelente un poco de decocto de carrizo<sup>173</sup> y semillas de heno<sup>174</sup>. Otros tienen por costumbre administrar raíces de la hierba que llaman escorzonerá<sup>175</sup>. Esta hierba es fría y, si no presentase una cualidad oculta para el corazón, pienso que no se debería valorar más que nuestra achicoria<sup>176</sup>, la cual, si hubiese tenido tantos pregoneros como la hierba predicha, no dudo que hubiese adquirido el mismo renombre. Hace la fortuna famosas las hierbas, como también hace ilustres a los médicos indoctos, a esos que hallan gracia entre los grandes más generosos.

Por otra parte, muchos dudan si deben aplicarse emplastos fríos para el corazón. Hay quienes [16r] se oponen con uñas y dientes a que se haga esto, en cualquier circunstancia, para atraer los humores hacia afuera. Pero, como para evitar el secuestro de los humores en la cabeza, aplican medicamentos fríos en la frente y parte anterior de la cabeza, ellos mismos se contradicen. Hasta tal punto creen que la naturaleza es capaz de enviar humores hacia la región del corazón -que apenas es como la palma de una mano-, que piensan que aplicando sustancias frías en este lugar, se logra tan gran efecto. No digo yo estas cosas porque haya curado mucho a partir de los emplastos cordiales -en los cuales, por cierto, tengo poca fe-, sino para que entiendas cuan escrupulosa es la vacilación de muchos médicos y cómo doy poca fe a los emplastos que llaman cordiales, así cómo a sus electuarios así llamados también, los cuales nunca administraron los médicos antiguos, ni les llamaron

medicamentos cordiales. Era costumbre, entre ellos, llamar «boca del corazón» a la boca del estómago; y para esta víscera, prescribieron algunos medicamentos astringentes. Los médicos posteriores, engañados por el nombre, llamaron «cordiales» a los medicamentos que propiamente deberían llamar «estomáquicos». Pero, en realidad, a los que ahora se usan, no se les debe llamar «estomáquicos», sino «enriquecedores». Mira el electuario de piedras preciosas, el cual tiene oro y plata, gemas y perlas, cosas todas que, ciertamente, enriquecen al hombre. En otros electuarios verás seda, la cual es tela preciosa de los ricos. Pensaron, sin duda, con gran delirio, que todo lo que tuviera gran precio, serviría para el corazón.

Como no son susceptibles de cocción las piedras y los metales, [16v] no sé como iban a resarcir la falta de alimento; y, puesto que atienden al precio, mejor sería que administrasen diamante, el cual es un gran veneno, según afirman los médicos. Y la esmeralda no está fuera de sus escrúpulos, cuando afirman, los que escribieron las historias de las Indias, que aquella que de allí se trajo es un veneno corrosivo. Vean pues, quienes confeccionan la triaca de esmeraldas<sup>177</sup> contra el mal comicial, no vayan a administrar a los niños veneno como remedio; pues aunque traigan la esmeralda de la región oriental, estimo que aportará poco fruto a los epilépticos. Esta enfermedad es en su mayor parte fría, ¿qué va a hacer una piedra fría, que por su terrestre sustancia, no puede dejar de hacer daño en el tierno estómago de un niño? Pero, cuando no pueden salir por otra vía, escapan hacia las cualidades ocultas. A causa de ésto, dicen que el cráneo humano ayuda a los epilépticos. Pero en este fármaco y en otros de tal naturaleza, los médicos se dejan conducir más por una conjetura falaz que por la razón filosófica.

[Partes animales.]

Por conjetura alabaron el hígado de lobo para el hígado humano, porque veían que, entre los animales, el lobo es voracísimo y digiere muy eficazmente; de donde inferían que tenía un hígado muy fuerte, a causa de lo cual, lo alababan para la debilidad del hígado humano. Por otra parte, puesto que la zorra puede vivir mucho tiempo sin respiración aparente, juzgaban que el pulmón de ésta era sumamente sano. Recomendaron, para la debilidad gástrica [17r], el estómago de gallina y el de camello, porque éste vence las cosas duras y aquel las innobles. Pero todas estas son conjeturas vacías. Si alaban el cráneo humano, porque creen que la epilepsia sólo ataca al hombre, alaben el cerebro del hombre y no el cráneo, porque la epilepsia es una afección del cerebro y no del cráneo. Si por la causa dicha alaban el hígado de lobo, alaben también el hígado de león. Si, por el hecho de que la zorra vive sin respiración aparente, alaban su pulmón, alaben también su diafragma. Y, así como alaban el estómago de la gallina, alaben el de la paloma, que digiere más eficazmente que aquel. De esta conjetura también se sigue que, contra la esterilidad, deberían alabar el cuajo de la liebre, porque la liebre es un animal muy fecundo. Y alabaron el hueso o el cartílago del corazón del ciervo, porque el ciervo vence a las serpientes; pero si esta conjetura fuera válida, deberían alabar todo el corazón. De tal conjetura también se sigue que alaben, para las enfermedades de los ojos, el jugo del celidonio<sup>178</sup> y el hinojo<sup>179</sup>: aquel por que lo vieron en los nidos de las golondrinas, éste porque vieron que las serpientes se frotaban con hinojo los ojos. Pero la serpiente hace esto, no buscando una cualidad secreta en el hinojo, sino para limpiarse. El celidonio es, en verdad, alimento de las golondrinas, ¿por qué admirarse de que se encuentre en sus nidos? Dichas sean estas cosas de paso.

[Fármacos de alto precio.]

Por otra parte, algunos juzgan que es gran remedio de este mal el cuerno del unicornio y la piedra Bezaar, porque creen que estas cosas se oponen máximamente al veneno. Por esta razón, piensan que corrigen máximamente las enfermedades nacidas de los humores venenosos, [17v] de cuyo número creen es la enfermedad de la que hablamos. Ahora bien, sobre el cuerno del unicornio, sólo encuentro a Aeliano<sup>180</sup> que lo alabe contra el veneno. Dice que existen ciertos caballos que tienen un solo cuerno, del cual se cuenta que tiene gran fuerza contra el veneno. Pero, como aparte de estos caballos, existen unos bueyes unicornes en Etiopía, los médicos que tanto aprecian este cuerno deberían haber explicado de qué animal se debe tomar el cuerno. ¡Ojala que lo hubiesen explicado, para que en una cosa tan importante no peligrase toda la medicina! Pero veo que Plinio<sup>181</sup> no es firme, ya dice que sólo el asno índico es unicornes, ya escribe que en Etiopía hay bueyes unicornes. San Ambrosio dice en el *Exameron*<sup>182</sup> que el animal unicornes no se encuentra dentro de las generaciones de los animales. Sea de ello lo que sea, contra el veneno corrosivo, yo alabaría mejor el aceite o la leche, que no cosa de tanto precio; la cual apenas si se encuentra en los palacios de los príncipes.

Sobre la piedra Bezaar, la controversia no es menor. Algunos dicen que se encuentra en los riñones de cierto animal, otros afirman que el jugo de ciertas hierbas se petrifica en el estómago. A pesar de esto, sinceramente declaro que, si ciertamente se halla dicha piedra en las vísceras de algunos animales, es incierto que se encuentre siempre; más bien creo que se encontraría excepcionalmente. Pues las cosas que nacen contra la naturaleza en el animal, [18r] cuya estructura y alimento tan prudentemente prevé la naturaleza, rara vez se suelen encontrar.

La medicina importada del mar Rojo, como dijo Plinio<sup>183</sup>, se alimenta con los remedios más pobres. ¡Cuantos frascos hay en una oficina bien equipada, cuya función podrían suplir el agua, el vino, el aceite y la miel, el vinagre y algún medicamento purgante! Pero de estas cosas, diré mucho más en otro lugar.

Me asqueo, ciertamente, y también me avergüenzo, cuando considero que existen tantas imposturas en este arte preclaro: los mismos que fingen que el azafrán<sup>184</sup> es cordial, hacen cordial a la violeta<sup>185</sup>, de la cual dijo Simeon Seth<sup>186</sup> que daña al corazón, y afirman que la albahaca<sup>187</sup> es útil para el corazón. Pero de las ficciones de éstos y de la mezcla escrupulosa de medicamentos y del peso escrupuloso, hemos dicho muchas cosas en *Sobre el arte curativa*<sup>188</sup>, contra Messue<sup>189</sup> y Nicolás<sup>190</sup>. Éstos ponen en sus *Antidotarios*: cinamomo<sup>191</sup> o azafrán<sup>192</sup>, dos escrúpulos menos dos granos, y mezclan jugo de puerro<sup>193</sup> con mosto, y el cuerno derecho de una cabra, y perlas perforadas y no perforadas, y un dracma de carne de león y vientre de mergo<sup>194</sup> y de *pultris*<sup>195</sup>. En *Sobre el arte curativa* censurábamos también a aquellos que, sin una purga previa, no se atreven a aplicar un medicamento tópico, contra los cuales argumentó Galeno en el primer y segundo libro del *De los locales*<sup>196</sup>, de lo cual dijimos allí muchas cosas<sup>197</sup>.

Ahora se tiene por un gran antídoto de esta enfermedad la tierra sellada<sup>198</sup>, de la cual dicen que se nos trae la más escogida. Ciertamente, si se ha de creer a Galeno, este medicamento puede hacer muchas cosas; como el bolo arménico<sup>199</sup>, cuyo poder dice que es tal que en cierta peste de la que hace memoria [18v] en el libro octavo del *Sobre las facultades de los medicamentos simples*<sup>200</sup>, cuantos bebieron este medicamento se curaron rápidamente, mientras que, por el contrario, según dice, a los que no les aprovechó, todos murieron. De donde concluye que eran incurables. Ciertamente, es este un gran encomio del medicamento, pero no se cómo podía conocer Galeno que la salud en aquellos que curaban provenía de la tierra y que los que ella no curaba no admitían ninguna otra acción. Como todas las cosas envejecen y se debilitan, se ve que nosotros no experimentamos ahora tanta eficacia.

Ahora también se tiene por gran secreto cierto óleo, traído desde Florencia, con el que dicen se deben ungir las palmas y las plantas de los pies, y también las muñecas y la región que está junto al corazón. Ciertamente creo que se trata del óleo que contra los venenos describe Mathiolo de Siena<sup>201</sup>; pero, en verdad, éste es demasiado cálido, por lo cual, si se trata de una fiebre ardiente, se debería atemperar con algún medicamento frío.

Pero a falta de este aceite, será útil el aceite de escorpiones<sup>202</sup> en el que se hubiese echado cardo bendito<sup>203</sup>, dictamo<sup>204</sup> y escorzonera<sup>205</sup>. Pues si, para atraer los humores desde el interior hacia el exterior en la fiebre ardiente, Aecio<sup>206</sup> alaba el aceite o el agua, en la que se hubiese vertido nitro, no se debe negar que para procurar una acción similar ha de ser útil el óleo predicho. Añade el hecho de que, por cierta antipatía, se opone al veneno.

Dudaban algunos si convenía la triaca<sup>207</sup> en esta enfermedad. [19r] En efecto, tal medicamento es más cálido que lo que conviene a esta fiebre. Por lo cual, para que se deba administrar, creemos que la fiebre ha de ser tenue y la triaca se ha de atemperar con alguna poción fría. De este modo entendemos que los antiguos dijese que la triaca debe ser bebida sola. Lo cual toma Victori<sup>208</sup> de Marco Varron<sup>209</sup>. Pero Galeno, en el libro *De la triaca a Pisón*<sup>210</sup>, dice que la triaca es un antídoto y se bebe, porque entiende que, aunque se prepare en forma sólida, se puede mezclar con algún líquido, por el cual aquella se haga potable.

Hay algunos médicos que, para prevenir estas fiebres y aquellas otras que son pestilentes en verano, mandan poner arsénico en la zona que está junto al corazón; dicen que no solo se debe aplicar en los enfermos, sino también en los sanos. Se mueven por esta razón: porque el arsénico, por cierta similitud de sustancia, atraerá hacia sí los vapores venenosos. Pero se les puede oponer que, si el arsénico tiene esta fuerza, atraerá hacia el corazón dichos vapores desde todo el cuerpo. Pero has de advertir que, si por los poros se atraen los vapores que están en el corazón, ¿qué impide que los vapores del arsénico penetren hacia el corazón y lo dañen? Ciertamente, si el arsénico debiera ayudar por razón de la atracción, sería más saludable aplicar ventosas en la zona que está junto al corazón y escarificar esta parte. Pues el arsénico, aparte de la venenosidad que puede comunicar, provocará un gran ardor del corazón.

Por otra parte, remisa ya la fiebre -lo cual suele ocurrir pasado el decimocuarto día-, si no se hubiese producido flujo del vientre, se debe administrar un medicamento purgante, el cual evacúe [19v] los humores biliosos, y también los espesos. Pues, del hecho de que las máculas no aumenten de volumen, se deduce que los humores no son muy biliosos ni pruriginosos. Son útiles el rababardo<sup>211</sup> con jarabe de infusión de rosas<sup>212</sup> y el agárico<sup>213</sup> con el electuario de rosas de Mesue<sup>214</sup>. Aunque, si los humores son demasiado ardientes, es útil el antídoto de Amec<sup>215</sup>. Algunos tienen por cosa misteriosa el mezclar la triaca con medicamentos purgantes. Pero éstos yerran totalmente, ya que la triaca, si es óptima, asume las fuerzas de los medicamentos, como dijo Galeno en el libro *De la triaca a Pisón*<sup>216</sup>.

Hecha la purga, para corregir el calor que suele permanecer en los miembros, administrarás una tisana y, para que se produzca eliminación de los humores por la orina, mezclarás raíz de apio<sup>217</sup> con semillas frías. Para lo mismo es útil un cocimiento de achicoria<sup>218</sup>, endivia<sup>219</sup> y escorzonera<sup>220</sup>, y flores de borraja<sup>221</sup> y de buglosa<sup>222</sup>, con apio y semillas frías. No hay que esforzarse mucho en enfriar el hígado con unguentos fríos, porque, como se ha dicho, esta fiebre no es muy ardiente; y también para que no se produzca revocación desde el exterior hacia el interior. Pero el unguento de rosas<sup>223</sup> enfría

poco, hasta tal punto que, cuando intento refrigerar en las fiebres ardientes, elijo antes jugos fríos que aquel de sándalo<sup>224</sup> y alcanfor<sup>225</sup>, los cuales son de potencia cálida, por lo que no sirven para esto.

[Tratamiento de los síntomas. Dolor de cabeza.]

Hay que adelantarse a la aparición de los síntomas. Si los humores acuden a la cabeza, produciendo dolor, delirio o insomnio, se deben aplicar a la cabeza sustancias que impidan el aflujo de los humores: es útil el oxirodino<sup>226</sup>. Para el dolor de cabeza nacido en la fiebre, Galeno, en el libro segundo del *De los medicamentos locales*<sup>227</sup>, manda, [20r] en las naturalezas más frías, ungir la frente de cipo<sup>228</sup>; en las más calientes, de azafrán<sup>229</sup>. Éstas son útiles para despejar la cabeza; pero, por su fragante olor, suelen hartar, hasta tal punto que el mismo Galeno dice, en el tercer libro del *De los lugares enfermos*<sup>230</sup>, que el olor del cipo produce dolor. Con todo, es verdad lo que dice que hace este aroma, pues así puede hartar más la cabeza que aplicado en ella. Lo cual, si hubiese sido considerado por Mercuriale<sup>231</sup>, no habría dudado de los dichos de Galeno.

Galeno alaba mucho al gusano llamados «aselo»<sup>232</sup>. Juan Cornario<sup>233</sup> dice que se trata del milpiés, en lo cual existen dudas, ya que el milpiés es un gusano piloso, y según el autor, Plinio<sup>234</sup>, el «aselo» no tiene ninguno pelo. Aurelianus<sup>235</sup> por «aselo» no entiende un gusano, sino cierta avecilla.

[Tratamiento de los síntomas. Vigilia y sueño.]

Por otra parte, si el insomnio molesta mucho, se debe mezclar jugo de lechuga, o cocción de adormidera, o unguento de álamo<sup>236</sup>, y hay que frotar la frente y las sienas. Con lo cual, si se aplica correctamente, se concilia el sueño admirablemente. Pero, cuando hay un gran aflujo hacia la cabeza, no sólo se deben aplicar en la frente y en la parte anterior de la cabeza, sino también en el cuello, para que cohiban el aflujo.

En efecto, el aflujo se produce desde todo el cuerpo hacia la cabeza: y, para consumirlo y evacuarlo, son útiles los clisteres. Sin embargo, Aecio<sup>237</sup>, hablando de los clisteres en las fiebres ardientes y en las que tienen raptos ascendentes, dice que el uso de clisteres es nocivo. Tal vez temía que las infusiones cálidas movieran hacia la parte superior a las sustancias que se encuentren abajo, de donde se produciría una evaporación hacia la cabeza; lo cual no ocurre así si se administra el medicamento por la boca, con lo que queda por encima de las sustancias que están en los intestinos, por lo cual la evaporación y el movimiento se hace hacia el ano. Pero, en la purga de los intestinos, se consigue una utilidad mayor con los clisteres que con aquella evaporación; por lo que si temes a ésta, [20v] administrarás casia<sup>238</sup> o algún lenitivo que vuelva al vientre suelto.

Si el sueño veja a los enfermos, aplicarás a su cabeza vinagre en el que se haya cocido ajedrea<sup>239</sup> u orégano<sup>240</sup> y mandarás fricciones en las piernas. Las ventosas aplicadas en la espalda son útiles tanto para quien le ataca el sueño como para el insomnio; pero actúan mejor aplicadas en el espinazo a lo largo de la columna, puesto que, por el camino más practicable, atraen mejor los humores inductores del sueño y también los que producen delirio y vigiliias, a no ser que temas las reacciones de los nervios.

Si persevera la enfermedad, debe abrirse la vena de la frente y, alguna vez, se puede escarificar toda la cabeza y aplicar sanguijuelas o alguna cosa que atraiga del interior hacia el exterior. Pues muchas veces en los padecimientos de la cabeza se comete un gran error aplicando cosas intensamente frías que, desde la parte externa de la cabeza y desde las membranas, introducen los humores en medio del cerebro.

[Tratamiento de los síntomas. Anorexia.]

Entre los síntomas que suelen ocurrir frecuentemente en estas fiebres, está la inapetencia; la cual en algunos proviene de los humores aglutinados en la boca del estómago; en otros de la propia malignidad de los humores que abaten el sentido, lo cual es lo más frecuente. Aún más, en muchos, cuando la fiebre es ardiente, ocurre a partir de la inflamación que se produce en las partes que están junto a la boca del estómago. Ciertamente, esta parte suele secarse e indurarse tanto que los enfermos no quieren beber, aunque se abrasen. La discrasia inmoderada hace decaer la función en todo el estómago. Yo, muchas veces, quería obligar a algunos a que bebiesen abundantemente, [21r] pero se saciaban con muy poca bebida. Muchas veces también, se les suele ulcerar la garganta hasta la boca del estómago y sienten daño con la bebida fría, por lo cual la rehuyen.

Si la inapetencia del alimento nace de los humores viscosos aglutinados de la boca del estómago, es útil administrar oximiel<sup>241</sup>; también ayuda el jarabe de vinagre<sup>242</sup> mezclado con miel de rosas<sup>243</sup>. Si la inapetencia nace de la corrupción de los humores que altera el sentido, se deben ofrecer sustancias que limpien el estómago; lo cual hace la tisana o la cocción de cebada<sup>244</sup> mezclada con azúcar moreno. A la mala cualidad se oponen las sustancias que desecan y penetran con cierta acidez,

como el jugo de naranja<sup>245</sup> o de limón<sup>246</sup>, el cual es útil también, por el hecho de que excita el sentido. Si el hastío del alimento proviene de la sequedad y, por así decirlo, de la induración de la boca del estómago, las cosas frías, en la medida en que endurecen, dañan. Es útil administrar a éstos sustancias que ablanden y relajen, como el agua tibia y la leche de burra tibia, o el suero con agua más bien tibia pues, si en otros suele hacer caer la apetencia, en éstos la suele procurar. Por experiencia he aprendido que la gran sequedad de la lengua se corrige mucho mejor lavando la boca con agua tibia que con fría. En verdad, en toda inapetencia de alimento, si ves que abunda el humor en el estómago, administrarás sustancias que fácilmente expulsen este humor; pero, por fuera, se aplicarán ungüentos que se opongan a la causa de donde nazca la inapetencia. Si la boca del estómago está laxa y la ocupan humores viscosos, es útil el aceite de nardos<sup>247</sup> mezclado con vinagre de escila<sup>248</sup> con cera<sup>249</sup>; añadirás polvo [21v] de aromático<sup>250</sup>.

Sin embargo, hay quienes aplican las sustancias cálidas a la boca del estómago de una manera tímida, aunque esté fría; porque dicen que una parte del hígado siempre está rodeando la boca del estómago, por lo cual afirman que los ungüentos cálidos, al calentar, dañan al hígado. Pero si temes esto en los enfermos, haz que el paciente se acueste sobre el lado derecho, y así el hígado no tocará la boca del estómago. Pero diga lo que quiera Realdo<sup>251</sup>, al tratar esto; porque vemos por experiencia, en muchos que tienen el estómago frío y el hígado igualmente muy caliente, que les ayuda el aplicar saquitos o ungüentos calientes.

Por otro lado, si el estómago está laxo por el calor, será útil el electuario de sándalo<sup>252</sup> y el de rosas<sup>253</sup> y el de perlas<sup>254</sup>. Muchos, basados en las doctrinas de los árabes, ensalzan el coral admirablemente. Creen que ayuda a la debilidad del estómago por una cualidad arcana. Pero lo que ellos dicen del coral<sup>255</sup>, lo dicen los autores griegos del jaspe<sup>256</sup>, como escribí en mis *Anotaciones*<sup>257</sup>.

Por otro lado, si tanta es la sequedad introducida en el estómago que desde allí nace la inapetencia del alimento, son útiles los baños tibios; los cuales, ciertamente, yo recomiendo muchísimo en la evolución de estas fiebres y de todas las fiebres humorales. No sé, en verdad, por qué los médicos modernos olvidan este saludable remedio tan alabado por los antiguos; pues, si hay una fiebre ardiente, muchas veces será bueno aplicar un baño en su mismo inicio. En otras fiebres que pecan por el grosor de los humores, es útil el baño cuando aparecen las señales de la cocción. Los médicos son tímidos con los baños de agua tibia y demasiado audaces con las aguas de las termas: [22r] pues en cualquier enfermedad larga, envían a los enfermos a los baños; y ha prevalecido en nuestra región la costumbre de prescribir a los enfermos que beban veinte o treinta fialas<sup>258</sup> de agua del manantial; es decir tanta cantidad cuanta les sea posible ingerir, lo cual es digno de risa. Esto que hacen sin ninguna distinción de edad, complexión y enfermedad, a nadie le puede quedar oculto cuánto yerran en ello. Además de que, bebida el agua, caminan por un lugar descubierto, con lo que les suele surgir sudor, en cuyo momento puede acometerles un viento frío, de donde cambian salud por enfermedad. Pero volvamos al trabajo.

Por otra parte, lo que más fatiga al médico cuando ve al enfermo atormentado por mucha inapetencia es que cualquier cosa que le ofrezca para reparar sus fuerzas le quita el apetito; en efecto, los jugos de carnes y la leche almendras y la yema de huevo, con los cuales se intenta incrementar las fuerzas de los enfermos, son cosas que suelen disminuir el apetito. En todo caso, la inapetencia surge, o de la laxitud del estómago, o de los humores aglutinados en él, o de los nervios que están junto a la boca del estómago con su sensibilidad embotada. Pero, cuando el enfermo no puede alimentarse de otro modo, hagamos lo que podamos si no puede hacerse lo que queremos. Por tanto, mezclaremos jugos y yemas de huevo preparados con vinagre o con un poco de limón, para que estos alimentos sean menos fastidiosos y menos sujetos a la corrupción y exciten más el sentido del estómago. [22v] Las carnes destiladas, como dije en otro lugar, me convencen poco; en efecto, si las destilas, primero se debe extraer la parte más grasa y no dar el aceite al enfermo. Huye del jugo de carne asada una sola vez, porque en su mayor parte permanece acuosa y al entrar en las venas, iría a parar a la vesícula.

Por otra parte, si el enfermo de ningún modo puede recibir alimento por la boca, no sería inapropiado el utilizar clísteres que tuvieran fuerza para alimentar. Hemos probado, a partir de Galeno<sup>259</sup> en el libro de las *Anotaciones*<sup>260</sup>, que si los apósitos puestos en el exterior de ningún modo pueden nutrir, sí que pueden hacerlo los clísteres. Los intestinos tienen fuerza para cocer, aunque esta fuerza no sea tan potente como en el estómago, por lo cual, las cosas que requieren poca cocción, se pueden cocer en los intestinos y, por las venas que parten de ellos, ser llevadas hacia las otras partes del cuerpo.

[Tratamiento de los síntomas. Palpitación del corazón.]

Suelen acaecer palpitaciones del corazón, las cuales se curan al curarse la enfermedad principal de la cual nacen. La mayoría de las veces aparecen palpitaciones a partir del humor flatuoso; pero esa que los médicos llaman «palpitación de corazón», puede presentarse a partir del exceso de sangre o de otro humor corrupto que debilite la capacidad del corazón, por lo cual el corazón vacila en su movimiento. Sobre este movimiento advirtió Galeno en el libro quinto del *De los lugares enfermos*<sup>261</sup>, cuando dijo que algunos a los que invadía la palpitación del corazón, se habían librado por la emisión de sangre; pero es absurdo decir que Galeno seccionó la vena, a causa de la de la gravedad de la palpitación, la cual denominó Altomari<sup>262</sup> «enfermedad fría». Si el corazón estuviera enfermo por la frialdad, la intemperie fría aumentaría por la emisión

de la sangre, [23r] de donde crecería la palpitación. Habla, por tanto, en aquel lugar, del movimiento similar al temblor, al que llama palpitación, pues, propiamente, el corazón no puede temblar. Pero véanse estas cosas en el *Del arte curativa*.<sup>263</sup> He querido añadir esto, porque uno me escribió que se admiraba que yo hubiese escrito en el *Del arte curativa* que la palpitación del corazón puede nacer de una causa cálida.

[Tratamiento de los síntomas. Destilación de cabeza y otros síntomas.]

Por otro lado, en esta fiebre, la cabeza se ve atacada frecuentemente por una destilación, en cuyo momento muchos rehúsan aplicar cosas frías a la cabeza. Juzgan, sin duda, que, en toda destilación fría, es nocivo aplicar a la cabeza sustancias que son fluidas; pero yerran éstos. En efecto, si el humor que acude a la cabeza es cálido y seco, el cual amenaza con delirio y otros malos síntomas, actúa torpemente quien recusa aplicar epitemas fríos a la cabeza. Para la fiebre torturante y la destilación que llega de repente, tan lejos están de perjudicar en la destilación antedicha, que, en su mayor parte, ayudan. Ciertamente, cohiben la destilación cálida, para lo cual Aecio<sup>264</sup> aplica a la cabeza unguento rosaceo<sup>265</sup> y agua fría.

En esta enfermedad suelen aparecer parótidas, esto es, inflamaciones de las glándulas que están junto a las orejas. En éstas no hay que usar medicamentos revulsivos, sino que se debe intentar abocar los humores hacia el exterior, salvo que el humor penetrase con mucho ímpetu; para lo cual sería útil la triaca<sup>266</sup> mezclada con jugo de escabiosa<sup>267</sup>. Es útil el aceite de escorpión<sup>268</sup> mezclado con mitridato<sup>269</sup>. Pero si los humores acuden con gran ímpetu, todo el asunto se debe encomendar a la naturaleza, como se deduce [23v] de lo que dice Galeno en el tercer libro del *De los medicamentos locales*.<sup>270</sup>

Suele ocurrir en esta enfermedad que infesten ciertos gusanos. En efecto, el humor nocivo les lacera, lo cual hace que se infecte más el cuerpo. Ya hemos dicho en el libro *Del arte curativa*<sup>271</sup> de qué modo hay que atacar a los gusanos. Las semillas de limonero<sup>272</sup> y de dictamo<sup>273</sup>, socorriendo a la enfermedad, dañan también a los gusanos; con el coral<sup>274</sup> y el cardo bendito<sup>275</sup> ocurre lo mismo. Se me ocurre, de paso, decir aquí que cierto médico me ha preguntado por carta si la lombriz, reducida a polvo, es útil para los gusanos; pues frecuentemente se repite que ayuda mucho, por lo cual también se le alaba vulgarmente; lo mismo que, si hay hinchazón de carne vacuna en el estómago, se trata con polvos de carne vacuna, y si hay hinchazón de carne caprina, con polvos de carne caprina. A este médico le respondí que yo no he leído tal cosa entre los graves médicos; sin embargo, sí que leí en Columela<sup>276</sup> algo que tiene sabor a esto; dice que si un ratón hubiese caído en el mosto, es remedio para prevenir el mal olor y sabor, echar polvos de ratón en la tinaja donde está contenido el mosto. A ello parece aludir el hecho de que el escorpión sea remedio para la picadura del escorpión.

Hay otros síntomas que suelen insinuarse en ésta y en otras fiebres agudas, como la retención de la orina, la sordera, los temblores de las manos o de otras partes. Estos se curan curando el cerebro. En efecto, en la progresión de la enfermedad, cuando tal cosa ocurre, se debe disipar por la nariz el humor contenido en la cabeza, se debe aplicar la purgación, se debe friccionar [24r] la espina con esas sustancias que fortalecen los nervios, como con el unguento de nardos<sup>277</sup> u otros de este tipo.

Pero si el temblor surge de los humores pruriginosos o de los vapores que agitan a los nervios –cosa que ocurre frecuentemente–, el remedio depende de la evacuación de los humores biliosos.

Para la retención de la orina es útil la lana impregnada en aceite de eneldo<sup>278</sup>, aplicada al pecho. Son útiles las cocciones cálidas aplicadas en el mismo lugar. No es, en verdad, inconveniente, como dice Galeno en las *Epidemias*<sup>279</sup>, que el cuerpo tenga fiebre y una parte, como la vesícula, pueda estar afectada por una intemperie fría. Pero acerca de los síntomas con lo dicho es suficiente.

Por otra parte, se pueden complicar otras enfermedades con el mal lenticular: como la inflamación del hígado, como yo ví en un hombre muy ilustre; también la he visto complicarse con una pleuritis. Para estos casos, administrarás el tratamiento según lo pidiese la naturaleza de cada enfermedad. De estas cosas y de otras, sucintamente verás en mi *Del arte curativa*.<sup>280</sup>

[Conclusión.]

Hasta aquí sobre el mal pústulado o pulicar, que toma el nombre de la pulga o del mosquito, que son, de todos los animales, casi los más pequeños. Pero este mosquito o pulga lucha intrépidamente con el hombre, el cual domina a todos los animales. Sin embargo, lucha de tal modo y produce tal estrago, que apenas hay enfermedad, fuera de la fiebre pestilente, que espante más a los mortales.

Tienen la pulga y el mosquito sus encomios, celebrados por poetas celeberrimos. Pero, ¿con qué hubiesen podido expresar mejor éstos las fuerzas de aquellos, sino con esta enfermedad a la cual dieron nombre esos animales? ¿Donde está tu arrogancia ¡oh hombre! que no sólo temes a la pulga, sino a su sombra expresada en manchas de la piel? [24v] Por último, es cierto lo que se dice, que nada mata al hombre más tontamente que la picadura de las moscas.

Pero, puesto que aquí se hace mención tantas veces del nombre de esta enfermedad, es de notar que, como he señalado al principio de este librito, que nadie puede probar, a partir de la autoridad que he citado de Hipócrates, que esta enfermedad, llamada «pulicular», sea aquella que refirió Hipócrates<sup>281</sup>, aunque todos los médicos se la atribuyan a él. Pues, aparte del hecho de que las máculas lenticulares no se ulceran, ni pican, las picaduras que producen los mosquitos provocan unas máculas que se hinchan, sin embargo, en las máculas pulicares no existe ninguna hinchazón. Por tanto, si alguna vez leyeras en este libro, que se cita a Hipócrates para designar a estas máculas, entiéndelo del modo como ahora lo interpretamos. Por otro lado, las máculas producidas por el mosquito, se pueden corresponder al herpes, lo cual no se puede decir de las puliculares.

También son más agudas las fiebres en las que aparecen las máculas producidas por dicho mosquito que las que provienen de la pulga. Aquellas provienen de un humor más bilioso y más pruriginoso, por lo cual se hinchan. A ellas pueden corresponder aquellas ebulliciones que los árabes llaman «essere»<sup>282</sup>, las cuales suelen aparecer en las fiebres, aunque sin tanto peligro; las cuales algunos inexpertos suelen tomar falsamente por tabardillo.

Por otra parte, estas máculas o herpes o aquellas máculas que se asemejan a las picaduras de los mosquitos, a las cuales puedes llamar «vibices»<sup>283</sup>, requieren algún remedio para alejarlas de la piel; y por esto, los autores [25r] administraron medicamentos astringentes para su curación. Pero las máculas puliculares no pretenden ningún remedio: curado el mal del cual son hijas, se evaporan. Evapórense aquellas totalmente y el mal que las ha parido, lo cual quizás conseguiríamos de Dios máximo si desapareciesen los malos pensamientos con los que le ofendemos.

[Fin]

## NOTAS FINALES

- <sup>1</sup> CELSO, *De medicina*, lib. 5º, cap. 28º, sec. 1ª. He utilizado la edición: *Medicinae libri octo ex recensione Leonardi Targae*, Patavii, Typis Seminarii, 1769, págs. 295-6.
- <sup>2</sup> HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 2º, sec. 3ª, texto 1 y lib. 5º, texto 93. He utilizado la edición de GARCÍA GUAL, CARLOS (ED.) (1989). *Tratados Hipocráticos. V. Epidemias*, Madrid, Gredos, Tomo V, págs. 159 y 291.
- <sup>3</sup> CELSO, *De medicina*, lib. 5º, cap. 28º, sec. 1ª, *ed. cit.*, págs. 295-6.
- <sup>4</sup> MERCURIALE, GIROLAMO. *Variarum lectionum*. Lib. I, cap. 2 «De rabie, sive hydrophobia, et elephantiasi loci Aristóteles, et Medicorum explicati». He utilizado la edición: *Hieronymi Mercurialis Variarum Lectionum libri quatuor. In quibus complurium, maximeque medicinae Scriptorum infinita paene loca vel corrupta restituuntur, vel obscura declarantur. Venetiis, Gratius Perchacinus*, 1571, fols. 2v-4v.
- <sup>5</sup> ARISTÓTELES, *De historia animalium*, lib. VIII, caps. 22 y 24. He utilizado la edición de SMITH, J.A.; ROSS, W.D. (1962). *The works of Aristotle translated into English... Vol. IV. Historia Animalium*. Editado por D'Arcy Wentworth Thompson. Oxford, Clarendon Press, 1910, T. IV, pág. 604ª, lin. 4-12 y pág. 604<sup>b</sup>, lin. 10-15.
- <sup>6</sup> FERNEL, JEAN IO. *Pathologiae libri VII*, Lib. IV, cap. 18º «De carbunculo buboneque pestilenti». He utilizado la edición: *Fernelii Ambiani, universa Medicina, tribus et viginti libris absoluta*, Paris, apud Andream Wechelum, 1567, págs. 257-259.
- <sup>7</sup> HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 1º, const. 2ª, texto 8 (*ed. cit.*, T. V, pág. 59), así como, lib. 3º, textos 4 y 7 (*ed. cit.*, T. V, págs. 105-6 y 108).
- <sup>8</sup> GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. 6º, com. 3º, texto 39. He utilizado la edición de KÜHN, C. G. *Claudii Galeni Opera Omnia*, Leipzig, 1821-1833 (Repr. Hildesheim, Georg Olms, 1964), T. XVII/2, págs. 109-110.
- <sup>9</sup> PLATÓN, *De Republica*, lib. III, cap. XII, (sec.) 405 e. He utilizado la edición de PABÓN, JOSÉ MANUEL; FERNÁNDEZ GALIANO, MANUEL (1949), *La republica*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, T. II, pág. 39.
- <sup>10</sup> PLINIO, CAYO PLINO SEGUNDO. *Naturalis historia*, lib. 26º, cap. 10, sec. 64. He utilizado la edición: *Naturalis Historiae Libri XXXVII*, Lipsiae, sumptibus et typis B.G. Teubneri, 1859, T. IV, pág. 117.
- <sup>11</sup> GALENO, *In Hippocratis Aphorismis*, lib. 3º, Apho. 16, *ed. cit.*, T. XVII/2, págs. 604-605.
- <sup>12</sup> AECIO DE AMIDA. *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º. He utilizado la edición: *Aetii Amideni... libri sexdecim nunc primum latinitate donati... Venetiis, Lucaeantonii Iuntae*, 1534, T. I, pág. 195, lin. 40.
- <sup>13</sup> Probablemente se trate de Augert Ferrier, *De vera medendi methodus* (Toulouse 1557).
- <sup>14</sup> Alejandro Trajano Petronio. Probablemente se trate del *De aqua Tiberina* (1552).
- <sup>15</sup> PLINIO, *Naturalis historia*, lib. 31, cap. 3, sect. 21, *ed. cit.*, T. IV, págs. 265-266.
- <sup>16</sup> ORIBASIO. *Euporiston libri III*, lib. I, cap. «De aquarum qualitatibus». He utilizado la edición: *Caelii Aureliani Siccensis Tardarum passionum libri V. D. Oribasii Sardi Iuliani Caesaris Archiatri. Euporiston lib: III. Medicinae compen: lib: I. Curarionum lib: I. Trochiscorum confect: lib: I*, Basileae, Henricus Petrus, 1529, pág. 251.
- <sup>17</sup> *Lactuca sativa* L.
- <sup>18</sup> Probablemente, Atheneo de Atalia, *Dipnosophista*.
- <sup>19</sup> GALENO, *In Hippocratis de humoribus*, lib. II, com XXVII, *ed. cit.*, T. XVI, págs. 297-301.
- <sup>20</sup> Marc Antoine Muret, *De variis lectionibus*.
- <sup>21</sup> Pierus, *Hyeroglyphica*. Autor y obra no identificados.
- <sup>22</sup> Aelianus Meccius (ss. I-II d.C.).
- <sup>23</sup> PLINIO, *Naturalis historia*, lib. VIII, cap. 20 y 21, secs. 29, 30 y 31, *ed. cit.*, T. II, págs. 72-74.
- <sup>24</sup> Victorio, *De variis lectionibus*. Autor y obra no identificados.
- <sup>25</sup> GALENO, *Methodus medendi*, lib. 11º, cap. 1º, *ed. cit.*, T. X, pág. 736.
- <sup>26</sup> SENECA, LUCIO ANNEO. *De beneficiis*, lib. 2º, cap. 18.8. He empleado la edición de BASORE, JOHN W. (TRAD.). *Seneca in ten volumes. III. Moral Essays*, Cambridge, Massachusetts y London, Harvard University Press y William Heinemann, 1929, T. III, pág. 90.
- <sup>27</sup> VALERIO MAXIMO, *De dictis factisque memorabilis*, lib. 1º, cap. 6. He utilizado la edición de MARTÍN ACERA, FERNANDO (ED.) (1988), *Hechos y dichos memorables*, Madrid, Akal, pág. 118.
- <sup>28</sup> *Olei de scorpionibus. Concordia Aromatariorum civitatis Cesarauguste*. Zaragoza, Pedro Bernuz y Bartholome de Nagera, 1546, fol. 48r.
- <sup>29</sup> GALENO, *De locis affectis*, lib. 3º, cap. 13º, *ed. cit.*, T. VIII, pág. 207.
- <sup>30</sup> MERCURIALE, *Variarum lectionum*, lib. III, cap. 2 «De Cyphoide et Cyphi Galeni», *ed. cit.*, fols. 72r-73v.
- <sup>31</sup> GALENO, *De venae sectione contra Erasistratum*, cap. VI, *ed. cit.*, T. XI, págs. 166-70.
- <sup>32</sup> LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fol. 151r.
- <sup>33</sup> LAURENT, JOUBERT. *Paradoxarum*, Década I, demonstratio V. He utilizado la edición: *Paradoxarum demonstrationum medicinalium Laur. Ioberti philosophi et medici Monspelliensis. Decas. Lugduni, Apud Carolum Pesnot*, 1565, págs. 103-153.
- <sup>34</sup> COLOMBO, REALDO. *De re anatomica, libri XV*, lib. VI «De iecore, et venis.» He utilizado la edición: *Realdi Columbi Cremonensis... de re anatomica libri XV*. Paris, Legidium Gillium, 1562, pág. 163, lin. 29-33)
- <sup>35</sup> Juan Cornario. Cita no identificada.
- <sup>36</sup> LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fol. 42v.
- <sup>37</sup> COLUMELA, LUCIO JUNIO LIBERATO, *De agricultura*, lib. 8º, cap. 16º. He utilizado la edición de: ALVAREZ DE SOTOMAYOR Y RUBIO JUAN Mº (TRAD.), (1979), *Los doce libros de Agricultura que escribió en latín Lucio Junio Moderato Columela*, Santander, Nestlé-AEPA, T. II, págs. 34-36.
- <sup>38</sup> Venecia, Aldo Manuccio, 1541.
- <sup>39</sup> LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fol. 42v.

- 40 Término no identificado.
- 41 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 2º, sec. 3ª, texto 1 y lib. 5º, texto 93, *ed. cit.*, T. V, págs. 159 y 291.
- 42 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º, *ed. cit.*, T. I, pág. 195, lin. 40. La referencia correcta es ésta y no la dada por López de Corella.
- 43 VIRGILIO, PUBLIO VIRGILIO MARÓN, *Geórgicas*, lib. 3º, versos 562-5. He utilizado la edición de THOMAS, RICHARD F. (ED.) (1988). *Georgicas*, New York, Cambridge University Press, T. II, pág. 19.
- 44 PLINIO, *Naturalis Historia*, lib. 23, cap. 4, sect. 45 y cap. 8, sect. 8, *ed. cit.*, T. IV, págs. 19 y 31.
- 45 CELSO, *De medicina*, lib. 5º, cap. 28º, sec. 18ª, *ed. cit.*, págs. 322-323.
- 46 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. III, texto 7, *ed. cit.*, T. V, pág. 108.
- 47 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º, *ed. cit.*, T. I, pág. 195, lin. 40.
- 48 ACTUARIO, JOHANNES. *Methodus medendi*, lib I, cap. 23º «De sudoribus et exanthematis, quae in cute efflorescunt». He utilizado la edición: *Actuarii Ioannis filii Zachariae, Methodi medendi libri sex, quibus omnia, quae in medicinam facitandam pertinent, fere complectitur. Cor. Henricus Mathisius Brugensis, Medicus, nunc primum vertit. Accessit rerum ac verborum. Venetiis, s.i., 1554, págs. 48-49.*
- 49 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 5º, texto 93, *ed. cit.*, T. V, pág. 291.
- 50 CELSO, *De medicina*, lib. 5º, cap. 28º, sec. 18ª, *ed. cit.*, pág. 322.
- 51 LÓPEZ DE CORELLA, ALONSO (1555). *De arte curativa libri quatuor. Quibus sanandi morbos brevis traditur ratio, graviorum q; Medicorum multa explicantur theoremata. Alfonso Lupeio Curaeleano autore, Estella, ex officina Adriani Anverez, págs. 360-1.*
- 52 SACRA BIBLIA, v.g.: *Eclesiastés*, cap. 29; *Reyes*, cap. 24; *Ezequiel*, cap. 7.
- 53 PLATÓN, *De republica*, lib. 3º, cap. 12º, (sec.) 405 e, *ed. cit.*, II, pág. 39.
- 54 PLINIO, *Naturalis historia*, lib. 26º, cap. 10º, sec. 64ª, *ed. cit.*, IV, págs. 117 y ss.
- 55 GALENO, *De ratione victus in morbis acutis*, lib. 4º, com. 37º, *ed. cit.*, T. XV, págs. 809-811.
- 56 PLINIO, *Naturalis historia*, lib. 26º, cap. 1º, sec. 1, *ed. cit.*, T. IV, págs. 99-100.
- 57 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 2º, sec. 3ª, texto 1º, *ed. cit.*, T. V, pág. 159. La cita correcta es ésta y no la ofrecida por nuestro autor.
- 58 FERNEL, *Pathologicae libri VII*, Lib. IV, cap. 18º «De carbunculo buboneque pestilenti», *ed. cit.*, págs. 257-259.
- 59 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 3º, textos 4 y 7, *ed. cit.*, V, págs. 105-6 y 108.
- 60 MERCURIALE, *Variarum lectionum*, lib. I, cap. 2 «De rabie, sive hydrophobia, et elephantiasi loci Aristóteles, et Medicorum explicati», *ed. cit.*, fols. 2v-4v.
- 61 ARISTÓTELES, *De historia animalium*, lib. VIII, cap. 22 y 24, *ed. cit.*, T. IV, pág. 604ª, lin. 4-12 y pág. 604<sup>b</sup>, lin. 10-15.
- 62 LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fols. 89r-v.
- 63 Probablemente, Theodoro Prisciano [ss. IV-V], *Euporista*.
- 64 Niccolo Leonicensi [1424-1524]. Cita no identificada.
- 65 GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. 6º, com 1º, texto 29º, *ed. cit.*, T. XVII/1, págs. 871-91.
- 66 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 6º, sec. 1, texto 14, *ed. cit.*, V, pág. 214.
- 67 LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fol. 71v.
- 68 GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. 2º, com 3º, texto 5, *ed. cit.*, T. XVII/1, págs. 393-394.
- 69 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º «Curatio pustularum in febribus quas exathemata vocant ex Herodoto», *ed. cit.*, T. I, págs. 195-6, lins. 30-35.
- 70 GALENO, *De praesagitione ex pulsibus*, lib. 3º, cap. 4º, *ed. cit.*, T. IX, págs. 357-358.
- 71 GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. 1º, sec. 2ª, textos 37º y 38º, *ed. cit.*, T. XVII/1, pág. 133.
- 72 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 2º, sec. 1ª, texto 6, *ed. cit.*, T. V, págs. 146.
- 73 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 2º, sec. 1ª, texto 7, *ed. cit.*, T. V, págs. 74-8 y 145-146.
- 74 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 3º, texto 7, *ed. cit.*, T. V, pág. 108.
- 75 GALENO, *In Hippocrates Praedictionum*, lib. I, com. I, cap. I, *ed. cit.*, T. XVI, pág. 500.
- 76 GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. 1º, sec. 2ª, textos 37º y 38º, *ed. cit.*, T. XVII/1, pág. 133.
- 77 ACTUARIO, *op. cit.*, lib. 1º, cap. 23º, pág. 49. Es el capítulo 23 y no el 20.
- 78 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º «Curatio pustularum in febribus quas exathemata vocant ex Herodoto», *ed. cit.*, T. I, págs. 195-6, lins. 30-35.
- 79 *Ibidem*.
- 80 GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. 3º, com. 3º, texto 58, *ed. cit.*, T. XVII/1, pág. 710.
- 81 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º «Curatio pustularum in febribus quas exathemata vocant ex Herodoto», *ed. cit.*, T. I, págs. 195-6, lins. 30-35.
- 82 ALEJANDRO DE TRALLES, *De febribus*, cap. 1, cap. 2, cap. 3, etc. He utilizado la edición: *Traité des fièvres. Lettre sur les vers intestinaux. Livre premier des douze livres de médecine (Affections de la tête)*, Paris, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1936, T. II, págs. 1, 14, 30 y 34...
- 83 FUCHS, LEONHARD. *Paradoxarum medicinae*, lib. II, cap. 22º. He utilizado la edición: *Paradoxarum medicinae libri tres, in quibus sane multa a nemine hactenus prolata Arabum aetatis et nostra medicorum errata notandum indicuntur, sed et probatissimorum autorum scriptis, firmissimisque rationibus et argumentis confutuntur, Parisiis, Apud Carolam Guillard, 1546, págs. 171v-2v.*
- 84 *Lactuca sativa* L.
- 85 *Borago officinalis* L.
- 86 *Rumex acetosa* L.
- 87 *Raphanus sativus* L.
- 88 *Mentha viridis* L.
- 89 HIPÓCRATES, *Aphorismi*, sec. 1, Aph 16, *ed. cit.*, I, pág. 249.
- 90 GALENO, *In Hippocratis Aphorismis*, lib. 1, Aph. 16, *ed. cit.*, T. XVII/2, págs. 425-8, e *In Hippocratis de temperamentis*, lib. 3º, *ed. cit.*, T. I, págs. 649 y 677.

- 91 AVICENA, *Cannon*, lib. 4º, fen I, trat. 4º, cap. 10º «De cura variolis». He utilizado la edición: *Avicenne Liber Canonis Medicine. Cum castigationibus Andree Bellunensis*, Venecia, Luce Antonii Junta, 1527, fols. 326v-327r.
- 92 Término no identificado.
- 93 *Omphacion*: jugo de uva verde. CASTELLI, B. (1657). *Lexicon medicum graeco-latinum*. Rotterdam, s.i., T. II, pág. 194.
- 94 *Punica granatum* L.
- 95 Probablemente, Atheneo de Alalia [fl. c. 50 d. C.], *Dipnosophista*, lib. 15º, cap. 18º. Cita no identificada.
- 96 *Bucelatum biscoctum*: bocaditos de bizcocho mojados en agua. Medicamento levemente purgante, ya que el bizcocho está hecho con diferentes productos farmacológicos. CASTELLI (1657), *op. cit.*, T. I, pág. 138.
- 97 *Lac amigdalarum dulcium et olei amigdalarum amararum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 66r.
- 98 *Cremor avellanarum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 67r.
- 99 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. I, «Avellana», *ed. cit.*, T. I, pág. 8.
- 100 *De aqua ordei et anisi*. BENEDICTO MATEO, PEDRO (1521). *Loculentissimi viri ac sacre apothecarie artis divini professoris Petri benedicti mathei Barchinonensis apothecarii. Liber in examen apothecariorum in multorum tam apothecariorum quem etiam adolecentium eruditionem a filio eiusdem predicti Petri benedicti mathei in lucem traditus incipit*. Barcelona, Johannis Rhosembach, fol. 98v-99v. *Hordeum vulgare* L. y *Pinpinella anisum* L.
- 101 *Decoction cinnamomi*. *Cinnamomum ceilanicum* Bl.
- 102 GALENO, *In Hippocratis de ratione victus in morbis acutis*, lib. I, texto 21º y lib. IV, cap. 5º, *ed. cit.*, T. XV, págs. 471-3 y 743-5.
- 103 Probablemente, Augert Ferrier, *De vera medendi methodus* (Toulouse 1557).
- 104 GALENO, *De ptisana*, *ed. cit.*, T. VI, págs. 817-819.
- 105 LAURENT (1565), *op. cit.*, Década I, demonstratio V, págs. 103-153.
- 106 LÓPEZ DE CORELLA (1565 a), *op. cit.*, fol. 73r.
- 107 *Cinnamomum ceilanicum* Bl.
- 108 *Cedrus libani* Barr.
- 109 *Julep de infusione rosarum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 36r.
- 110 LÓPEZ DE CORELLA, ALONSO (1549). *Enchiridion Medicinae, in quo praecipua theoricae & practicae iuxta classicorum auctorum dogmata dilucidantur, multaque trivialium Medicorum notantur errata. Alfonso lupeio Curaeleano Authore, Zaragoza, in aedibus Petri Bernuz*, fol. CIIr.
- 111 AVICENA, *Cannon*, lib. II, cap. 576 «De rosicis», *ed. cit.*, fol. 118v.
- 112 *Rosa damascena* Mill.
- 113 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º, *ed. cit.*, T. I, pág. 195, lin. 40.
- 114 GALENO, *In Hippocratis epidemiae*, lib. 6º, com. 2º, texto 33, *ed. cit.*, T. XVII/1, págs. 959-62.
- 115 LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fol. 165r.
- 116 GALENO, *Methodus medendi*, lib. 11º, *ed. cit.*, T. X, págs. 756-767.
- 117 GALENO, *Methodus medendi*, lib. 11º, caps 9, 10 y 11, *ed. cit.*, T. X, págs. 756-67.
- 118 GALENO, *De curandi ratione per venae sectionem*, caps. 6º y 13º, *ed. cit.*, T. XI, págs. 267-73 y 289-91.
- 119 ALTOMARI, DONATO ANTONIO. *De medendis humani corporis*, Cap. «De cordis palpitatio». He utilizado la edición: *De medendis humani corporis malis: Ars Medica*. Lugduni, Apud Iiannem Frelonium, 1563, pág. 430.
- 120 GALENO, *De curandi ratione per venae sectionem*, cap. 9, *ed. cit.*, T. XI, págs. 277-80.
- 121 GALENO, *In Hippocratis Aphorismis*, lib. 3º, Aph 29, *ed. cit.*, T. XVII/2, págs. 640-643.
- 122 GALENO, *Methodus Medendi*, lib. 11º, cap. 8º, *ed. cit.*, T. X, págs. 753-6.
- 123 LÓPEZ DE CORELLA (1565), *op. cit.*, fols. 164v-5r.
- 124 *De mellicrato et de condito*. BERNARDINO (1521), *op. cit.*, fol. 30r.
- 125 *Hyssopus officinalis* L.
- 126 *Origanum vulgare* L.
- 127 *Sirupus de endivie*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 40r.
- 128 *Syrupus acetosus simplex*. ALOS, IOANNIS (ED.) (1686). *Pharmacopea Cathalana, sive antidotarium barcinonense restitutum et reformatum. Medicis, medicinae studiosis, Chirurgis, et Pharmacopolis per quam utile, et necessarium. Cura, et opera D. Ioannis Alos, Principatus Cathaloniae Protomedici*. Barcelona, Ex Typographia Antonii Ferrer, et Balthasari Ferrer Bibliopolarum, pág. 35.
- 129 *Cydonia vulgaris* L.
- 130 *Lysimachia vulgaris* L.
- 131 GALENO, *De simplicium medicamentorum facultatibus*, lib. 7º, *ed. cit.*, T. XII, pág. 73.
- 132 *Cinnamomum ceilanicum* Bl.
- 133 *Sirupus de menta compositi*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 38r.
- 134 *Piper nigrum* L.
- 135 GALENO, *De praenotione ad Posthumum*, cap. 11º, *ed. cit.*, T. XIV, pág. 659.
- 136 *Geum urbanum* L.
- 137 *Syrupus de malo punico accido*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol.
- 138 *Syupus de omphatio*.
- 139 *Syrupus de oxalide*.
- 140 HIPÓCRATES, *De victus ratione in morbis acutis*, lib. I, cap. XI (*ed. cit.*, T. XV, págs. 431-432 y *Aphorismi*, sec. 2º, Aphs. 9 y 21, *ed. cit.*, T. I, págs. 251 y 252).
- 141 GALENO, *De curandi ratione per venae sectionem*, cap. 9º, *ed. cit.*, T. XI, págs. 277-280.
- 142 *Mulsa, seu aqua mellis*. ALOS (1686), *op. cit.*, pág. 56.
- 143 *Oximellis simplicis*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 37v.
- 144 GALENO, *De curandi ratione per venae sectionem*, cap. 11º, *ed. cit.*, T. XI, págs. 283-285.
- 145 AECIO, *Libri sexdecim*, Lib. III, cap. 21º, *ed. cit.*, T. I, pág. 101.

- 146 LÓPEZ DE CORELLA (1549), *op. cit.*, fols. CXv-CXIIr.
- 147 LAGUNA, ANDRÉS. *Materia Medica Dioscorides*, Lib. VI, cap. 32 «De las sanguijuelas», Comentario. He utilizado la edición: *Pedacio Dioscorides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal, y de los venenos mortíferos*, Salamanca, Mathias Gast, 1566, págs. 593-595.
- 148 *Margarita*: Gema, piedra preciosa, perla. Se le atribuyen propiedades cordiales y roborativas. CASTELLI (1657), *op. cit.*, T. II, pág. 127.
- 149 *Nescit literas nec nare, nunc quem dabis eorum qui dicto morbo fuit affectus, qui tot cucurbitis nesciat nare*. Frase de significado oscuro.
- 150 *Cinnamomum ceylanicum* Bl.
- 151 *Cedrus libani* Barr.
- 152 *Julep de infusione rosarum. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 36r.
- 153 LÓPEZ DE CORELLA (1549), *op. cit.*, fols. CXLIIIr-v.
- 154 LÓPEZ DE CORELLA (1555), *op. cit.*, pág. 392.
- 155 FUCHS, *Paradoxarum*, lib. II, cap. V «Parem seu diminuentem materiam, evacuationem, minorationem hodie barbaro vocabulo nominant, concoctioni humoru, nisi turgeant non esse praemittendam, contra multorum hodie medicinam exercentium sententiam», *ed. cit.*, fols. 124v-128r.
- 156 Pseudo-Hipócrates, *De medicamentis purgantibus*.
- 157 *Tamarindus indica* L.
- 158 *Urtica urens* L.
- 159 GALENO, *In Hippocratis de humoribus*, lib. 2º, com. 27º, *ed. cit.*, T. XVI, págs. 297-301.
- 160 *Pterocarpus santalinus* L.
- 161 *Crocus sativus* L.
- 162 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. II, cap. 66º (*ed. cit.*, T. I, pág. 57); lib. III, cap. 179º (*ed. cit.*, T. I, pág. 129) y lib. V, cap. 130º (*ed. cit.*, T. I, pág. 195, lin. 40)
- 163 *De nitro*. BENEDICTO (1521), *op. cit.*, fol. 53 v.
- 164 *Ruta graveolens* L.
- 165 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º «Curatio pustularum in febribus quas exathemata vocant ex Herodoto», *ed. cit.*, T. I, págs. 195-6, lins. 30-35.
- 166 *Emplastrum album vel de cerussa cum rosaceo*. ALOS (1686), *op. cit.*, pag. 253.
- 167 *Iulus*: serrín de la madera de algunos árboles, en ese caso de nogal, producido por ciertos gusanos xilófagos. CASTELLI (1762), *op. cit.*, T. II, pág. 67.
- 168 RONDELET, GUILLAUME. *Methodus curandi*, lib. II, cap. 13º «De pleuritide». He utilizado la edición: *Methodus curandorum omnium morborum corporis humani in tres libros distincta. Parisiis, Apud Iacobum Maceum*, 1567, fol. 193v.
- 169 V.g. GALENO, *In Hippocratis de acutorum morborum victu*, com. 2º, texto 9º, *ed. cit.*, T. XV, págs. 526-527.
- 170 RONDELET, *Methodus curandi*, lib. II, cap. 13º «De pleuritide», *ed. cit.*, fol. 193v.
- 171 *Papaver rhoeas* L.
- 172 *Origanum dictamnus* L.
- 173 *Phragmites communis* L.
- 174 *Aira caryophylla* L.
- 175 *Scorzonera hispanica* L.
- 176 *Cichorium intybus* L.
- 177 *Confectio limonate exmeraldarum. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 31v.
- 178 *Chelidonium majus* L.
- 179 *Foeniculum vulgare* Gaertn.
- 180 Probablemente Aeliano Meccio [ss. I-II d. C.].
- 181 PLINIO, *Naturalis Historia*, lib. VIII, cap. 20 y 21, sect. 29, 30 y 31, *ed. cit.*, T. II, págs. 72-74.
- 182 AMBROSIO DE MILAN, *Exameron*, «Dies sextus» [«De creatio animalium terrestrium et hominis»]. Edición de Migne en su *Patrología Latina*, T. 14, págs. 258-268.
- 183 PLINIO, *Naturalis historia*, lib. 24, cap. 1º, sect. 1ª, *ed. cit.*, T. IV, págs. 33-34.
- 184 *Crocus sativus* L.
- 185 *Viola odorata* L.
- 186 SETH, SIMEÓN. *Syntagma per elementorum ordinem, de alimentorum...* He utilizado la edición: *Simeonis Sethi magistri Antiochiae syntagma per elementorum ordinem, de alimentorum facultate ad Michaellem Ducam Imperatorem a Lilio Gregorio Giraldo Ferrariense olim latinitate donatum, nunc vero per dominicum Montehesarum Veronensem correctum et pene reformatum, Basileae, Apud Petrum Pernam*, 1516, págs. 44-45.
- 187 *Ocimum basilicum* L.
- 188 LÓPEZ DE CORELLA (1555), *op. cit.*, págs. 190-3 y 208.
- 189 MESSUE, *Antidotis*, cap. «Incipit prima pars distinctionis prime de electuariis delectabilibus». He utilizado la edición: *Divi Mesue et nova quedam ultra ea que secum associari consueverunt opera preclarissima ut inferius speculanti sum banus indicio demonstratur*, 1528, Venecia, *Luce Antonii Junta*, fols. 49r-82r.
- 190 Nicolao Myrepsos [fl. 1233-55, m. dp. 1290].
- 191 *Cinnamomum ceylanicum* Bl.
- 192 *Crocus sativus* L.
- 193 *Allium porrum* L.
- 194 *Mergo merganser*
- 195 Término no identificado.
- 196 GALENO, *De compositione pharmacorum secundum locos*, lib. 1º «De alopecia», *ed. cit.*, T. XII, págs. 378-497.
- 197 LÓPEZ DE CORELLA (1555), *op. cit.*, págs. 399-400.
- 198 *Trociscorum de terra sigillata. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 45v.
- 199 *Bolus armenico*. BENEDICTO (1521), *op. cit.*, fol. 52v.

- 200 GALENO, *De simplicium medicamentorum facultatibus*, lib. 9º, cap. 1º, texto 4, *ed. cit.*, T. XII, págs. 191-192.
- 201 *Oleum Mathioli Senensis*. LAGUNA, *Dioscorides Materia Medica*, lib. VI, *ed. cit.*, págs. 578-580.
- 202 *Olei de scorpiionibus*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 68v.
- 203 *Cnicus benedictus* L.
- 204 *Origanum dictamnus* L.
- 205 *Scorzonera hispanica* L.
- 206 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. II, cap. 66º, *ed. cit.*, T. I, pág. 57; lib. III, cap. 179º, *ed. cit.*, T. I, pág. 129.
- 207 *Confectio tiriaca magna*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 29v-30v.
- 208 Autor no identificado.
- 209 Marco Terencio Varron [116-27 a. C.], *De agricultura*.
- 210 GALENO, *De theriaca ad Pisonem*, cap. XIX, *ed. cit.*, T. XIV, págs. 290-294.
- 211 *Rhababardum*: Se trata de un purgante suave. (CASTELLI (1658), *op. cit.*, T. II, pág. 302)
- 212 *Julep de infusione rosarum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 36r.
- 213 *Polyporus officinalis* L.
- 214 *Electuarium rosatum Messue*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 9r.
- 215 *Confectio medicaminis Hamec Messue*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 15v.
- 216 GALENO, *De theriaca ad Pisonem*, cap. XIV, *ed. cit.*, T. XIV, pág. 269.
- 217 *Apium graveolens* L.
- 218 *Cichorium intybus* L.
- 219 *Lactuca scariola* L.
- 220 *Scorzonera hispanica* L.
- 221 *Borago officinalis* L.
- 222 *Anchusa officinalis* L.
- 223 *Unguentum rosatum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 61v.
- 224 *Santalum album* L.
- 225 *Laurus camphora* (*Cinnamomum camphora*)
- 226 *Oxirhordinum*: Epitema frontal a base de vinagre y aceite de rosas. CASTELLI (1658), *op. cit.*, T. II, pág. 209.
- 227 GALENO, *De compositione medicamentorum secundum locos*, lib. 2º, cap. 1, *ed. cit.*, T. XII, págs. 502-3.
- 228 *Cyphum*: Confección aromática usada en Egipto, de composición variable, empleada en medicina en forma sólida. CASTELLI (1762), *op. cit.*, T. I, pág. 284.
- 229 *Crocomagma*: derivado del azafrán (*Crocus sativus* L.) en forma sólida. LAGUNA, *Dioscorides*, Lb. I, cap. 26º «Del Crocomagma», *ed. cit.*, pág. 32.
- 230 GALENO, *De locis affectis*, lib. 3º, cap. 13º, *ed. cit.*, T. VIII, pág. 207.
- 231 MERCURIALE, *Variarum lectionum*, lib. III, cap. 2 «De Cyphoide et Cyphi Galeni, Plutarchi, et Herodoti loca collata», *ed. cit.*, fols. 72r-73v.
- 232 Galeno habla de peces, no de gusanos. V.g. GALENO, *De alimentorum facultatibus*, lib. 3º, cap. 30º «Pisces asellos», *ed. cit.*, T. VI, pág. 721.
- 233 Juan Cornario. Laguna opina lo mismo. Cf. LAGUNA (1566), *op. cit.*, lib. II, cap. 34 «Del animalejo llamado en Latin Milipeda», pág. 143.
- 234 PLINIO, *Naturalis historia*, se ocupa tanto del pez *aselo* (lib. IX, cap. 17, sect. 28, *ed. cit.*, T. II, págs. 127 y lib. XXXII, cap. 10, sect. 38, *ed. cit.*, T. IV, pág. 227), como del gusano de ese nombre (lib. IX, cap. 29, sect. 35, *ed. cit.*, T. II, págs. 233-4.)
- 235 AURELIANO SICENSE, CELIO. *Chronion libri V*, lib. I, cap. I. He utilizado la edición: *Caelii Aureliani Siccensis Tardarum passionum libri V*, Basilea, *Excudebat Henricus Petrus*, 1529, pág. 5 A.
- 236 *Unguento populeon*. ALOS (1686), *op. cit.*, pág. 209.
- 237 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º, *ed. cit.*, T. I, pág. 195, lin. 40.
- 238 *Cassia fistula* L.
- 239 *Satureja hortensis* L.
- 240 *Origanum vulgare* L.
- 241 *Oximellis simplicis*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 37v.
- 242 *Syrupus acetosus simplex*. ALOS (1686), *op. cit.*, pág. 35.
- 243 *Mel rosatum colatum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 42v.
- 244 *Hordeum vulgare* L.
- 245 *Citrus vulgaris* Risso.
- 246 *Citrus limonium* Risso.
- 247 *Olei nardini compositi*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 68r.
- 248 *Aceto schiletico*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 42r.
- 249 *De cera*. BENEDICTO (1521), *op. cit.*, fol. 77r.
- 250 *Pulvis Aromatici rosati*. ALOS (1686), *op. cit.*, pág. 72.
- 251 COLOMBO, *De re anatomica*, lib. VI «De iecore, et venis», *ed. cit.*, pág. 163, lin. 29-33.
- 252 *Electuarium trium sandalorum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 10r.
- 253 *Electuarium aromaticum rosatum*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 2v.
- 254 *Electuarium dia margaritonis*. *Concordia Aromatariorum* (1546), fols. 6r-7r.
- 255 *De corallo*. BENEDICTO (1521), *op. cit.*, fols. 75r-v.
- 256 *Del Diaspero (Iaspis)*. LAGUNA, *Dioscorides*, Lib. VI, cap. 107, *ed. cit.*, pág. 564.
- 257 LÓPEZ DE CORELLA (1565 a), *op. cit.*, fol. 136r.
- 258 *Fiala (phiala)*: Vaso vitreo, de cuerpo esférico y cuello gracil y largo. CASTELLI (1762), *op. cit.*, T. II, págs. 240-1)
- 259 GALENO, *De temperamentis*, lib. 3º, cap. 3º, *ed. cit.*, T. I, págs. 661-668.

- 260 LÓPEZ DE CORELLA (1565 a), *op. cit.*, fol. 6v.
- 261 GALENO, *De locis affectis*, lib. 5º, cap. 2º, *ed. cit.*, T. VIII, págs. 302-6.
- 262 ALTOMARI, *De medendis humani corporis*, Cap. «De cordis palpitatio», *ed. cit.*, pág. 424-435.
- 263 LÓPEZ DE CORELLA (1555), *op. cit.*, págs. 184-196.
- 264 AECIO, *Libri sexdecim*, lib. V, cap. 130º, *ed. cit.*, T. I, pág. 195, lin. 40.
- 265 *Unguentum rosatum. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 61r.
- 266 *Confectio de tiriaca magna. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 29v-30v.
- 267 *Scabiosa succisa* L.
- 268 *Olei de scorpionibus. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 68v.
- 269 *Mithridatum. De metridato et tiriacha*, BENEDICTO (1521), *op. cit.*, fols. 46v-48r.
- 270 GALENO, *De compositione medicamentorum secundum locos*, lib. 3º, cap. II «De parotidibus», *ed. cit.*, T. XII, págs. 664-678.
- 271 LÓPEZ DE CORELLA (1555), *op. cit.*, págs. 310-322.
- 272 *Citrus limonium* Risso.
- 273 *Origanum dictamnus* L.
- 274 *De corallo*. BENEDICTO (1521), *op. cit.*, fols. 75r-v.
- 275 *Cnicus benedictus* L.
- 276 COLUMELA, *De agricultura*, lib. 11º, cap. 31º, *ed. cit.*, T II, pág. 192.
- 277 *Del Nardino unguento*. LAGUNA, *Dioscorides Materia Medica*, lib. 1º, cap. 60º, *ed. cit.*, pág. 46.
- 278 *Olei anetini. Concordia Aromatariorum* (1546), fol. 67r.
- 279 GALENO, *In Hippocratis Epidemiis*, lib. Iº, com. 2º, texto 56 et alia, *ed. cit.*, T. XVII/1, pág. 155.
- 280 LÓPEZ DE CORELLA (1555), *op. cit.*, «De pleuritide» (págs. 139-55) y «De hepatis inflammatione» (págs. 242-9)
- 281 HIPÓCRATES, *Epidemiae*, lib. 2º, sec. 3ª, texto 1 y lib. 5º, texto 93, *ed. cit.*, T. V, págs. 159 y 291.
- 282 *Essere*: Pequeñas pústulas planas. CASTELLI (1657), *op. cit.*, T.I, pág. 377.
- 283 *Vibices* o *Molops*: Erupción cutánea por el contacto con plantas irritantes. Usase también para las manchas rojas propias de ciertas fiebres malignas. CASTELLI (1657), *op. cit.*, T. II, pág. 154.

## INDEX AUCTORUM CITATORUM IN LIBRO *DE MORBO PUSTULATO*

- Actuarius, Johannes [s. XIII]: 2r, 7v  
Aecio de Amida [ss. V-VI]: IVv, 1v, 2r, 4v, 7v, 8r, 9v, 10r, 12v, 15r, 18v, 20r, 23r  
Aelianus Meccius [ss. I-II d.C.]: Vv, 17v  
Alexander Trallianus [S. VI d.C.]: 8v  
Altomari, Donato Antonio [1506-1562]: 10v, 22v  
Ambrosio de Milán, San [c.340-397]: 17v  
Aristóteles [384-322 a. C.]: IVr, 3v  
Atheneo de Atalia [s. III a. C.]: IVv, 9v  
Aurelianus Sicensis, Caelius [s. II d.C.]: 20r  
Avicena (Husain ibn 'Abd Allah -Abu 'Ali-, Ibn Sina) [980-1037]: 9r, 10r  
Celso, Aulo Cornelio [ss. I a.C.-I d.C.]: IIIr, IVr, 2r  
Colombo, Realdo [m. 1559]: VIr, 21v  
Columela, Lucio Junio Moderato [3/4 a. C.-c. 54 d. C.]: VIr, 23v  
Cornario, Juan [s. XVI]: VIr, 20r  
Fernel, Jean [1506/7-1558]: IVr, 3v  
Ferrier, Augert [s. XVI]: IVv, 9v  
Fuchs, Leonard [1501-1566]: 8v, 13v  
Galeno, Claudio [c. 129-c. 201]:
  - *Commentaria in Aphorismis*: IVv, 8v, 11r
  - *Commentaria in De humoribus*: Vr, 14v
  - *Commentaria in De ratione victus in morbis acutis*: 3r, 9v, 15v
  - *Commentaria in Epidemiis*: IVr, 4r, 4v, 6v, 7r, 8r, 10v, 24r
  - *Commentaria in Praedictionum*: 7r
  - *De alimentorum facultatibus*: 20r
  - *De curandi ratione per sanguinis missione*: 10v, 12r, 12v, 13r
  - *De locis affectis*: VIr, 20r, 22v
  - *De compositione pharmacorum secundum locos*: 18r, 19v, 23v
  - *De praenotione ad Posthumum*: 11v
  - *De praesagatione ex pulsibus*: 4v, 5r
  - *De ptisana*: 9v
  - *De simplicium medicamentum facultatibus*: 11v, 18v
  - *De temperamentis*, 22v
  - *De theriaca ad Pisonem*: 19r, 19v
  - *De venae sectione contra Erasistratum*: VIr
  - *Methodus medendi*: Vv, 10v, 11rHipócrates de Cos [ss. V-IV a. C.]:
  - *Aphorismis*: 8v
  - *De ratione victus in morbis acutis*: 15v
  - *Epidemiae*: IVr, 1v, 2r, 3v, 4r, 6v, 7r, 12r, 24vHipócrates, Pseudo-:
  - *De medicamentis purgantibus*: 13vLaguna, Andrés de [m. 1560]: 13r  
Laurent, Joubert (Ioberto de Montpellier) [s. XIII]: VIr, 9v  
López de Corella, Alfonso (c. 1519-1584):
  - *De arte curativa*, 2v, 13v, 18r, 23r, 23v, 24r
  - *Enquiridio Medicinae*: 10r, 13r, 13v, 18v
  - *In omnia opera Galeni*: VIr, 3v, 4r, 9v, 10v, 11r, 21v, 22vMercuriale, Jerónimo [s. XVI]: IVr, VIr, 3v, 4r, 20r  
Messue, Johannes [m. 857]: 18r, 19v  
Mathiolo de Siena [s. XV]: 18v  
Muret, Marc Antoine [1526-1585]: Vr  
Niccolo Leoniceno [s. XV]: 3v, 18r  
Nicolás Myrepsos [s. XV]: 18r  
Oribasio [325-403]: IVv

Petronio, Alejandro Trajano [s. XVI]: IVv  
*Pierus* : Vv  
Platon [427/8-347/8]: IVr, 2v  
Plinio Segundo, Cayo (el Viejo) [23-79 d. C.]: IVr, IVv, Vv, 2r, 2v, 3r, 17v, 18r, 20r  
Rondelet, Guillaume : 15v  
*Sacra biblia*: 2v  
Seneca, Lucio Anneo [c. 55 a. C.-c. 39 d. C.]: Vv  
Simeon Seth : 18r  
Theodoro Prisciano [ss. IV-V]: 3v  
Valerio Maximo [s. I a. C.-s. I. d. C.]: Vv  
Varrón, Marco [116-27 a.C.]: 19r  
*Victorius*: Vv, 19r  
Virgilio [s. I a.C.]: 1v

Impressum fuit hoc opus in Nativitate Domini

anno  
MMIII